

Quintín Balderrama López, SJ
Rector

Juan José Esquivias López, SJ
Vicerrector Educativo

Felipe Espinosa Torres, SJ
Vicerrector Académico

Ma. Cristina Solórzano Garibay
Directora y editora

Mariana Ramírez Estrada
Secretaría técnica y correctora de estilo

Jaime Muñoz Vargas
Asesor

Comité Editorial
Ana María Urdapilleta Meza
Brenda Azucena Muñoz
Edgar Salinas Uribe
Jaime Muñoz Vargas
Juan Manuel Torres Vega
Margarita Torres Rodríguez

Jacob Atiyeh Yunes Rdz.
Diseño Gráfico

Viñetas: Patricia Hernández

Acequias No. 33 otoño (septiembre) 2005, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel.

Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 7 05 10 10 ext. 1135 o en la dirección electrónica acequias@lag.uia.mx Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Gráfica *Impreza*, SA de CV, Río Yaqui 1283, Col. Las Magdalenas, 27010 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

Contenido

- 2 *Lectio brevis*
Quintín Balderrama López, SJ
- 4 **Torreón: su historia, cultura y mentalidad**
Sergio Antonio Corona Páez
- 8 **Ley de matrimonios homosexuales y objeción de conciencia**
Benjamín Forcano
- 13 **Gestión para un mundo global**
Juan Manuel Torres Vega
- 16 **Los dilemas del filósofo en un mundo mercantilizado**
Luis Armando Aguilar Sahagún
- 18 **Periodismo y filosofía. Un ejemplo latinoamericano**
Héctor Valle
- 25 *Esperando a los bárbaros*
David Fernández Dávalos, SJ
- 27 **Por qué escribimos**
Juan Pablo Neyret
- 31 **El reto hispano: reflejo de la cultura estadounidense**
Jorge Sada Sandoval
- 36 **El silencio estridente se arrastra por mi pierna /
Es mi voz la que se ha caído al suelo**
Ileana Garma
- 38 **Poesía y profecía. Acercamiento a la estética de José
Revueltas Rafael Mondragón**
- 46 **Juan Bañuelos: poeta del mundo**
Julio César Félix
- 49 **Seducción subliminal, demasiado mito**
José Rojas Bez
- 52 **Diez años de ingenuidad**
Jaime Muñoz Vargas
- 62 **Las tesis del chacal**
Pablo Arredondo
- 67 **Cinco equívocos (minificciones)**
David Lagmanovich
- 70 **Sin fecha de caducidad, de Federico Corral Vallejo**
Will Rodríguez

Proclamación de la Misión y Visión de la UIA Laguna

A toda la comunidad universitaria de la Universidad Iberoamericana Laguna, en Torreón, Coahuila.

ANTECEDENTES

La Misión de la Universidad Iberoamericana publicada en el *Estatuto Orgánico* de la UIA Laguna el 23 de abril del 2002, es la misma que fue aprobada por el Senado Universitario de la UIA ciudad de México el 25 de julio de 1968.

La UIA Laguna se dio a la tarea de definir y concretar su propia Misión y Visión. El proceso por el cual surgieron estos enunciados incluyó una consulta comunitaria organizada por el Comité de Comunicación Integral de la Dirección de Relaciones Universitarias. La consulta tomó en cuenta al personal de tiempo, académicos de asignatura, patronato económico, alumnos y ex alumnos. Asimismo, se revisaron minuciosamente cada uno de los elementos resultantes a la luz de los documentos rectores del Sistema Universitario Jesuita, para dar como producto los presentes textos proclamados por el Rector, provisionalmente el 24 de noviembre de 2004.

La aprobación definitiva y oficial fue votada en la asamblea ordinaria de Formación Universitaria y Humanista de la Laguna, AC, autoridad máxima colegiada de la Universidad Iberoamericana Laguna, el 15 de marzo de 2005, y fue publicada en la *Comunicación Oficial* n. 99, correspondiente al mes de abril.

Este día, 15 de agosto de 2005, se realiza su proclamación oficial ante esta comunidad universitaria:

MISIÓN

La Universidad Iberoamericana Laguna es una comunidad crítica que tiene como Misión ofrecer una cosmovisión humanista orientada a construir un México más justo y en armonía con su entorno.

Esta labor se hace vida en una formación de personas, íntegras y profesionales, preparadas para el servicio a los demás; una comprometida investigación de la realidad y un vínculo solidario con la sociedad.

Para cumplir esta tarea, sigue el Modelo Educativo Ignaciano de la Compañía de Jesús.

VISIÓN

La comunidad de la Universidad Iberoamericana Laguna asume el compromiso, para el año 2015, de haber logrado:

- Incidir universitariamente en la cultura y en la transformación social, prioritariamente de la región lagunera y en los campos de educación y pobreza.*
- Alcanzar un alto nivel de calidad académica reconocido nacionalmente.*
- Establecer un proyecto de formación para toda la comunidad universitaria.*
- Distinguirse por su administración eficiente.*
- Fortalecer su participación en el Sistema Universitario Jesuita.*

Con la ayuda de Dios y de ustedes lo logaremos.

La Universidad Iberoamericana Torreón
para celebrar el octavo aniversario de la revista

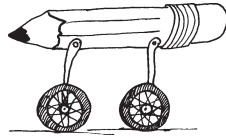
Acequias

convocan al séptimo certamen internacional
Agustín de Espinoza, sj*
con las siguientes bases:

1. Presentar un ensayo inédito con el tema: **Desigualdad y políticas públicas**.
La reflexión planteada desde este tema deberá centrar su atención en profundizar acerca del impacto de las políticas públicas que proponen, al menos en teoría, atender y superar los problemas causados por la desigualdad económica.
 2. Podrán participar todos los interesados en el tema.
 3. Los trabajos deberán tener una extensión mínima de cinco y máxima de ocho cuartillas a doble espacio (28-30 renglones de 60-65 caracteres en 14 puntos).
 4. Los trabajos deberán enviarse (original y disquete) firmados y con seudónimo a:
Universidad Iberoamericana Torreón
Centro de Difusión Editorial
Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah.
- Los trabajos enviados por correo serán aceptados siempre y cuando la fecha del matasellos coincida con la fecha límite de entrega.
5. Los datos del participante: nombre, dirección, teléfono, fax, correo electrónico y explicación breve de su relación con la Universidad, deberán presentarse en sobre aparte y cerrado con el seudónimo inscrito al frente.
 6. El plazo de entrega de los trabajos vence el 14 de octubre de 2005.
 7. El jurado calificador estará integrado por especialistas con amplio reconocimiento público, y sus nombres serán dados a conocer junto con el fallo que emitan.
 8. El fallo del Jurado se dará a conocer durante el mes de diciembre y en el número 34 de la revista *Acequias*.
 9. Los ensayos ganadores serán publicados en la revista *Acequias*. Otros trabajos podrán ser seleccionados y propuestos para su publicación por el jurado para lo cual se pedirá su autorización a los autores
 10. Los premios constan de diploma y:
Primer lugar \$ 8,000.00 Segundo lugar \$ 5,000.00 Tercer lugar \$ 3,000.00
En el caso de ganar alguno de estos premios una persona que radique fuera de la Comarca Lagunera, tanto su premio como el diploma le serán enviados a su lugar de residencia.
 11. Los trabajos ganadores serán propiedad exclusiva de la revista *Acequias* durante doce meses, la cual decidirá los caminos para la publicación y difusión de los mismos. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos.
 12. Cualquier caso no previsto en la presente Convocatoria será resuelto por el Jurado.
Para cualquier duda referente a la presente Convocatoria favor de llamar al teléfono (871) 7 05 10 10 ext. 1135 o escribir a acequias@lag.uia.mx

* Primer jesuita en llegar a La Laguna en el año de 1598

Editorial



Con la edición del libro *Acequias de pensamiento* celebramos el octavo aniversario de esta revista que es un vehículo de comunicación arropado por la Universidad Iberoamericana Laguna. Como su nombre lo acota, el cuarto volumen de nuestras ediciones conmemorativas está dedicado a la crítica, al pensamiento que, creemos, es el único camino que la universidad puede seguir si de verdad quiere erigirse como vanguardia intelectual de la sociedad.

Frente a una realidad cada vez más convulsa y enredada, parece claro que las universidades deben permanecer alertas y firmes en el compromiso que quiéranlo o no tienen ante las comunidades que las acogen. Ese compromiso no consiste solamente en nutrir al mercado de trabajo con profesionistas eficientes, sino en investigar, analizar y criticar la realidad con el fin de ofrecer soluciones a cualquier conflicto y perseguir ideales de justicia y equidad.

Por ese motivo la puerta de acceso al nuevo libro de *Acequias* señala que el contenido de tal obra “no es tanto un punto de llegada, sino una rampa de partida hacia otras reflexiones, hacia nuevos *pensamientos* que posibiliten oponer un esfuerzo múltiple y a la vez compacto, hasta donde esto sea posible, a ‘la lucha de todos contra todos y el cinismo’ [Bourdieu] que tienen al planeta, como alguna vez escribió Rodolfo Walsh, en ‘los límites de la desdicha’”, de ahí que el nuevo libro sea para nosotros “una tenue pero duradera voz ante el embate de la irreflexividad y el egoísmo”.

Ahora, en este ejemplar número 33 con el que arrancamos nuestro noveno año de trabajo, destacamos una feliz coincidencia en la mayoría de los textos, pues muchos de ellos muestran, explícita o implícita

Lectio brevis

Quintín Balderrama López, sj
Rector de la UIA Laguna

Estimados Vicerrectores, directores, coordinadores de licenciaturas y posgrados, maestras y maestros, alumnas y alumnos de la Universidad Iberoamericana Laguna, amigos todos.

Con gran alegría les damos la bienvenida a este nuevo curso escolar 2005-2006, y deseamos que sea un tiempo oportuno para sembrar en todos ustedes la semilla del saber y de la ciencia, con la esperanza de verla germinar en los frutos de una cosmovisión humanista de esta Universidad para construir un México más justo y en armonía con su entorno.

Hace un año la comunidad universitaria realizó los talleres “Somos Ibero” con el fin de aportar y recoger todas las propuestas que nos ayudaran a definir mejor la Misión y Visión de nuestra Universidad. El resultado de estos talleres se encuentra sintetizado en el documento que fundamenta el enunciado general de la Misión y Visión de nuestra Universidad: I. El horizonte, II. La tarea y III. El Modelo Educativo Ignaciano de la Compañía de Jesús.

Ante la disyuntiva de elaborar el enunciado de la Misión de acuerdo a los lineamientos que señalan los más estrictos cánones de la teoría, optamos por enriquecerla con los aportes que la misma comunidad universitaria había señalado

en los mencionados talleres. De esta forma, la letra se hace vida, y está más acorde a la realidad de las aspiraciones que todos tenemos en el presente y futuro de nuestra Universidad.

Toda nuestra labor educativa deberá estar orientada a la tarea de formar personas, íntegras y profesionales, preparadas para el servicio, en y con los demás; una comprometida investigación de la realidad y un vínculo solidario con la sociedad. Para cumplir esta tarea, seguiremos el Modelo Educativo Ignaciano, resultado de la intuición y vivencia personal de Ignacio de Loyola, y de la labor educativa de la Compañía de Jesús que cuenta con la experiencia de cuatro siglos y medio en más de dos mil instituciones educativas en 67 países, cristianos y no cristianos, en todo el mundo (se puede consultar el directorio en www.sjweb.info/education/index.htm).

En México somos parte del Sistema Educativo de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, que cuenta con siete universidades de educación superior (Sistema Universitario Jesuita) y seis colegios, desde preescolar hasta bachillerato (Consejo Operativo de Colegios). En América Latina formamos la red de Asociación de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL), con

28 universidades en 14 países (se puede consultar el portal en www.ausjal.org).

La educación no se improvisa, ni es objeto del mercado controlado por la oferta y la demanda ni se promociona como una mercancía con el bombardeo de los medios masivos de comunicación, tampoco es la sola capacitación para el empleo: es una labor encaminada a lograr el desarrollo en la persona completa mediante una formación sólida, intelectual y cognoscitiva, en su aplicación práctica y en los valores que la sustentan, que ayude a discernir la problemática actual y a provocar una toma de decisiones significativas, orientadas al bien común.

En esta noble tarea nos sentimos solidarios con todas las instituciones educativas jesuitas en el mundo. Aprendemos unos de otros y nos enseñamos mutuamente. Participamos de los programas e iniciativas que han tenido éxito, y también de las que no lo han logrado. Nuestro número es señal de vigor probado por una rigurosa crítica histórica y por el testimonio de nuestros ex alumnos.

Todos los que trabajamos en el campo de la educación jesuita somos conscientes de los retos que se nos presentan en la actualidad. A nivel global tenemos las guerras, las personas que se ven obligadas a abandonar sus hogares para buscar mejores condiciones de vida, los desempleados, el hambre, la corrupción política, el fundamentalismo religioso, las enfermedades incurables, la secularización sin Dios, la avaricia, la destrucción del medio ambiente y el poco respeto a la vida humana. En nuestro contexto local vemos claramente la influencia que estos retos tienen sobre nuestros esfuerzos para lograr la tarea que nos proponemos: “Formar hombres y mujeres para, y con, los demás”.

Queremos hoy reafirmar nuestros desafíos ante esta comunidad universitaria,

con el compromiso firme de adaptarnos y hacer algo nuevo, dejar atrás lo que nos es familiar y cómodo, los viejos paradigmas, para ejercitar nuestra creatividad, estar abiertos a las críticas de otros, para aprender, también, de nuestros fracasos.

Reafirmamos nuestra presencia jesuita en La Laguna y reiteramos el deseo de consolidar firmemente en el presente y en el futuro nuestro servicio apostólico educativo en la ciudad de Torreón, que como dice el padre Peter-Häns Kolvenbach, SJ, prepósito general de la Compañía de Jesús, en su carta dirigida a un servidor, con fecha 26 de enero del presente año: Torreón, “ciudad en la que la Compañía de Jesús tiene tanta tradición y ha almacenado tanto cariño”.

Muchas gracias. 🙏

Torreón:

su historia, cultura y mentalidad

Sergio Antonio Corona Páez

SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ

Doctor en Historia por la UIA ciudad de México. Coordinador del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, SJ, de la UIA Laguna y cronista del municipio de Torreón. Autor de *San Juan Bautista de los González, Ríos de gozo púrpura* y *La vitivinicultura en el pueblo de Santa María de las Parras*.

Producción de vinos, vinagres y aguardientes bajo el paradigma andaluz (siglos XVII y XVIII) y coautor en *Acequias de ensayos. Educación*. Coordinador de la colección *Lobo Rampante* y editor del boletín electrónico *Mensajero* del Archivo Histórico. Becario del CONACYT. sergio.corona@lag.uia.mx

¿Qué tienen de singular la ciudad de Torreón y sus habitantes? ¿Por qué muchas personas nos atribuyen un chauvinismo galopante y una autoestima tan grandes como para distinguirnos de otras urbes mexicanas y de sus moradores?

Los torreonenses hemos bautizado a la nuestra como *la ciudad de los grandes esfuerzos*. Y en buena medida este orgullo corresponde a la realidad, ya que Torreón cuenta con la satisfacción de “haberse hecho a sí misma”, en virtud de su propio trabajo y sin gozar de los beneficios de la capitalidad del Estado. Si cualquier persona se pone a revisar las ciudades consideradas importantes durante el porfiriato, encontrará que la mayoría eran políticamente significativas. Se trataba de capitales, de cabeceras políticas, y, por lo tanto, económicas. Los recursos estatales se administraban desde ellas. Nada raro resulta ver que la concentración de poder político generara a su vez concentración de poder económico.

Aquí es donde encontramos la excepción, ya que nuestra ciudad nunca tuvo que constituirse como sede del poder político estatal para convertirse en económicamente destacada. Torreón es una tierra de empresarios desde sus inicios. Gran parte de su modernidad radica precisamente en la mentalidad de su gente,

que siente verdadera pasión por el trabajo productivo, cualquiera que sea la clase social a la que pertenezca.

Esta mentalidad, esta manera de percibir el trabajo como un factor deseable para la creación de la riqueza, no es nueva en la región, no llegó con los inmigrantes extranjeros de finales del siglo XIX o principios del XX, aunque de hecho muchos de ellos participaban también de esta valoración. La historia del trabajo en la Comarca Lagunera de Coahuila y Durango tiene una trayectoria de siglos, aunque muy poco, casi nada, se ha escrito acerca del tema.

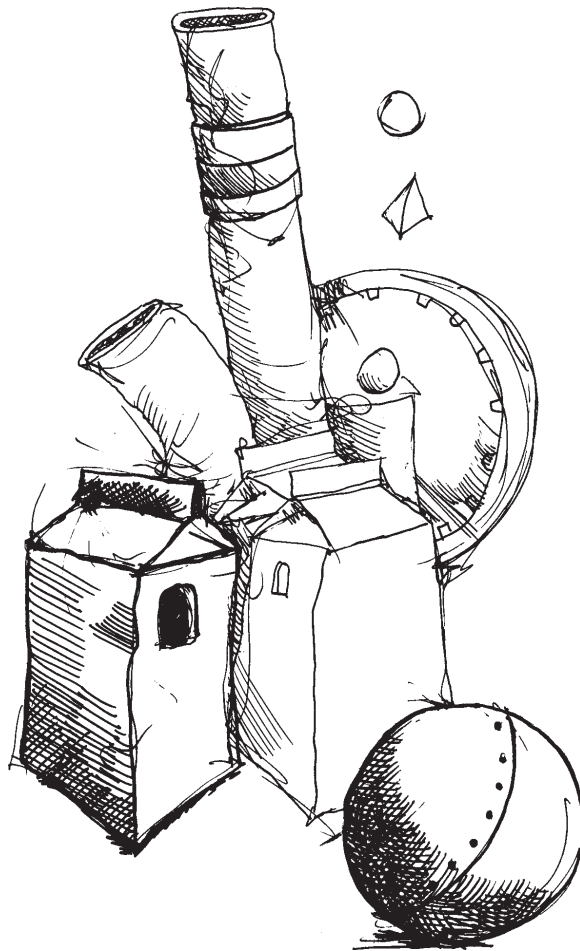
Sería muy difícil —y falaz— explicar la historia de Torreón sin examinar el devenir de la Comarca Lagunera como región económica generadora de una cultura del trabajo. Efectivamente, el área que ahora llamamos Comarca Lagunera coincide fundamentalmente con la que los misioneros jesuitas y las autoridades civiles designaron en 1598 como Alcaldía Mayor de Parras, Laguna y Río de las Nazas.

El primer esquema lagunero de desarrollo de agricultura comercial lo encontramos en Parras, que se constituyó como la zona productora de vinos y aguardientes más relevante de la Nueva España desde el siglo XVII, y también uno de sus principales mercados.

La producción de vinos y aguardientes parrenses fue el resultado de las afortunadas condiciones climáticas que hicieron posible el cultivo de la *vitis vinifera*. Pero hubo otros factores no menos valiosos: la inmigración de los orgullosos conquistadores españoles y tlaxcaltecas que aportaron amor por el trabajo, visión empresarial, apertura al cambio, y la consecuente adopción y generación de innovaciones. Otras etnias aportaron mano de obra, principalmente. En Parras existieron los marcos legales que posibilitaron la tenencia de tierras y aguas, las cuales eran otorgadas directamente por la Corona como mercedes de bienes realengos, o bien, como mercedes conferidas por el gobierno del pueblo en su jurisdicción. El marco legal contemplaba asimismo la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y los mecanismos para su enajenación (Corona Páez, *Vitivinicultura*, 2004, pp. 180-182).

Las rutas de carretas Monterrey-Durango o del Camino Real de la Tierra Adentro Santa Fe-Ciudad de México favorecieron y estimularon el proceso de intercambio de bienes con otras regiones. La producción y riqueza vitivinícola de Santa María de las Parras no tuvo rival en toda la Nueva España. Por otra parte, el lazo matrimonial de las familias de los condes de San Pedro del Álamo y la de los marqueses de Aguayo, sumada a la unión *de facto* de sus haciendas de Coahuila y Durango, fortalecieron la percepción de la Comarca Lagunera como una región con identidad diferente, con una economía distinta. La ganadería, la agricultura comercial, la aceptación cotidiana del riesgo de la inversión y el amor al trabajo duro y productivo, contribuyeron a la conformación de esta mentalidad empresarial.

El algodón surgió como una posibilidad alterna a los viñedos. Existe constancia de que a partir 1787 o antes se cul-



tivaba en la región de Parras. Desde 1812 la escasez de textiles de algodón producida por las guerras de independencia en México y las napoleónicas en Europa, estimuló grandemente la producción regional de la fibra tanto en Coahuila como en Durango. Puesto que ya había una tecnología de cultivo, fueron las condiciones favorables del mercado y la capacidad de adaptación de los agricultores las que dispararon este primer auge algodoneo.

La apertura comercial para los textiles de procedencia extranjera durante la tercera década del siglo XIX hizo que el cultivo del algodón se deprimiera en la Comarca Lagunera. A mediados del siglo, y particularmente durante los días de la Guerra Civil de los Estados Unidos, el déficit de la producción algodonea norteamericana y la demanda insatisfecha del mercado internacional, volvieron a estimular la producción algodonea regional. A estas circunstancias se sumaron una serie de factores positivos como la unión política de los estados de Coahuila y Nuevo León, la disponibilidad de tierras y aguas para la venta a causa del desmembramiento del latifundio de Leonardo Zuloaga, la oferta de créditos refaccionarios y la disponibilidad de mano de obra muy trabajadora.

Torreón surgió como rancho a mediados del siglo XIX, hacia 1850. Era propiedad de Zuloaga, un vasco que hizo un buen negocio al casarse con la rica criolla saltillense-parrense Luisa Ibarra. Los primeros habitantes y defensores de El Torreón eran peones agrícolas originarios de ranchos vecinos, laguneros de vieja prosapia a juzgar por sus apellidos.

El caso de Zuloaga es muy ilustrativo para entender muchos otros. El extranjero que migraba a La Laguna lo hacía porque, debido a razones políticas o económicas, se encontraba en necesidad. Zuloaga corrió con suerte al desposarse con una rica heredera. Este pequeño detalle

le proporcionó una relevancia económica y social que no sabremos si habría obtenido de otra manera. La decisión para invertir en el cultivo del algodón no surgió de su propia corazonada, sino de muchos pequeños agricultores laguneros que antes que él le habían apostado con éxito. Como empresario, Zuloaga tuvo la suerte de tener a su disposición los haberes necesarios para convertir la siembra del algodón en una empresa de mayor envergadura, justamente como lo hicieron los propietarios laguneros del lado de Durango durante el primer tercio del siglo XIX.

¿Por qué los extranjeros no hacían fortuna en sus países de origen y sí en nuestra región? Poco se ha planteado esta pregunta en los textos historiográficos, y es de capital importancia para entender la naturaleza de La Laguna en cuanto región económica. La respuesta es sencilla: en un esquema capitalista no basta que un individuo tenga iniciativa o visión para llegar a convertirse en un empresario exitoso. Si fuera así, los extranjeros se hubieran bastado a sí mismos en sus países de origen y no habrían tenido que viajar a la región. La Comarca Lagunera disponía de bienes de producción —tierras, aguas, créditos— a los que cualquiera podía aspirar si ahorraba lo suficiente. La región ofrecía muchas fuentes de trabajo que permitían colocarse y obtener estos ahorros; la masa de circulante era lo bastante grande y dinámica como para otorgar poder adquisitivo a un sector significativo de la población. En estas circunstancias de volumen y circulación monetaria, el comercio era muy redituable. La Comarca ofrecía, además, mano de obra muy dispuesta a encarar las condiciones de trabajo duro o intensivo.

Visto lo anterior, sostener el mito de que la mentalidad de trabajo llegó a Torreón con los extranjeros resulta absurdo; sobre todo si se toma en cuenta el


dato proporcionado por el investigador Carlos Castañón acerca de que los extranjeros nunca constituyeron más del 5% de la población del municipio.

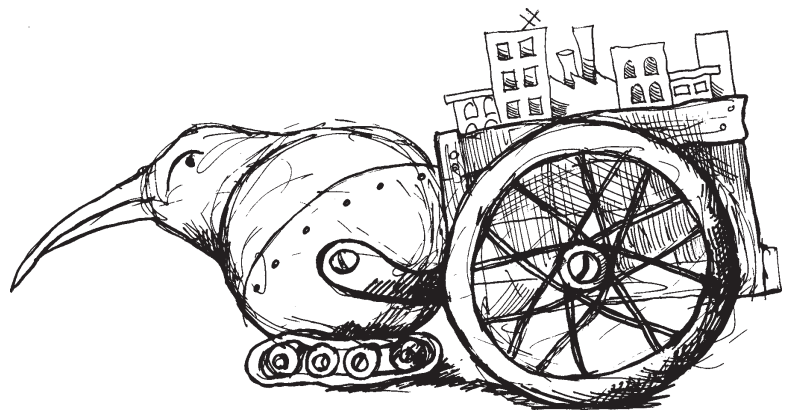
Como sucedió para la economía de Parras en los siglos XVII y XVIII, las vías de comunicación resultaron vitales para la expansión económica de nuestra ciudad. Los caminos de aquellos siglos y las rutas ferroviarias a finales del XIX desempeñaron la misma función: facilitar el intercambio y la migración, y por consecuencia, se dio el incremento de la economía y de la masa demográfica. Las rutas ferroviarias consolidaron la vocación productiva —no administrativa— de Torreón.

El 15 de septiembre de 1907 la villa fue elevada al rango de ciudad. Para 1910 la región se estaba convirtiendo en un centro capitalista de primer orden. La industria pesada ya florecía, como lo demuestra la fábrica de vagones de ferrocarril y de locomotoras en plena producción en la hacienda de Hornos.

Desde la revolución de 1910, la economía torreonesa ha padecido las decisiones de la política nacional. Con la celebración de los Tratados de Bucareli (1923) la Comarca renunció a la posibilidad de fabricar maquinaria pesada. Tal posibilidad resurgió cuando los Estados Unidos requirieron de un aliado fuerte, de un socio comercial que les apoyara en las necesidades de una economía de guerra. La subida de Manuel Ávila Camacho al poder en 1940 marcó esta nueva etapa. Poco antes, con el reparto agrario (1936) las grandes unidades productivas agrícolas de la región habían dejado de existir. La extrema sequía de finales de los cincuenta arruinó a muchas familias de Torreón y obligó a otras a emigrar.

La caída del mercado algodonero forzó a otra buena cantidad a replantearse sus actividades económicas. El cambio de economía agrícola a agropecuaria, con el

establecimiento de plantas elaboradoras y procesadoras de lácteos, ha demostrado ser muy rentable. La valiosa inercia cultural configurada por la secular mentalidad de amor al trabajo y de apertura al cambio han reorientado constantemente los esfuerzos de los torreenses hacia la diversificación económica. Siempre alertas para discernir lo que resulta productivo de lo que no, siempre dispuestos a arriesgar invirtiendo, los habitantes de esta región nos valoramos profundamente como personas y como agentes de modernidad. Nos sabemos inmigrantes en una tierra de inmigrantes, y de ahí nuestra calidez y apertura con los que recién llegan. Nos hemos ganado con toda justicia la fama de esforzados, amigables y ¿por qué no?, de gastadores. 



Ley de matrimonios homosexuales y objeción de conciencia

Benjamín Forcano

BENJAMÍN FORCANO

Sacerdote y teólogo claretiano, inordinado con cinco compañeros más a la Prelatura de Sao Félix do Araguaia (Brasil) del obispo monseñor Pedro Casaldáliga. Es licenciado por la Universidad Romana de Santo Tomás de Aquino y cuenta con una especialidad en Teología Moral por la Academia Alfonsina de Roma. Director por trece años de la revista *Misión abierta*, miembro de la directiva de la revista *ÉXODO*, director de la editorial Nueva Utopía y cofundador de la Asociación Teológica Juan XXIII; Ha publicado, entre otros *El sueño de los pobres*, *Leonardo Boff. Semblanza*, *Teología de la liberación: textos básicos procesos en Roma*, *Nueva ética sexual*, *El evangelio como horizonte* (vol. 3), *El Ché y la teología de la liberación*, *El futuro del socialismo y religión cristiana en Cuba* (en colaboración), *Yo creo en la resurrección* y *Por qué el terrorismo*. Es, además, escritor y colaborador en diversas revistas y periódicos.

No seré yo quien niegue el derecho de la conciencia a disentir de una ley, si para ello tiene motivos; pero tampoco voy a caer en el engaño de ensalzar la conciencia como si constituyera la fuente de la moralidad. Me disgusta el antagonismo que a propósito de este “proyecto de ley” se establece entre ley y conciencia; conciencia y poder político legislativo. Tal antagonismo está basado en una concepción, a mi modo de ver, inexacta de lo que es la ley y la conciencia.

Las leyes, para que sean válidas y vinculantes, tienen que contener y promulgar valores que atañen al bien del ser humano, individual o comunitario. Una verdadera ley nunca es vacía o arbitraria, no nace de la voluntad del que manda. Eso sería establecer como principio del bien y del mal —de los valores— la voluntad humana, justificando toda suerte de despotismo. Las leyes no son buenas o malas por *el que* las manda, sino por *lo que* mandan: no son buenas porque están mandadas, ni malas porque están prohibidas; sino que *porque son buenas* están mandadas y *porque son malas* están prohibidas.

La ley tiene como base y contenido la realidad, mayormente humana, que es portadora de moralidad. Un primer nivel, el más profundo de esa moralidad, es al que llamamos ley natural: “En lo más

profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y debe evitar el mal: haz esto, evita aquello” (*Gaudium et Spes*, 16).

Esa ley contiene lo más íntimo de uno mismo, todo lo que uno es y vale como persona. El valor de esa ley natural es hondo y universal. Por eso, nos lo podemos exigir unos a otros y todos a uno mismo: nos hace conscientes y responsables. Esa ley consiste fundamentalmente en amarnos: reconocer y estimar la dignidad de todos como la de cada uno. La valía de todos es la misma, la de otros yos, que nos impone la regla de oro: “Lo que no quieras para ti, no lo quieras para los demás”.

Un segundo nivel de la moralidad humana viene contenido y expuesto en la ley positiva: leyes civiles. Se trata de un nivel más difuso, que para poder convivir, requiere ser determinado considerando el máximo de estudio, experiencia, sabiduría y empeño de todos.

Pero ambos niveles se convierten en ley porque son portadores morales de la realidad —de su bien y valores—, y nadie es libre para hacer lo que le plazca ante esos valores. La ley —toda ley— es obede-

cible, y lo es en la medida en que contenga y promulgue un valor. Tenemos, por tanto, que la ley es anterior a la conciencia, la informa, y es en ella donde se hace presente, se nos impone como vinculante según sea el grado de su valor y nos hace responsables cumpliéndola.

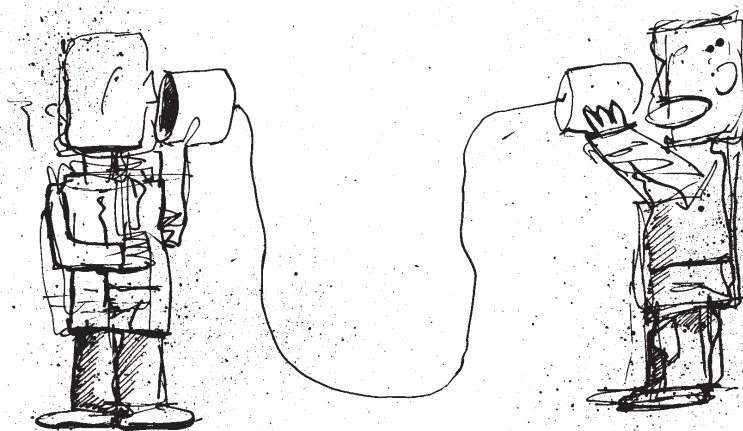
La conciencia, lugar consciente y manifestativo de la ley

Precisamente porque la ley, además de originarse en una naturaleza que es común a todos y singular en cada uno, y depende en su receptividad, desarrollo y formación de una sociedad y cultura determinadas, puede cobrar acentos y grados diversos.

Habrà, ciertamente, coincidencias básicas en los valores más importantes y también, dudas o divergencias en los no tan importantes. Y de unos y otros tendrá que alimentarse la conciencia, y hacia unos y otros revertirá para aportar avances y enriquecimientos. En ese trance de receptividad y aportación crítica, es cuando la conciencia puede encontrarse en dos situaciones: una, de conocimiento de la realidad objetiva (sus valores) y en disposición de cumplirla (conciencia *verdadera*); y otra, de conocimiento deficiente o parcial de la realidad, y en disposición también de cumplirla (conciencia *recta*, sincera, de buena fe, pero *errónea*).

En este sentido, la conciencia es la norma inmediata (no la última) de la moralidad, porque busca hacer el bien de acuerdo con la información, razones y disposiciones que tiene. Al obrar coherentemente, en tanto no disponga de otras razones que le hagan ver su parcialidad y equivocación, mantiene su dignidad.

Hay, pues, conciencias verdaderas y conciencias rectas: toda conciencia verdadera es recta, pero no toda conciencia recta es necesariamente verdadera. Esto quiere decir que toda persona tiene dere-



cho a obrar según su conciencia recta, pero que simultáneamente debe estar abierta a la ampliación y corrección, si llega el caso. Por lo que tal derecho le puede venir limitado por la ley (expresión de los valores objetivos) y por la autoridad legítima que aprueba, promulga y defiende esa ley.

El proyecto de ley sobre matrimonios homosexuales

Este proyecto trata de incluir una realidad personal objetiva que debe ser reconocida y respetada por la sociedad. La cuestión fundamental está en esto: ¿la homosexualidad es una enfermedad, una desviación, una perversión o una condición normal de muchas personas, que les hace vivir con el mismo derecho que a otras les hace vivir su heterosexualidad? Todo lo demás vendrá por añadidura. Yo haría esta propuesta: que se pongan de un lado los que sostienen que la homosexualidad es una desviación, un desorden moral, y por lo tanto, una perversión a reprimir y de otro, los que sostienen que es una condición normal, y por ello, una modalidad diversa de la heterosexualidad, pero legítima. Con los primeros, entiendo que a la homosexualidad se la considere moralmente inadmisibles, tanto en sí misma como en relación con otros de la misma tendencia. Con los demás, habrá de admitirse con normalidad su existencia, tanto en sí como en relación con los otros. En el fondo, ése es el problema: ¿la homosexualidad es o no parte de la realidad humana, y en ese sentido, portadora de unos valores morales? Quien diga que sí, que lo pruebe; y quien afirme lo contrario, que lo pruebe también.

Para muchos, la homosexualidad es una variante legítima de la sexualidad humana. Quedan pendientes de estudio y solución qué tipos de homosexualidad pueden ser auténticos o no, antropológi-

ca y éticamente hablando, como queda pendiente qué tipos de heterosexualidad guardan autenticidad en el mismo sentido. Ni científicamente ni ética ni teológicamente puede demostrarse que el contenido de la sexualidad humana es *única*mente la heterosexualidad. Históricamente la relación y el matrimonio heterosexual han podido ser el estilo dominante, pero ello no autoriza a erigirlo en modelo único y obligatorio para todos.

Como criterio de discernimiento fijaría este: la sexualidad humana, incluso la heterosexual, no tiene su razón de ser en la procreación, sino en la fusión y complementariedad de la pareja para un proyecto de vida en común, que conlleva la potencialidad de ser fecunda como consecuencia de su amor. Pero esa potencialidad puede quedar sin actuar, por diversas razones, y no obstante, la pareja sigue teniendo plena razón de ser: “La comunidad matrimonial heterosexual, dice el Concilio Vaticano II, es una comunidad íntima de vida y de amor” (GS, 50). Visto así no representa sólo un contrato para procrear, como se decía en el código de Derecho Canónico. Del mismo modo, un proyecto de unión homosexual es una comunidad íntima de vida y amor, *actuable* desde las condiciones básicas de un amor interpersonal, sin posibilidad, obviamente, de paternidad o maternidad biológicas. Pero hay algo que identifica en una misma dignidad a ambos proyectos: que no se ordenan a la procreación, sino a una vida en común, que en el heterosexual se acompaña generalmente de fecundidad biológica y en el homosexual de otro tipo de fecundidad.

El gobierno actual ha aprobado un proyecto de ley que equipara a los matrimonios homosexuales con los heterosexuales, sin pretender con ello desestimar, rebajar o dañar la naturaleza y dignidad de este último. El ahora denominado

matrimonio homosexual no responde ciertamente a lo que histórica y culturalmente entendíamos por matrimonio. Pero es que, desde los presupuestos y mentalidad anteriores, era impensable esta equiparación bajo ningún aspecto. Simplemente porque se descartaba de raíz la mínima posibilidad de plantear como válida la homosexualidad y su relación de pareja. No había lugar, por más que existieran los homosexuales y se relacionaran de hecho.

La realidad se ha impuesto y se impondrá cada vez más porque ya la cultura de hoy hace imposible seguir con los prejuicios, errores y vejaciones acumuladas en el pasado. Las ciencias declaran como normal la condición homosexual, el Consejo de Europa insta a los gobiernos a suprimir cualquier tipo de discriminación en razón de la tendencia sexual y la Constitución de España afirma que “los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de sexo” (art. 14). Es, por tanto, una mejor percepción de la realidad la que nos obliga no a renegar del matrimonio heterosexual, sino a reconocer y dar forma jurídica al hecho objetivo de las parejas homosexuales. Pretender seguir como antes, equivaldría a permanecer de espaldas a la realidad y a continuar tildándola de nefanda e intolerable social, ética y legalmente.

Necesitamos, pues, leyes que acojan y defiendan los valores de la realidad, leyes que lo sean de verdad, que no nos compriman a decir que no hay ley que esté sobre la persona o que vaya contra ella, porque esto ha ocurrido en la historia: leyes discriminatorias o falsas que se han sobrepuesto a la ley fundamental del respeto a la persona, y cuyo bien y dignidad han menoscabado concepciones antropológicas, filosóficas y religiosas desfasadas o falsas.

En este nuevo proyecto de ley se impone el respeto a toda persona, a su opción y programa de vida, individual o en pareja, según ella vea y decida. El poder político se propone asegurar la protección social, económica y jurídica de las personas, cualesquiera que sean sus condiciones de clase, raza, color, sexo, religión o ideología. Sólo quien siga pensando en la homosexualidad como algo pernicioso y detestable se opondrá.

Los católicos y su objeción de conciencia a la nueva ley

La modernidad nos ha traído la opción de vivir en una sociedad laica y democrática. Ningún católico, que yo sepa, deja de ser laico y demócrata por el hecho de ser católico. Y acepta gustoso que en nuestro país las leyes de convivencia sean elaboradas y aprobadas por las cortes generales. Y, en concreto, participa con todo derecho en el proceso preparatorio de tal o cual ley y se adhiere a aquellas que le parecen más razonables y convincentes. Y democráticamente se aprueban, con el consentimiento de la mayoría, aun cuando haya grupos y planteamientos que puedan sostener puntos de vista diferentes. Es la norma del quehacer democrático.

En una sociedad moderna y democrática, por lo común las leyes son expresión de la voluntad de los ciudadanos, quienes en debate público han expuesto sus razones, logrando asentimiento mayoritario. Y una vez aprobadas, esas leyes salen con el aval de corresponder a los anhelos de la realidad que expresan y respaldan. Por lo general los católicos, también ciudadanos, participan en esas leyes y les dan su respaldo.

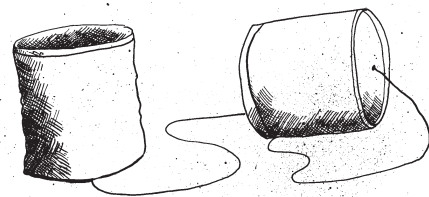
Sobre esta ley en concreto se han disparado alarmas y no dejan de sonar avisos y constricciones de ciertos miembros de la jerarquía católica para que los profesionales practiquen la objeción de conciencia.

cia o se hagan notar por la desobediencia civil. Como católico, considero oportuno ofrecer algunas pautas que pueden ayudar a comportarse católicamente: 1. La Iglesia Católica no es la jerarquía y su voz no es la única válida e importante en la Iglesia. 2. Hay cuestiones, y ésta es una de ellas, donde la Iglesia no puede ofrecer una respuesta propia, sacada de la doctrina o revelación del Nuevo Testamento. No encontramos en él ningún código de moral que regule la conducta homosexual de los católicos. Lo escribe taxativamente el gran teólogo Schillebeeckx: “En lo que respecta a la homosexualidad no existe una ética cristiana. Es un problema humano, que debe ser resuelto de forma humana. No hay normas específicamente cristianas para juzgar la homosexualidad” (*Soy un teólogo feliz*, Madrid, 1994, p. 124). 3. Por tanto, no es ajustado que dirigentes eclesiásticos pretendan ejercer influjo temeroso sobre los fieles recordándoles que sobre este punto existe una doctrina católica particular que están obligados a seguir, y en virtud de la cual pueden y deben hacer objeción de conciencia. No es ese el sentir de muchos católicos, científicos, teólogos y moralistas de la Iglesia. 4. Cualquiera que profese esta religión puede ejercer objeción de conciencia contra esta ley, si así está personalmente convencido, pero otra cosa es presentar la opinión personal como opinión general de la Iglesia. Y, en este sentido, los dirigentes eclesiásticos tienen la obligación de especificar que su postura personal no es general ni única en la Iglesia, ni vinculante para los católicos: “*In dubiis libertas*: en las cosas dudosas, libertad”. 5. Creo que, tratándose de una ley democrática, de un estado de derecho, es un despropósito afirmar que la conciencia está por encima de esta ley y que no debe obedecerse bajo riesgo de encaminarnos hacia otro Auschwitz. Y podríamos exigir, por

lo menos, que obispos y cardenales hubieran apelado a ella en otras circunstancias mucho más graves, me refiero, por ejemplo, a la guerra en Irak.

Se trataba de una guerra pactada y compartida por el gobierno de Aznar, popularmente repudiada, internacionalmente condenada como injusta, inmoral e ilegal, y que el papa Juan Pablo II condenó inequívocamente. La opinión pública hubiera visto con gozo que esos obispos y cardenales animaran a los soldados a hacer objeción de conciencia y se negaran a cumplir el servicio militar. No lo hicieron, a pesar de que más del 90% de la población española gritaba en las calles su interior objeción de conciencia. Aunque tarde, su inhibición y silencio habrían quedado expiados si posteriormente hubieran aplaudido la decisión del actual presidente Zapatero de retirar de inmediato las tropas españolas de aquella guerra.

Todo esto es sintomático, y resta credibilidad cuando se reclama la objeción de conciencia para cuestiones no inmorales, sino adecuadas a un contenido de ley justa, y defendibles en recta y veraz conciencia. ♣



Gestión *para un* mundo global

Juan Manuel Torres Vega

Gestión es trabajar con personas

JUAN CASASSUS

Una labor cotidiana

Cada ser humano necesita del otro para saber y saber hacer, caminos ambos que llevan a ser desde la realización y el avance hacia la plenitud. Esa relación interpersonal que permite la experiencia de aprender, apoyar, enfrentar, amar o disfrutar de y con el otro, se funda en la acción del verbo *gestionar*: “hacer diligencias conducentes al logro de un negocio o de un deseo cualquiera”.¹ Palabra, y sobre todo, acto omnipresente en cada día de la existencia y que suele mantenerse anónimo. Se presenta en toda negociación, ya para conseguir un permiso, iniciar un noviazgo o solicitar un servicio; y en todo negocio, desde una pequeña tienda de abarrotes hasta una comunidad universitaria o una enorme empresa transnacional. Puede ser horizontal (entre pares) o vertical (conforme a la línea de autoridad). Fue a mediados del siglo XX que se reconoció como un campo de investigación y desarrollo que hoy se presenta como alternativa viable para el acompañamiento y promoción de los procesos organizacionales.

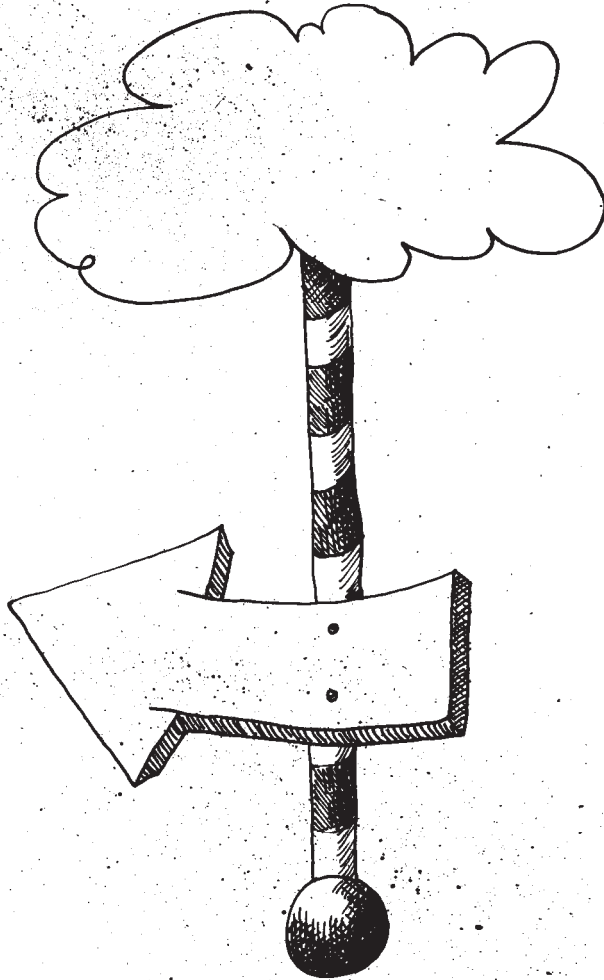
En un contexto global

La era de la información² se establece a finales del siglo XX y ofrece situaciones inéditas a la sociedad del XXI. Tres de sus rasgos afectan a todos los procesos de desarrollo integral: la *productividad*, “basada en la producción de conocimiento y la gestión de la información”, coloca a la investigación como área de oportunidad para las instituciones educativas de América Latina, mismas que han centrado su labor en el ejercicio docente; la *red mundial* (internet), que permite conducir una empresa desde la coordinación y centralización de tareas con flexibilidad y adaptación a las necesidades, invita al desarrollo y aprovechamiento de las nuevas tecnologías de la información y comunicaciones; y la *globalización*, con el sistema económico actual funcionando como “unidad planetaria en tiempo real” y donde el reto académico es ampliar “las redes de contacto y colaboración entre los grandes centros universitarios y las grandes empresas”.

Dichos rasgos están directamente vinculados a la *innovación* en tres niveles: producto, tecnología y proceso. ¿Qué, con qué y cómo se hace en la organización? Es una pregunta que no interroga sobre

JUAN MANUEL TORRES VEGA

Licenciado en Psicología por el IS-CYTAC (hoy ULSA Laguna). Académico del Departamento de Humanidades de la UIA Laguna.



“lo mismo” sino sobre “lo diferente o nuevo”, lo que brota del riesgo emprendedor basado en conocimiento y trabajo altamente cualificado en todas las áreas de la empresa. El sistema de producción de conocimiento avanzado es la universidad y si ella no responde, se recurre a la migración o inmigración, según sea el caso, y con la consecuente “fuga de cerebros”, pues en algún lugar el conocimiento de punta es ya una realidad. Para todo lo anterior se necesita dinero, innovación en cuanto a las fuentes de financiamiento, que se asienta en la confianza ganada por la institución desde su historia y momento actual.

Una característica importante de la nueva organización es la flexibilidad del trabajo, provocada a su vez por la volatilidad de la economía. “El problema es que esta flexibilidad (...) se ha traducido en muchos casos en flexibilidad del trabajador y, por tanto, en la inseguridad sistémica del puesto de trabajo”. Hoy se rompe con frecuencia la conexión trabajador-empresa, el conocimiento adquirido en la práctica se acumula en la persona y no en la organización, como sucedía anteriormente. Así la individualidad pasa a individualismo y la vida académica, colegiada, sufre un empobrecimiento.

Necesita ser diferente o nueva

La tarea principal de la gestión organizacional, incluyendo la educativa, consiste en “indagar acerca de las motivaciones de la persona en su lugar de trabajo y acerca de qué es lo que la puede impulsar a mejorar su desempeño”³. ¿Dónde está la clave para cumplirla en el contexto del siglo XXI? ¿Cómo integrar sus rasgos (productividad, red mundial y globalización) y niveles (innovación en el producto, el proceso y la tecnología) actuales con la calidad de vida de los trabajadores?

El desafío⁴ para la universidad, y las organizaciones en general, es múltiple y requiere de un proceso profundo para la toma de decisiones y la puesta en práctica de acciones colectivas. Tiene distintos escenarios, todos significativos:

- Prevenir y combatir la pobreza y la exclusión social, mediante la investigación y producción de conocimiento, así como invirtiendo en la formación del trabajador “como elemento de productividad en la empresa”; lo primero para incidir sobre la enorme desigualdad en la distribución de la ciencia y la tecnología en el mundo actual. Y lo segundo, para centrar el trabajo en el conocimiento y no en la angustia del desempleo.

- Definir la misión y visión de la empresa, identificar los recursos necesarios para lograrlas y los medios para hacerse de ellos, buscando aprovecharlos en beneficio de todos; así se mantiene la conexión trabajador–empresa, fomentando el proceso de la colegialidad.

- Innovar desde la planificación y la administración para arrancar un círculo virtuoso de trabajo altamente cualificado que permita vivir los adelantos en todas las áreas de la organización. Es un ciclo que motiva y satisface a la persona, que mejora el desempeño y consigue productos que responden a las necesidades del entorno, con respeto y generación de un desarrollo sustentable.

Para servir

En el caso de la institución educativa, la gestión tiene como fin último a la persona, ya que encuentra en ésta su sentido más profundo al integrar un servicio de calidad que redunde en beneficios para la comunidad a la que se debe. Es una labor que permite superar la administración meramente intuitiva, llegar a sistematizar los procesos y tomar decisiones adecuadas: ya sea colegiadas, con base en

el discernimiento y la deliberación, o individuales, fundamentadas en la información recibida y la propia experiencia; siempre manteniendo explícitos los ámbitos propios de una decisión colegiada o individual en los procedimientos organizacionales, de modo que la alternativa sea fuente de tranquilidad y no de zozobra.

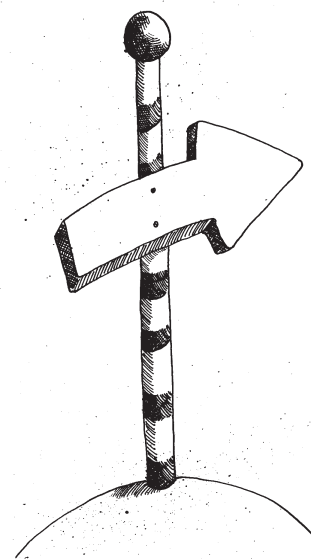
“Gestionar es trabajar con personas” en vistas a convertir lo cotidiano de la administración o negociación en algo diferente o nuevo, adaptado al contexto global y con capacidad de servir mediante la generación de las respuestas concretas que la comunidad demanda. ♣

¹ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22a. edición, Madrid: RAE, 2001.

² Cfr. Castells Manuel, “Más allá de la caridad: responsabilidad social en interés de la empresa en la nueva economía”, en Cortina Adela (editora), *Construir confianza. Ética de la empresa en la sociedad de la información y las comunicaciones*, Madrid: Editorial Trotta, 2003, pp. 57–66.

³ Casassus Juan, *Problemas de la gestión educativa en América Latina (la tensión entre los paradigmas de tipo A y el tipo B)*, Santiago de Chile: UNESCO, 2000, p. 4.

⁴ Cfr. Castells Manuel, *op. cit.*, pp. 69–73.



Los dilemas del filósofo en un mundo mercantilizado

Luis Armando Aguilar Sahagún

LUIS ARMANDO AGUILAR SAHAGÚN
Doctor en Filosofía por la Escuela Superior de Filosofía en Múnich, Alemania. Profesor e investigador del ITESO. Ha publicado *En el límite del universo, la visión cosmológica de Stephen W. Hawking* (Universidad de Guadalajara, 1991) y *El derecho al desarrollo: su exigencia dentro de la visión de un nuevo orden mundial* (ITESO / UIA Puebla).

Quien hace profesión de la filosofía se encuentra sistemáticamente en medio de dilemas de toda índole. Problemas de carácter existencial, ético y social, y por eso, también del ámbito teórico. Se trata de conflictos que se presentan bajo una perspectiva peculiar. La vocación hacia la filosofía excede, casi siempre, las propias posibilidades.

Una de las labores del filósofo se sitúa en el medio de la educación. Para la sociedad contemporánea esta actividad se desarrolla en el contexto del libre mercado. El profesor de filosofía —se afirma con frecuencia— se enfrenta al dilema de la enseñanza y transmisión de valores. Es necesario aclarar lo que está implicado en esta expresión.

El filósofo puede faltar a su misión al permanecer en silencio, o también, al ceder a la tentación del oportunismo. En medio del mercado, quien hace de la filosofía profesión se encuentra ante el riesgo de convertir su pensamiento en un instrumento al servicio del mejor postor, desarrollando ideas útiles para fines ambiguos. Esto puede ocurrir de manera más o menos deliberada y consciente. Hacer de la filosofía un negocio, mercantilizar el pensamiento, su habilidad dialéctica, buscar la fuerza persuasiva de su discurs-

so, volviéndose cómplice de una mentalidad para la que todo es mercancía. El filósofo puede olvidar su responsabilidad esencial de salvaguardar la dignidad humana, puede caer en la condena fácil de lo que no le es posible cambiar, pero también puede capitular en la propuesta de alternativas que indaguen las causas y el sentido último del quehacer humano.

El filósofo ha de tener en cuenta el contexto histórico, de otro modo sus consideraciones caerán en el vacío. El filósofo no puede conferirse a sí mismo un certificado de pureza ni ignorar sus propios condicionamientos ideológicos. La profesión del filósofo lo obliga a una incansable vigilancia. Lo que verdaderamente le incumbe es una toma de conciencia y comprensión de lo que es el hombre en cuanto tal, de sus tareas y potencialidades. Lo que está en juego, en cada caso, son las posibilidades de humanización del mundo, así como la posible autodestrucción y deshumanización.

Por su propia condición, el ser humano se encuentra en ese riesgo permanente. En el contexto del libre mercado tal riesgo se ha acentuado dramáticamente, y se concreta en la mercantilización total. La mercantilización del hombre ha sido denunciada reiteradamente. El mercado

es el ámbito en donde todo es objeto de cosificación, incluyendo a la educación, al filósofo y a su discurso.

El filósofo no sólo se encuentra frente a los dilemas, sino en medio de ellos. Su palabra puede llegar a ser fácilmente la de quien paga sus servicios; su lealtad puede ser la del grupo que le aplaude; su crítica puede dirigirse a quienes contradicen los intereses que representa o que reivindica. Puede convertirse en un ciego guiado por un ejército de ciegos.

Uno de los dilemas del filósofo es promover valores como la igualdad y la libertad, y clarificar su verdadero y justo sentido en una sociedad profundamente dividida. Como en tiempos de Marx, también en el capitalismo tardío continúa siendo verdad que la riqueza de unos se amasa a costa de la pobreza de otros y que la degradación humana atraviesa a todos los sectores sociales de múltiples maneras. Frente a lo intolerable no es menor la responsabilidad del filósofo que la de cualquier persona atenta al acontecer social. El filósofo es un ciudadano más que ha de desarrollar su tarea de crítica con un pensamiento capaz de ir al fondo de las causas de deshumanización del mundo. Para eso necesita dialogar tanto con científicos sociales como con quienes sufren los mayores daños, procurando la palabra certera, capaz de provocar un diálogo fecundo entre ciudadanos.

El filósofo pretende mostrar, promover la maduración de lo humano en el mundo, tomando conciencia de las fuerzas más vivas que lo mueven. No sólo busca precisar ese proceso, sino determinar, junto con otros, sus condiciones. Para ello necesita distinguir lo maduro de lo que está en vías de descomposición. En ningún caso tiene el derecho de desolidarizarse de sus prójimos. La filosofía sólo puede desarrollarse y definirse desde el signo de la fraternidad. Uno de sus dile-

mas es lograr esta tarea en un mundo individualizado, sin alternativas aparentes, en el que la crítica tendría que ir acompañada de propuestas razonables, y sobre todo, de testimonios creíbles. En una época en la que todo tiene precio, el filósofo ha de saber dar cuenta de sus convicciones, decir su verdad dejando que sea la verdad lo que seduzca, no su discurso ni el deseo de complacencia; señalando los focos de luz y de sentido, invitando a la gratuidad y a la búsqueda en común. ♪



Periodismo y filosofía

Un ejemplo latinoamericano

Héctor Valle

HÉCTOR VALLE

Montevideo, Uruguay, 1954. Asesor en comunicación y organización con capacitación tanto en Uruguay como en Brasil; director de la Cátedra Libre de Filosofía de la Alteridad. Ha dictado conferencias en diferentes centros educativos de Argentina y Uruguay. Sus ensayos de temas filosóficos han aparecido en medios impresos de Argentina, España y México. Es columnista regular en la revista *La Onda*.
hectorvalle@adinet.com.uy.

(...)... *Nuestro hermoso deber es imaginar
que hay un laberinto y un hilo.*

*Nunca daremos con el hilo;
acaso lo encontramos y lo perdemos
en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño,
en las palabras que se llaman filosofía o en la
mera y sencilla felicidad.*

JORGE LUIS BORGES¹

La música, interpretada con criterio y sensibilidad, a la vez que percibida con atención y apertura espiritual, favorece el diálogo, en diversos y sutiles planos, entre la persona y su momento de vida. Así, un réquiem es, al tiempo que una música especialmente dedicada al recuerdo, con respeto y nobleza de sentimiento por lo ido, la renovación de un espíritu que busca en el acto mismo, evocar como preparar, tanto a sí mismo como al otro, para que lo humano en el hombre, como en este caso, cobre mayor jerarquía y espacio en el diario existir de nuestros pueblos.

Por ende, comentar la obra *Réquiem por un país perdido*,² del escritor argentino Tomás Eloy Martínez, la cual recopila artículos, ensayos y conferencias publicados y dictadas entre 1984 y 2003, se inscribe, y cobra trascendencia, en el tuteo de dos actividades esenciales al espíritu: el periodismo y la filosofía.

Un pensador es, además de aquel que presenta una cuestión capital, y la trata en

extensión y hondura, rigurosa e intensamente, aquel que promueve, desde una acción cotidiana y permanente, coherente y comprometida entre el pensar y el hacer, la reflexión. Aquel quien, asimismo, invita a la modestia y abunda en consideraciones existenciales que realzan lo humano en el hombre, aquello que lo diferencia, para bien, de su animalidad. Luego, el señor Tomás Eloy Martínez es un pensador, y además, latinoamericano, lo que hace de su reflexión, un pensar sobre lo concreto. Reflexión que se nutre, en tanto toma para sí, la consideración de los grandes problemas del diario vivir de nuestra gente, como ya hemos expuesto desde este mismo ámbito de difusión de las ideas.³

I. El lugar y la mirada

(...) *Y en esta insistencia
se nos ofrece una filosofía,
tal y como la proponía Alberdi,
si no ya de nuestra industria y riqueza,
sí de nuestra política.*
LEOPOLDO ZEA⁴

A lo largo de la obra, Tomás Eloy reafirma tanto su condición de argentino cuanto su origen tucumano, sin que por ello no se permita ver y explicar el mundo en lo abierto de la consideración humana

desde una vertiente americanista proclive a tomar en cuenta al otro desde la asunción de una responsabilidad personal y colectiva, a todas luces ineludible (extremo que es dable constatar, por ejemplo, en *La luz y la oscuridad*, p. 213).

Prosiguiendo nuestro estudio, hallamos en *El país imaginario* (p. 27), cómo deja en claro lo antes mencionado, al advertir que el hombre sigue estando en el centro de toda ilusión geográfica, pero es una figura excluida, una vez que toda ilusión geográfica, toda demarcación del hombre, basada en el expansionismo de su pretendida propiedad —otro nombre que le da al etnocentrismo quien lo promueve—, que no se asiente en una construcción histórica coherente y consensuada con los otros, puede ser, a no dudar, patética.

Si bien, no por ello excluye —todo lo contrario, reafirma— su propia pertenencia a una tierra y a su gente, desde Jardín de la Patria, esa ciudad de Tucumán que visitáramos en nuestra temprana adolescencia y que, además de su gente hospitalaria y de su tierra plena de paisajes y aromas envolventes, traza una profunda huella americanista de la mano de prohombres como el constructor cívico Juan Bautista Alberdi.

Así lo atestigua en diversos pasajes, pudiendo citar, por ejemplo, *La sangre menemista* (p. 159), y especialmente, *Tucumán arde* (p. 219), donde establece cuánta disparidad hubo y hay a lo largo de la historia entre el norte argentino, que comprende a Tucumán, con la pampa húmeda, a saber, y en particular, la propia Buenos Aires, sin que por ello desconozca e incluso denuncie fuertemente, las miserias también presentes en algunas figuras, o debiera decir figurones, inclusive de su tierra natal; recordando las peripecias de un siniestro capitoste lugareño cuyo nombre mancharía esta salutación al espíritu libre del hombre pero que

Martínez, una y otra vez, denuncia, marca y demuestra como claro ejemplo de lo que no debe progresar en la persona humana. Y lo hace con brillantez no exenta de compromiso que, en este momento, agosto de 2005, lo tiene por tribunales al denunciarlo tal sujeto en una extrema muestra de debilidad al verse imposibilitado para contraponer con nuestro pensador razones ética e históricamente valideras.

O incluso, cuando en *Un país sin guetos* (p. 245), además de recordar que Argentina se fundó como un acto de fe en el hombre, para lo cual ofrece una admirable frase del propio Alberdi (“La riqueza no reside en el suelo ni en el clima. El territorio de la riqueza es el hombre mismo”), denuncia los actos de segregación a los que denomina, con razón, las semillas de una barbarie que se asientan entre la gente y van empobreciéndola, al enquistarse hasta producir una irrealidad que luego deviene en la no aceptación ni comprensión, digámoslo, de la propia realidad que les —nos— rodea.

No quiero dejar de mencionar en esta síntesis de lo que a historia y geografía refiere la obra estudiada, que Tomás Eloy Martínez resalta, con acento, cuál es la marca dolorosa y aún abierta que deja la pobreza en la propia cultura de los pueblos. Así, en el magistral ensayo *Una civilización de la barbarie* (p. 57), al que volveremos más adelante, nos dice que esta misma “pobreza ha engendrado también una provincianización de la cultura” (p. 73) y agrega: “Al anestesiar durante décadas la sensibilidad cultural del país, los regímenes militares produjeron también un raro proceso de aislamiento mental” (p. 74).

Nuestra América Latina, tantas veces negada, incluso en la pertenencia de los nuestros desde sus orígenes, lo cual se puede percibir en países como Uruguay y Argentina, en los que, convengamos

que antes más que ahora, creían ciertas personas que representaban la “Europa trasplantada”, negando —que en sí es renegar— tanto la historia como el propio origen, marcado, por ejemplo, en la sangre de nuestros pueblos.

Hablo de nuestra condición amerindia. Hoy se sabe, fehaciente y científicamente, que por ejemplo Argentina —como presumiblemente también Uruguay, recordando la prédica del pedagogo y pensador uruguayo Amílcar Vasconcellos—, tiene en su gente la presencia de un 60% de antecedentes indígenas, dato comprobado desde la técnica de la “genética de poblaciones”.⁵

II. Oficio y sentido

*La libertad es la condición
ontológica de la ética.*

*Pero la ética es la forma reflexiva
que adopta la libertad.*

MICHEL FOUCAULT⁶

Todo hombre que se precie de ser libre (y esto un periodista debiera saberlo bien) debe estar al descampado para poder denunciar, con propiedad moral, sobre la obsecuencia de unos y la prepotencia de otros.

Cuando en el citado ensayo *Una civilización de la barbarie*, Martínez manifiesta que a la salida de la última dictadura argentina e “instaurarse la democracia, prosperó la idea de que toda la comunidad era inocente porque, para sobrevivir, no tuvo otro recurso que asentir, callar y, en algunos casos ser cómplice del régimen” (p. 65). Denunciando luego la complacencia, a veces por la propia inacción, es decir, la autocensura, desde la queda de una responsabilidad inherente a la condición humana de algunos. Dice así que “Todos los medios fueron sometidos a censura previa. Ninguno, ni aun

los más liberales, protestaron por eso ante la Sociedad Interamericana de Prensa u otros canales establecidos para la protección de los empresarios” (p. 66). Grave denuncia que lejos de perderse en el texto, se comprende con otras manifestaciones que acrecientan a la vez que robustecen la prédica de un hombre digno, que a su vez sufrió persecución y debió exiliarse ante la certera amenaza de muerte por parte de lo oscuro de aquel entonces en su país —en su caso, la AAA—, que poco a poco seguiría propagándose por la región con otros signos, con otras vestimentas, pero con igual intención necrofílica y siniestra.

Dice, a renglón seguido, que “La prensa cayó en una terrible trampa al admitir que la Junta Militar, oficialmente constituida para reprimir, le dictara lo que debía o no debía informar a la comunidad civil. Los voceros de la civilización aceptaron desde el principio dictámenes que correspondían a la barbarie.” Periodismo que, admitámoslo, da ejemplos de dignidad, como el aquí tratado, y de genuflexión y demagogia, en otros casos, como por ejemplo, en aquel joven que, amparado en el esquema de gobierno de una dictadura, impartiera discursos a los estudiantes y gremialistas presos en la década de los 60; hablamos, claro está, de Argentina en la época del tristemente recordado Onganía, y que luego, ya mayorcito, pretendiera ser —y continúa bregando en tal sentido— portavoz de la conciencia cuando tan sólo proyecta el sentir de la sin razón junto con la miseria del corporativismo ramplón, tan presente, aunque duela decirlo, en nuestras sociedades.

Así pues, cara y contracara de una acción que, como la del periodista, evidencia la relación del grado de dignidad que un pueblo se da a sí mismo, toda vez que la voz de la conciencia, aquí recordada, desde una base argumental sustentada en la experiencia, comprobada y aquilatada de un ciudadano de nuestra Améri-

ca, cobra sentido y trascendencia en la vida de nuestra gente.

Ese hombre y esa mujer de a pie, para quienes, recordémoslo, no hay extranjeros y sí, como suele decirse por estos lares, “el recién llegado”. Gente que enseña, desde una hospitalidad que da cuenta de lo abierto de su espíritu, cuán digna y hermosa puede ser la vida en tanto se viva con altura humana en defensa del otro, del diferente, comprendiéndolo en nuestra circunstancia de vida.

Esa gente, tantas veces denostada, esos que unos llaman “oscuritos” y vaya uno a saber cuántos motes más emplean para ofenderlos olvidándose a su vez, de cuán mestiza es la tan ansiada Europa. Esos hombres y mujeres que en verdad, y desde la lacerante realidad de sus vidas cotidianas, son quienes demuestran que la ética es posible, porque en tanto haya voluntad de dar y escuchar, las miserias de nuestra condición humana irán perdiendo lugar y sustancia donde cobijarse.

III. Odio, desarraigo e impunidad

(...) La esperanza que atribuyo al testigo moral es más bien sobria: la esperanza en que, en otro lugar y en otro tiempo, existirá una comunidad moral que prestará oídos a su testimonio.

AVISHAI MARGALIT⁷

“No somos inocentes”, manifiesta Tomás Eloy Martínez en el artículo *Por un país sin guetos* (p. 245), es una cuestión de una u otra forma está presente en toda la obra siendo, entonces, la de una conciencia que pide ser escuchada.

Así, y en ese mismo escrito, alega que “la Argentina lleva sobre las espaldas una larga historia de espantos antisemitas que no está de más evocar.” Previo a esto, refiriéndose al atentado perpetrado a la AMIA, aún hoy sin esclarecer, afirma que “Hay

entre nosotros una larga historia de silencios, una tenaz resignación ante fatalidades inaceptables que desembocan, como ya nos ha sucedido, en dictaduras de pesadilla o en atentados abominables”.

Pero dice más, y entiéndaseme, mejor, puesto que si bien tal atentado fue horrible, inexcusable y mayúsculo, es también y especialmente consecuencia de una larga cadena de manifestaciones racistas, que como denuncia Martínez, “además de esclarecer el inmenso crimen del 18 de julio de 1994, hace falta esclarecer los pequeños crímenes de omisión o los silencios de conciencia en los que incurrimos todos los días”.

Cita a continuación a Emmanuel Levinas, principal exponente de la filosofía de la alteridad, que desde su obra mayor *Totalidad e infinito*, por ejemplo, enseñara tanto y tan bien sobre el compromiso y la responsabilidad inherentes a nuestra esencia humana que deben ser convalidados en las pequeñas acciones de nuestro existir. Y lo menciona, para recordar y recordarnos, que “el hombre es hombre (y no animal u oscura especie desconocida) porque tiene conciencia de la muerte y porque no puede anular su responsabilidad por el prójimo. Sin esa responsabilidad no somos personas. Sin esa responsabilidad no hay ser.” A lo que poco después añade: “Sobre nuestra historia reciente pesan ya demasiadas cicatrices como para admitir otra. Una nación donde hay sectores de la sociedad que deben vivir en guetos para protegerse o para salvarse, no es una nación en serio: delata un Estado impotente, una población cómplice o insensible, una inseguridad asesina”. Sin más, Martínez, en éste como en otros pasajes de la obra aquí tratada, expone las heces de una comunidad —podría yo decir, por extensión, de toda comunidad, sea esta argentina, como uruguaya o la que fuere— en busca de una cura, o si lo prefieren, de una adecuación a condicio-

nes de existencia donde impere el respeto al otro, que sólo vendrá cuando nos animemos a asumir nuestras propias e inocultables miserias y las superemos.

Quiero aquí recordar al filósofo Theodor Wiesengrund Adorno, con su imperativo categórico “Nunca más Auschwitz”, que desde entonces ha pasado a ser nuestro, de cada uno de nosotros: deber y meta de toda persona humana.

IV. Las líneas de nuestro rostro

(...) Yo parto al encuentro del que soy,
del que ya empieza a ser,
mi descendiente y antepasado,
mi padre y mi hijo, mi desemejante.
El hombre empieza donde muere.
Voy a mi nacimiento.

OCTAVIO PAZ⁸

Pero, ¿cómo somos en verdad?, se cuestiona Tomás Eloy Martínez, específica, pero no únicamente en el artículo *In fraganti* (p. 371) con esta frase inicial: “Rara vez somos ante la gente lo que de verdad somos. Nos representamos, de modo parecido a como las ropas representan nuestro cuerpo.”

Más adelante menciona que por el año 1978, los comandantes de la dictadura, “encarcelaban a quienes traían el libreto musical en sus valijas”, refiriéndose al musical de Broadway *Evita*, en un artículo escrito en el año 1996, “y que, desde entonces, el temor no se ha disipado. Ni siquiera ante sí mismo los hombres son lo que son”, reflexiona el pensador argentino. “Tienen las profundidades llenas de pensamientos que nunca se atreverán a expresar, de ideas que quisieran llevar adelante pero dejan para otro día, de historias que hubieran querido vivir y no supieron.” Atreverse, ni más ni menos, un desafío para toda persona que pretenda llevar una existencia digna y plena de sentido.

En *El próximo tren se ha ido* (p. 393), narra la historia de una familia y sus vicisitudes, afincados en un asentamiento, el hombre con su mujer y sus dos hijos. Historia que fuera divulgada en la revista *The Atlantic* —quiero mencionar que tal artículo fue escrito en un inglés erudito y claro— y que mereciera toda una investigación posterior, habida cuenta del interés de los lectores a la par que el descreimiento que la narración no fuera producto de su imaginación. Historia que es un ejemplo más, en una época tan tumultuosa como la de la hiperinflación en Argentina, de la desesperanza que se instala en el ser humano cuando se ve, sistemáticamente, despojado de todo atisbo tanto de realización como de respeto y consideración.

V. Un presente activo

No es en las tablas de la fórmula,
no es en las ceremonias del rito,
ni en la letra del programa, ni en la tela de la
bandera, ni en las piedras del templo, ni en los
preceptos de la cátedra, donde la idea
está viva y da su flor y su fruto.
Vive, florece y fructifica la idea, realiza la fuerza y
virtud que tiene en sí, desempeña su ley, llega a su
término y se transforma y da de sí nuevas ideas,
mientras se nutre en la profundidad de la
conciencia individual; expuesta, como la nave lo
está al golpe de las olas, a los embates de la vida
interior de cada uno:
libremente entregada a las operaciones de nuestro
entendimiento, a los hervores
de nuestro corazón, a los filos de nuestra
experiencia; como entretejida e identificada
con la viva urdimbre del alma.
JOSÉ ENRIQUE RODÓ¹⁰

En suma, ya próximo al final de esta pretendida síntesis de una obra que, indudablemente, debe merecer la atención serena de todo aquel que esté interesado por

la cuestión de la dignidad humana, incursonaré en unos pocos ejemplos más de tal testimonio de vida.

Dice Tomás Eloy Martínez en *Los nuevos mesías* (p. 203) que “Siempre a la especie humana le ha costado mucho admitir que también adentro, en la propia familia, puede estar el infierno”. Algo que, si nos atrevemos —vuelta a la conjugación de un verbo esencial— habremos de hallar, ciertamente, tanto en nuestra personal como colectiva circunstancia de vida.

Y añade poco después: “Estamos rodeados de falsos mesías y no los vemos. Como no los vemos, no sabemos cómo defendernos de sus agresiones fanáticas y ciegas. ¿Qué quiere un mesías? En última instancia, lo único que quiere es sentir su poder”. Y en nosotros está (en mí como en usted) precavernos de estos agoreros de lo oscuro. El modo más certero de hacerlo es, una vez más sea dicho, asumiendo nuestra propia responsabilidad en el concierto de esta vida que no admite voltear la cara ni menos aún silenciar nuestra conciencia, toda vez que nos demos la oportunidad, en el ejercicio permanente de un diálogo enriquecedor que se produce en nuestra interioridad entre conciencia psicológica y conciencia moral, es decir, entre el intelecto y el discernimiento, de ser personas y no sólo bípedos sin criterio humano.

Luego, nuestro pensador se cuestiona y responde hacia el final del artículo *Diálogo de sordos* (p. 251): “¿Para qué sirve un intelectual ahora, entonces, en medio de tanto páramo?”, pregunta, en un contexto como el de Argentina en 1997, y la caída ostensible y alarmante en el nivel de lectura, habida cuenta de la “discusión frívola” impuesta en los hechos por el ex presidente Carlos Menem. Aquí su contestación: “Sirve de mucho. Sirve para que los argentinos [si ustedes prefieren coloquen aquí sus respectivas nacionalidades o quizá, coloquemos todos juntos: los americanos del Sur [—como nos llamara aquel

hombre preclaro, José Gervasio Artigas, que supo atisbar la Patria Grande, desde su concepción en aquella hora en la génesis de nuestros pueblos—] sigamos pensándonos como proyecto, como utopía, como comunidad que puede construirse y organizarse aun a espaldas del poder, contra la ceguera y la sordera del poder.” Y, por favor, prestemos especial atención a esta frase: “Aunque nadie oiga, el deber del intelectual es pensar y hablar. Para hablar hace falta valor, y para tener valor hace falta tener valores. En todas las sociedades, la función del intelectual es navegar contra la corriente, cantar cuatro verdades y seguir siendo incorruptible e insusmiso cuando a su alrededor todos callan, se someten y se corrompen. Parecería poco y, sin embargo, en estos tiempos es casi todo lo que necesitamos.”

Terminaré con una cita que encierra una denuncia aún no merecedora de justicia, de reparación como de escarmiento, en los ámbitos que la democracia y las instituciones dan a tales efectos. Hablo de aquellos que, acurrucados en una caseta de madera, vistiendo hábito, hicieron de conciencia, lavando la inmundicia, a quienes vejaron, torturaron, corrompieron y asesinaron, también sistemáticamente, pero desde el Estado prepotente, pero practicando la tan temida “Razón de Estado”, aduciendo una supuesta representatividad divina, como de los otros que en sus diversos lugares y posiciones actuaron cobarde y vilmente en contra de los demás.


Vayamos pues nuevamente a *Una civilización de la barbarie* donde nuestro pensador afirma que

Desde que el Mal fue instalado en los dos extremos del espectro ideológico, todo lo que estaba en el medio —o se situaba en el medio— contó con la absolución y el olvido de la comunidad. Así como en 1976 el vicario castrense decidió que la guerra del Estado contra los sospechosos de subversión era una guerra santa y que tanto los

campos de concentración como los tormentos inquisitoriales eran justos, así también el sector dominante de la comunidad (incluyendo el peronismo tradicional, el ala tecnocrática del gobierno e incluyendo, sobre todo, la prensa acomodaticia y los intelectuales ávidos de remuneración estatal y de prestigio) estableció que la hora del olvido y de la convivencia en paz había llegado. Que los cómplices del terror de ayer no tenían por qué desocupar las tribunas en la televisión, las columnas de los diarios o las cátedras universitarias, y que los revoltosos radicalizados de ayer podían también regresar. (...) La voz de orden es negar el pasado para que haya futuro. No es así, sin embargo. Lo que se vive es sólo un paréntesis de conciliación, cuyo único valor perdurable es la democracia. Lo demás son ruinas: morales, económicas, políticas, sindicales (p. 77).

Finalmente, afirmo que no está en mí ir en contra ni de uno ni de dos o todos los credos religiosos, como así también respecto de diferentes organizaciones sociales y políticas, ni tampoco advertir que sólo impera el Mal sobre la faz de la Tierra. Pero, ciertamente, concédanme, como debe concedérsele a este maestro del periodismo, este testigo moral y pensador latinoamericano que es Tomás Eloy Martínez, que la denuncia de nuestras miserias que son también las de los otros, están hoy y estarán mañana en nuestra hoja de ruta.

Porque al fin y al cabo, somos unos americanos del Sur que buscamos, desde nuestra faena del pensar, con llaneza y sin grandilocuencia, junto al resto de nuestra gente, con sus creencias, entre las que también hallamos el sincretismo como otra de las manifestaciones de lo trascendente en el hombre, a la par de sus naturales y merecidas aspiraciones a una vida digna junto con la de los otros, sus semejantes, la aspiración primera que nos motiva a ejercer el rol de testigos de nuestro tiempo. E

igualmente, de hacedores de nuestro presente activo: junto con el otro, siempre. 

¹ Borges Jorge Luis, "El hilo de la fábula", *Los conjurados*, Madrid: Alianza Tres, 1985, p. 61.

² Martínez Tomás Eloy, *Réquiem por un país perdido*, Buenos Aires: Aguilar, 2003.

³ Valle Héctor, *Acequias*, n. 31, año 8, Universidad Iberoamericana Torreón, primavera 2005, pp. 30-35.

⁴ Zea Leopoldo, *La filosofía americana como filosofía sin más*, 15ª Ed., México: Siglo XXI Editores, 1989, p. 31.

⁵ Moledo Leonardo, entrevista al biólogo Daniel Corach, *Página/12*, secc. Ciencias, Buenos Aires, 10 de agosto de 2005.

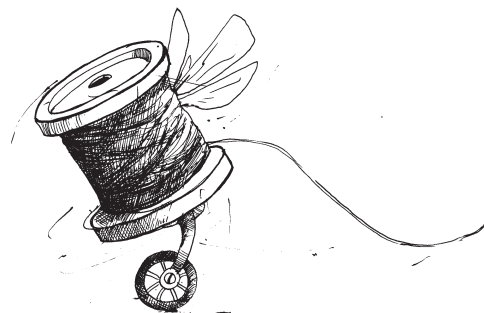
⁶ Foucault Michel, *Estética, ética y hermenéutica*, *Obras esenciales*, vol. III, Barcelona: Paidós, 2001, p. 396.

⁷ Margalit Avishai, Barcelona: Editorial Herder, 2002, p. 83.

⁸ Paz Octavio, *¿Águila o sol?*, México: Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 102.

⁹ Martínez Tomás Eloy, "Living with hyperinflation", *The Atlantic Monthly*, vol. 266, n. 6, 1990, pp. 31-35.

¹⁰ Rodó José Enrique, *Motivos de Proteo*, *Obras completas*, vol. III, Montevideo: Barreiro y Ramos SA, 1956, p. 297.



Esperando

a los bárbaros

David Fernández Dávalos, sj

“Y frente a las fotografías de Abu Ghraib, ¿qué habría que decir? ¿Qué es peor, hacer trizas los pies de un hombre a golpes o matarlo en combate? ¿Qué todos nos cubrimos de vergüenza cuando se permite a una muchacha ser azotada por un hombre? ¿Qué estos espectáculos tan crueles corrompen el corazón de los inocentes?” Son palabras de J. M. Coetzee, premio Nobel de literatura, en la estremecedora novela cuyo título encabeza estas líneas.

Oponerse a la tortura no es gran cosa. Representa apenas lo básico, lo elemental: es reconocer al otro como ser humano. Es reconocer la propia humanidad en el prisionero. Porque frente a quienes pugnan hoy por limitar algunos derechos humanos en favor de la lucha contra el terror, coincidimos con el protagonista de la narración de Coetzee: “después de todo, ¿qué defendemos aparte de un código anticuado de comportamiento caballeroso con los prisioneros enemigos?; ¿a qué nos oponemos si exceptuamos la nueva ciencia de la degradación que mata a los hombres de rodillas, desconcertados y deshonorados a sus propios ojos?”

¿Qué hacer, entonces delante de las pinturas que Fernando Botero expone ahora en Roma? ¿Gritar justicia? “Justicia.” Una vez que se ha pronunciado esa palabra, ¿hasta dónde nos conducirá? Más fácil es gritar “¡No!”

Quienes redactaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos no eran ingenuos: recién dejaban atrás las tragedias de Auschwitz y toda la Segunda Guerra Mundial, sabían que la tortura era inmoral, pero también políticamente ineficaz.

Frente a las fotografías de los campos de detención en Irak, cualquier estadounidense lúcido puede intuir lo que el Magistrado de la novela sabe al escuchar la tortura que se inflige a los pescadores más humildes del lugar: “¿a dónde puede llevarnos esta causa sino a deponer nuestras armas y abrir las puertas del pueblo a aquellos cuya tierra hemos invadido?”

Al que tortura habría que hacerle una pregunta que pudiera parecer insolente, pero de todos modos habría que hacerse-la: “¿cómo le resulta posible comer después, después de haber estado... trabajando con seres humanos? Es algo que siempre me he preguntado acerca de los verdugos y otros hombres semejantes. (...) ¿Le resulta fácil ingerir alimentos después? He imaginado que uno desearía lavarse las manos. Pero no bastaría un lavado corriente, sería precisa la intervención sacerdotal, una ceremonia de purificación, ¿no cree? Algún tipo de expiación del alma, así es como me lo imagino. Si no, ¿cómo sería posible volver a la vida cotidiana, sentarse a la mesa, por ejemplo, y com-

DAVID FERNÁNDEZ DÁVALOS, SJ
Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales por el Instituto Libre de Filosofía, licenciado en Teología por el Colegio Máximo de Cristo Rey y maestro en Sociología por la UIA ciudad de México. Fue director del Centro Miguel Agustín Pro Juárez de 1994 a 1998, rector del ITESO de 1998 a 2002 y actualmente es asistente de Educación de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús. Obtuvo el premio Human Rights Watch en 1996 y es miembro del International Council on Human Rights Policy desde el 2000. Ha publicado, entre otros, *Malabareando. La cultura de los niños en la calle, Este es el hombre. Vida y martirio de Miguel Agustín Pro* y recientemente *Doce cartas sobre Dios y Educación y derechos humanos* (ambos en 2004).
educacion@sjmex.org

partir el pan con la propia familia o con los compañeros?”

El Magistrado se explica un poco más: “No le culpo ni le acuso, hace tiempo que he dejado de hacer eso. Sólo trato de entender. Trato de entender el mundo en que vive. Trato de imaginar cómo respira y come y vive todos los días. ¡Pero no puedo! ¡Eso es lo que me perturba! Si yo fuera él, me digo a mí mismo, mis manos estarían tan sucias que sentiría náuseas”.

¿Por qué suceden estas cosas? ¿Por qué irrumpe el suplicio deliberado entre hermanos? Es la dinámica de los imperios... Esa es la explicación del Magistrado.

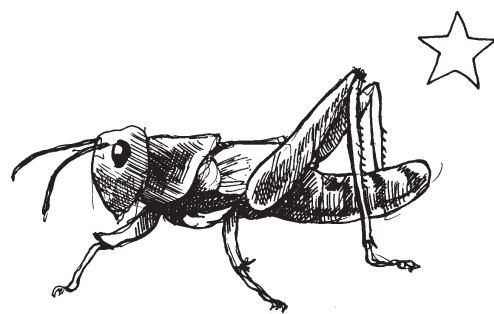
¿Por qué no podemos vivir en el tiempo como pez en el agua, como el pájaro en el aire, como los niños?, como los lirios del campo, diría Jesús de Nazaret. ¡Los imperios tienen la culpa! Los imperios han creado el tiempo de la historia. Los imperios no han ubicado su existencia en el tiempo circular, recurrente y uniforme de las estaciones, sino en el tiempo desigual de la grandeza y la decadencia, del principio y del fin, de la catástrofe. Los imperios se condenan a vivir en la historia y a conspirar contra la historia. La inteligencia oculta de los imperios sólo tiene una idea fija: cómo no acabar, cómo no sucumbir, cómo prolongar su era. De día persiguen a sus enemigos. Son taimados e implacables, envían a sus sabuesos por doquier. De noche se alimentan de imágenes de desastre: saqueo de ciudades, aniquilamiento de poblaciones, pirámides de huesos, hectáreas de desolación. Una visión demencial pero virulenta...

Al final, el imperio se retira de las tierras invadidas. Deja tras de sí una cauda de odio y de caos. Los que habrán de pagar el costo de la inhumana aventura son

los habitantes del lugar. Pero ahora estarán peor que nunca: desvalidos, lastimados en su autoestima como individuos y como pueblo, desprovistos de todo recurso para reconstruirse, hambrientos y desahuciados.

Los bárbaros llegaron, destruyeron un país y se retiraron. Torturaron y saquearon. Todo para evitar la decadencia imperial. Sin embargo, con ello sólo han conseguido precipitarla.

Ante la tortura de Abu Ghraib, ¿qué habría que decir? 🇦



Por qué escribimos

Juan Pablo Neyret

Sería anacrónico e impertinente plantearse en términos casi trotskistas por qué se escribe. La cultura no precisa justificación a esta altura de la historia. Aunque sí cabe reflexionar, pero en un sentido más profundo, por qué se elige dedicarse al periodismo cultural como forma de la militancia.

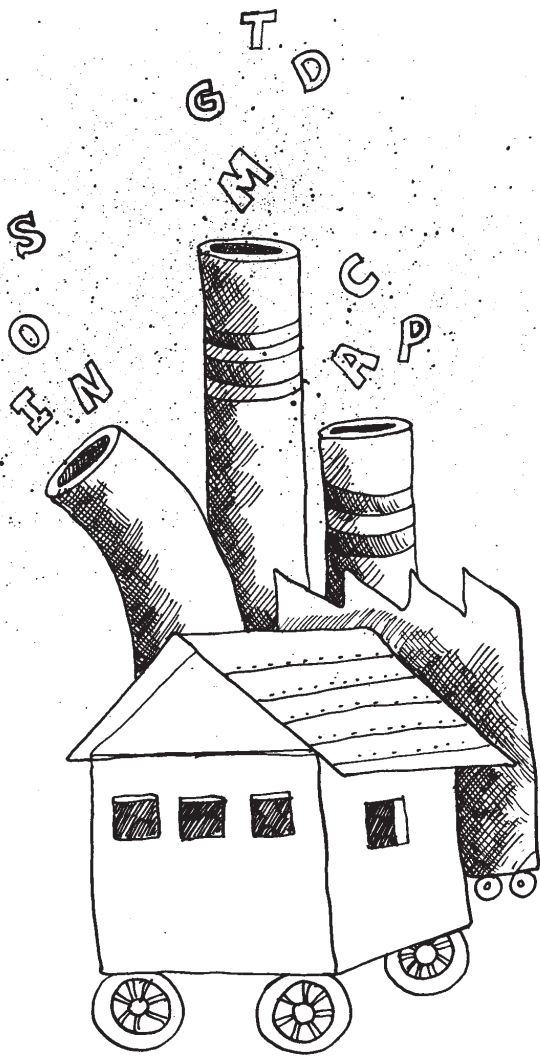
“¿Para qué un poeta en tiempos difíciles?”, se preguntaba románticamente Johann Wolfgang von Goethe, en tiempos en que arte y vida eran dos dimensiones indivisibles. La cuestión tiene infinitos matices y numerosas respuestas. Algo parecido (aunque sin intentar parecerse al vate alemán) se preguntaba el cronista en abril de 1987, en plena asonada militar carapintada de semana santa. Por ese entonces él y su novia militaban en la universidad y en un movimiento nacional. Una noche, el Consejo deliberante realizó una sesión extraordinaria con motivo de los graves acontecimientos y en la pareja se planteó un disenso: el cronista quería estar en el recinto del segundo piso de la municipalidad y asistir al debate, y ella deseaba estar frente al edificio, abajo, con la gente que una vez más quería saber de qué se trataba. Verónica —tal su nombre— poseía una amplia militancia en los barrios marginales y no se veía sino formando parte de ese colectivo popular. Lo más curioso es que el cronista,

aun quedándose en el recinto, tampoco renunciaba a estar del lado y al lado del pueblo, sólo que de una manera diferente. Esa manera lo marcó desde siempre y es la que quiere explicar en estas líneas.

Argentina siempre fue un caso particular dentro de Latinoamérica, por la primacía de la clase media en su tejido social. Los otros países del subcontinente casi siempre habían sido una oposición dialéctica entre una clase baja y una alta, sin ese colchón acomodado en el medio, que en nuestra nación tanto avaló gobiernos populistas como acompañó procesos revolucionarios de izquierda y legitimó golpes de estado militares. En las demás naciones de América Latina (con excepción de Cuba y de un breve interregno revolucionario en Nicaragua, y antes, electoral en Chile, sitios en donde se había logrado instaurar un sistema socialista). Ergo, la lucha de clases que preconizaba Marx, gracias a la cual se arribaría a la dictadura (palabra que a quien escribe jamás le gustó) del proletariado era y es imaginable en Bolivia, en Perú y en otras tantas geografías, pero no en Argentina. En ese sentido —y pide, ruega el cronista que se entienda bien lo que va a decir, porque posee una alta carga de ironía que prefiere explicitar por anticipado—, la izquierda casi tendría que agradecerle al modelo económico instaurado por Mar-

JUAN PABLO NEYRET

Mar del Plata, 1963. Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde integra el grupo de investigación “Historia y Ficción”. Ha publicado numerosos artículos críticos y entrevistas en medios de Argentina, México, Estados Unidos, España, Alemania y Dinamarca, y dictado seminarios y conferencias en Rutgers University (New Jersey), Boston University, University of Texas at Austin y Alamo Community College (San Antonio). Como periodista, es editor de la sección Cultura del semanario *Noticias & Protagonistas*. Como escritor, ha participado en los volúmenes *Colección borgesiana* (AA.VV., 1985) y *El Carli* (1998; antología del Premio Municipal de Literatura “Osvaldo Soriaño”), y asimismo, ha estrenado una obra teatral de su autoría, *El Apellido* (2003).



tínez de Hoz desde 1976, y que ha continuado con menos que más variantes hasta el presente, incluso a través de los gobiernos democráticos (entiéndase: elegidos por el libre sufragio de los ciudadanos, y sólo eso), por haber comenzado la liquidación de la clase media argentina y con ello, crear las condiciones para una eventual lucha de clases como en el resto de Latinoamérica. Para decirlo con versos de Miguel Cantilo, “Los pobres mucho más pobres, / los ricos mucho más ricos, / pero muchos más los pobres que los ricos”. O, para ilustrarlo con imágenes cinematográficas, como en *Después de la tormenta*, de Tristán Bauer. Pero si se está hablando de una eventual lucha de clases y del inicio del ascenso del proletariado al poder, ¿por qué apelar a ejemplos de arte que los más radicales (no los de la UCR, obvio) tacharían de “burgués”? De eso se trata, en parte, la razón por la que la clase media, pese a los innegables cambios en la pirámide social, no pudo ser aniquilada.

“Música burguesa”, dijo con desprecio un espectador hace ya dos décadas en el teatro Auditorium luego de que la Orquesta Sinfónica Municipal interpretara obras de George Gershwin. Quien escribe, instalado entonces en otro medio, trinó, y cómo: ¿burgués Gershwin, que precisamente no sólo elevó el jazz al estrato clásico sino que, fundamentalmente, acercó ese estrato por medio del jazz a las capas populares? Y a la semana siguiente, llegó a dicho medio una carta en apoyo de este razonamiento: la escribía el poeta Domingo Cioppi, uno de los seres más puros y consecuentes en su credo comunista. ¿Mingo, para quien el sol siempre vino del Este —como lo dijo en uno de sus poemas— defendiendo a un compositor estadounidense? Pues también precisamente de eso se trataba. Cioppi no defendía a Gershwin como estadounidense sino como músico popular, desde una concepción del pue-

blo que nunca supieron entender los sectores más trotskistas, los mismos para los cuales la cultura es no una manifestación de la superestructura marxista, sino un mero y prescindible bien suntuario.

Pensándolo bien, no sólo para la clase media, sino también para esos sectores, y con un poco menos de esperanzas para las clases altas, el cronista ejerce el periodismo cultural. “Educar al soberano”, sentenció Sarmiento, que algo del oficio de educador y de periodista sabía. Para decirlo con todas las letras: no habrá cambio social posible, desde ningún ángulo del espectro ideológico, en tanto no se modifique sustancialmente la forma de pensar de ese espectro. Cuidado: no se trata de que cronistas esclarecidos lleguen cual vanguardias iluminadas a decirle al pueblo qué tiene que pensar, sentir con los sentimientos y sentir con los sentidos. Pero es inevitable que exista el periodismo cultural para que esos pensamientos, esos sentimientos y esos sentidos se exacerbén y hagan más humanos a sus poseedores, y sólo haciéndolos más humanos se logrará que alguna vez el sistema cambie. Y, también, ya puede ir diciéndose, hoy por hoy ello es patrimonio de la prensa de izquierda y de la libertaria, las dos que se permiten criticar ese sistema, pero —y he aquí el elemento clave— no desde el autoritarismo, pues se caería en un círculo vicioso, sino desde estrategias especialmente sutiles.

Se dijo “de izquierda” y “libertaria”, pero podría haberse elegido, si no estuviera tan contaminado, el término “progresista”, donde se encuadran incluso periodistas liberales. Obviamente, no Mariano Grondona. Pero sí, en la historia del periodismo cultural argentino, el ya citado Sarmiento o el mismísimo Jorge Luis Borges. Respecto de éste, poco se sabe que, además de pertenecer al aristocrático grupo Sur, en la década del trein-

ta escribió en una revista popular llamada *El Hogar*. Curioso caso: un escritor de clase alta ocupándose de autores de elevado nivel en un medio masivo sin que al mes lo echaran por no coincidir con la línea editorial de la revista. Sin embargo, como antes Sarmiento (su gran maestro), las estrategias de Borges estaban muy claras, y así las describe la especialista Luz Rodríguez-Carranza en su artículo “Disiento suavemente: un maestro como periodista popular”: “Borges utilizó los géneros populares conocidos por los lectores de la revista sin alterar sus propios principios, que aplicó estrictamente para alcanzar la transformación más desafiante: la del modo de pensar de sus lectores”. Los resultados pueden leerse hoy en las compilaciones *Textos cautivos* y *Borges en El Hogar 1935-1958*.

Hijo putativo de Borges, quien hoy desarrolla con mayor inteligencia y sutileza esta estrategia es su mejor discípulo: Tomás Eloy Martínez. Desde siempre identificado ideológicamente con la izquierda, escribe sin embargo en un diario que puede ser connotado como de derecha, y que a la vez es el mejor periódico de Argentina: *La Nación*. El primer movimiento de la estrategia del autor de *Santa Evita* fue no confinarse en la sección cultural, sino publicar sus columnas en el cuerpo principal del diario; en la sección de Opinión, sí, pero rodeadas del resto de los materiales informativos que hacen al matutino. El segundo movimiento es la confianza que despierta la única arma indeleble e indeclinable que posee un periodista: su firma. Un tercer movimiento, si se quiere, es escribir brillantemente.

Martínez de hecho trabajó en un medio de centroizquierda, el diario *Página/12*, y podría haber seguido publicando allí como lo hizo otro gran columnista, Osvaldo Soriano, y lo hacen cotidianamente otros como Eduardo Galeano o Juan

Gelman. Pero el corrimiento de Eloy hacia *La Nación* apunta justamente a despertar la conciencia de un lector ya no (supuestamente) versado en las ideas de la izquierda como lo sería el de *Página* —argumento discutible, de todos modos, porque para el cronista este otro matutino ha pasado a ser un adalid de la burguesía conocida como “psicobolche” — sino del lector común, pero especialmente aquél de ideas conservadoras. A éste, Martínez es capaz de mostrarle la cara más reaccionaria de Juan Pablo II (“La herencia del próximo papa”, 1/11/2003) desde una crónica que introduce al receptor a través de un título insospechable y posteriormente va creciendo no en virulencia sino en argumentos. Como era de esperar, en los días posteriores hubo una carta de lector que condenó el texto. Pero sólo una. ¿Cuántas personas, y más viniendo de la prosa respetable de Tomás Eloy Martínez, habrán replanteado su concepto sobre Karol Wojtyła? Y además, última estrategia: Martínez no escribe cómodamente apoltronado en su casa de Highland Park, New Jersey, no, se mantiene del lado del pueblo argentino cuando se embarra los zapatos para dialogar con los ex combatientes de Malvinas que aguardan en sus carpas frente a la Casa Rosada para pedir pensiones y seguros de salud (“La pesadilla de los héroes”, 4/9/2004).

Si el periodismo cultural, que abarca asimismo un amplio espectro que va desde el sumo pontífice hasta los veteranos de guerra, pasando por Andrés Calamaro, Joaquín Sabina, María Rosa Gallo o Sofía Gala Castiglione (para citar los últimos que trató el cronista), tiene un sentido, es precisamente ése de ser el tábano socrático de una sociedad, aunque sus temáticas (como cuando Martínez escribe sobre sus recuerdos de Franz Kafka en Praga o sobre la película de Clint East-

wood *Río místico*) puedan parecer a primera vista, para algunos, suntuarias. Sin embargo, no hay bien cultural que lo sea, y cada uno de ellos representa un camino hacia el despertar de la conciencia. Reza un axioma del oficio que no hay temas pequeños sino maneras de tratarlos, y en esa concientización del lector menos esperado, en la lucha contra la indiferencia e inconstancia históricas de la clase media, en Sarmiento, Borges, Martínez, Soriano, Galeano, Gelman o un oscuro cronista de provincias que no pretende compararse con ellos, salvo por el oficio elegido, se libra la batalla del periodismo cultural: la de abrir las neuronas, los sentimientos, los sentidos, para seres que a partir de esa —si se perdona el aire pedante de la palabra— enseñanza, de que por ejemplo los negros marginados de la ópera de George e Ira Gershwin *Porgy And Bess* pueden ser a la vez los cabecitas negras de la Argentina, un día se embarren también los zapatos en una valla miseria porque alguien les ha ayudado a vislumbrar el camino de ser auténticamente humano. Y en cada uno de esos casos la misión estará cumplida. (A)

El reto hispano:

reflejo de la cultura estadounidense

Jorge Sada Sandoval

“Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miserias en nombre de la libertad”

SIMÓN BOLÍVAR

Mediante un artículo que publicó en la revista *Foreign Policy*, Samuel Huntington, reconocido académico de Harvard y asesor de relaciones exteriores de George W. Bush, alerta al estadounidense promedio acerca de un supuesto peligro que amenaza la integridad e identidad de Estados Unidos: el crecimiento demográfico de los latinos.

En dicha investigación presenta la tendencia de los inmigrantes, principalmente los mexicanos, quienes con el tiempo han obtenido mayor poder y presencia en el territorio estadounidense, y pone de manifiesto que de continuar esta situación, la consecuencia será la incondicional ruptura de Estados Unidos en dos naciones; la división a causa del choque entre dos culturas y sus lenguas: los “nativos” anglosajones protestantes y los hispanos. Para conocer la realidad detrás de estos argumentos, es primordial el análisis de dicho asunto mediante el estudio de los temas que abarca.

La cultura y tendencia norteamericana

Antes que nada, es necesario indagar en la historia y cultura de los norteamericanos. Primeramente, no son “nativos” america-

nos como lo exclama el catedrático Huntington, pues al igual que los mexicanos y demás inmigrantes de su país, llegaron al continente americano al ser perseguidos por su religión protestante hace siglos en Europa.

Después, conocieron a los verdaderos nativos de América: indígenas que compartieron con ellos sus tierras y materiales. Como agradecimiento, y basándose en sus valores anglo-protestantes, arrebataron los territorios y diezmaron a la población hasta aislarla en pequeños grupos separados por reservas especiales.

Desde que ingresaron, se han apoyado en ideologías y políticas anglo-protestantes como el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe (“América para los americanos”), favoreciendo la discriminación e intolerancia hacia las otras culturas y etnias, además de cumplir su meta central de alcanzar la ocupación y el dominio tanto del continente como del resto del mundo. Prueba de ello son los siguientes puntos que establece Yuri Serbolov, periodista del diario *La Crisis*; mediante ellos explica las causas por las que Estados Unidos ha logrado su participación y dominio global, refiriendo esta situación como el *imperialismo estadounidense*:

- Su moneda, el dólar, como patrón de cambio a nivel mundial. A partir de 1973 abandonó el Patrón Oro y desde entonces lo único que sostiene al dólar es la fe (moneda fiduciaria).

JORGE SADA SANDOVAL

Alumno de noveno semestre de la licenciatura en Administración de Empresas en la UIA Laguna.
jorgesada_82@hotmail.com

- Su idioma, el inglés, que se ha convertido en el idioma mundial.

- Su cultura y su manera de ver el mundo (*american way of life*), que transmite mediante sus películas, sus cadenas de televisión (CNN, CBS, FOX), internet y otros medios de comunicación que controla y manipula.

- Es la mayor potencia militar por su armamento atómico y su tecnología en cohetes, aviones, submarinos, así como en armas biológicas y químicas.

- La economía estadounidense representa el 27% del PIB mundial aunque Europa se le está acercando gracias a sus políticas económicas y al euro. Cabe mencionar que a fines de la I Guerra Mundial EU concentraba la mitad del PIB mundial.

- La imposición de su paradigma político-económico de democracia con libre mercado. Los países que no siguen este patrón (como Cuba) son boicoteados o derrocados (como Chile, con Salvador Allende en 1973). El llamado “Consenso de Washington” es la línea que deben seguir las naciones si quieren recibir apoyos financieros y tener relaciones comerciales con dicha potencia.

- Fueron creadores e impulsores de los organismos multilaterales a nivel mundial, como la ONU, el Banco Mundial, el FMI, la OMC, etcétera; así también, son quienes aportan la mayor parte de los fondos para su funcionamiento, incluso hasta el 60% de los mismos.

- En la cuestión social, establece dominio con un paradigma multirracial y multicultural, basado en la migración y la mezcla de razas, ya que su propia población se ha convertido en una composición de WASP (*white anglo saxon protestant*, “blancos anglosajones protestantes”), latinos, negros y asiáticos.

Lorenzo Meyer, historiador y especialista en relaciones internacionales, señala que “tras la derrota del Talibán en Afganistán, de la ofensiva israelí en los terri-

torios palestinos y de la caída de Bagdad (las pequeñas batallas), el gran paisaje mundial es el dominio casi completo de Estados Unidos. Afganistán, Palestina e Irak son sociedades ocupadas y ruinas físicas a merced de la ‘reconstrucción’ planeada por Washington o Israel...”

Sin embargo, como todo imperio en la historia de la humanidad, a la larga Estados Unidos dejará de ser la primera potencia que todos conocemos, lo cual muchos definen como el equivalente a la caída del Imperio Romano. Tal como lo expresa Morris Berman, intelectual y periodista norteamericano: “Temeroso de nuevos ataques terroristas, débil económica, moral y políticamente, Estados Unidos sólo puede preservar su hegemonía por medios militares. El imperio americano está viniéndose abajo”. Incluso, él, siendo estadounidense, afirma que su patria sigue los mismos patrones de decadencia que condujeron a los antiguos romanos a su ruina. Asimismo, asegura que EU “sufre de muerte espiritual”, una atmósfera de corrupción y cinismo, así como de apatía generalizada, en la que la gente tiende a la indiferencia y el fatalismo, creyendo que nada se podrá hacer al respecto.

Con lo anterior se concluye que el futuro de esta nación no será próspero, pues se está desintegrando debido a las diferencias sociales, políticas y económicas. Por individuos como Samuel Huntington, que sufren de una paranoia y pánico social, la cultura norteamericana continuará en su decadencia ética y moral hasta llegar al punto irracional de inculpar a los inmigrantes mexicanos, en lugar de buscar una solución definitiva al problema que ellos mismos se crearon. Ahora, mediante el temor y la guerra, busca sostener su imperio mundial y mantener su posicionamiento como primera potencia.

Racismo, xenofobia y etnocentrismo

Dentro de las hipótesis y argumentos que formula el mencionado profesor de Har-

vard, se pueden apreciar la fusión de diversos dogmas basados en el temor e intolerancia a los extranjeros y las razas. Además, cae en el absurdo al considerar urgente la acción para evitar un cambio que lleve al “fin del Estados Unidos que hemos conocido durante más de tres siglos”. Como es de suponerse, considera que todas las etnias que se encuentran en su territorio están obligadas a dejar su cultura y tomar la del país. A continuación se explicarán las características percibidas en su tesis.

Una de ellas es que sus observaciones son de carácter racista, pues el individuo, como neoconservador, desea preservar una antigua cultura norteamericana, formada por creencias ilógicas y discriminatorias, al considerarse a ellos mismos como una raza pura y superior con el deber de dominar las tierras y las etnias del continente para lograr su paraíso terrenal. Esto mismo expresaban y ejercieron mediante la política del Destino Manifiesto, la cual alegaba que EU estaba destinado, vía Dios, a tomar todo el continente “del mar al mar brillante”, apoyándose tanto en el racismo (utilizando la esclavitud de gente de color y la eliminación de indígenas nativos), como en las nociones imperialistas (con la conquista e intervención dentro de los reinos vecinos). Al mismo tiempo, Huntington se muestra irracional al describir a los latinos, especialmente los mexicanos, como una cultura inferior en intelecto y educación dentro de su país, basándose en estereotipos infundados y generalizaciones acerca de los integrantes de la sociedad hispana.

También, las creencias del académico parten del temor y desprecio por los extranjeros, actitud conocida como xenofobia. En sus testimonios se puede distinguir el rechazo, desconfianza y pánico hacia los latinos. Además, propone la segregación social entre ambas culturas al pretender aislar a los individuos que conforman su comunidad de quienes considera

Suscripción nacional por 1 año \$ 200.00
Suscripción internacional por 1 año US \$28.00
Publicación Trimestral

Autonomía democrática

Hare Khrisna y re-encarnación

6a. Declaración zapatista

55

Depositar a la cuenta no: 56-50637614-9
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX
de la ficha de depósito.
-fax (01-33) 3134-2975

Por favor enviar giro postal ordinario a:
Jorge Manzano, Periferico Sur 8585
45090 Tlaquepaque, Jalisco. Depto. Filosofía y
Humanidades

xipe tottek
Revista de filosofía y ciencias humanas

Filosofía y Humanidades, iteso, Guadalajara.

como heterogéneos o no asimilables (los mexicanos) en función de criterios ideológicos, étnicos, religiosos o de otra naturaleza (como el absurdo racial de identificarse como anglo-protestante). Es indiscutible deducir que estos aspectos se evidencian comúnmente en Huntington a través de los trabajos que ha publicado.

Igualmente, los argumentos y teorías en los que se apoya tienden al etnocentrismo, pues opaca a las culturas latinas y mexicanas al compararlas con la norteamericana, considerándola superior a ellas en varios aspectos, principalmente sociales, educativos y religiosos. Al ser intolerante a las diferencias culturales que existen entre su sociedad y otras, cae en ideologías fanáticas, ególatras y discriminatorias como el nazismo. A final de cuentas el problema que plantea se encuentra bajo el velo de un tema que por siglos ha sido el gran debate para la sociedad norteamericana: el multiculturalismo.

El multiculturalismo: amenaza o riqueza

La convivencia de diferentes culturas en una misma región ha permanecido como un tópico controversial para varias corrientes ideológicas. Según Huntington, el multiculturalismo amenaza a Estados Unidos y a sus integrantes ante la posibilidad de que su identidad tradicional y conservadora se pueda perder —a la que se refiere como anglo-protestante que por tres siglos ha simbolizado su país—. La causa: el descontrolado aumento de inmigrantes mexicanos y población latina que ahora parece tomar posesión en la nación norteamericana.

Ante este conflicto, pregunto: ¿por qué los mexicanos debemos rechazar los valores, creencias, tradiciones y costumbres que nos representan?, ¿por qué nos obligamos a sacrificar nuestra identidad ante una cultura que nos rechaza?, ¿qué debemos hacer entonces para lograr la satisfacción de ambas partes (estadounidenses y mexicanos)?

De nuevo, la solución no es apuntar hacia nosotros como origen de una circunstancia que ellos mismos propiciaron con la toma de tierras y recursos que una vez pertenecieron a los mexicanos, mucho antes de que ellos llegaran. Ahora afrontan las consecuencias de haberse apoyado en el Destino Manifiesto, pues al seguir esta doctrina, arrebataron gran parte del territorio nacional, comenzando con Texas (independiente en 1840) y California (1845). Para 1847, invadieron y despojaron de Colorado, Arizona y Nuevo México, y asimismo se apoderaron de Nevada, Utah y parte de Wyoming. Más tarde, fundamentados en la Doctrina Monroe, justifican su intervención en los asuntos de los países latinoamericanos, con el fin de obtener un mayor dominio e influencia dentro del continente y del mundo.

Por lo anterior, Estados Unidos se ha convertido en la primera potencia mundial, representando entonces un atractivo para las sociedades de naciones subdesarrolladas, en especial para quienes integran México, que consideran al vecino del norte como un sitio de grandes oportunidades y riquezas; imagen que ellos mismos se establecieron gracias a la obtención de nuestros territorios.

Entonces, ¿no sería razonable que los mexicanos tomaran las tierras que una vez les pertenecieron?, ¿no existirá la posibilidad de que, por Decreto Divino, se nos esté compensando por esa injusticia? Si realmente los norteamericanos creen en un Dios justo y bondadoso, deberán aceptar el desenlace. Como seres morales y conscientes, deben saber que la mejor solución no es la fuerza y/o el rechazo, sino la aprobación. Están obligados no sólo a tolerar, sino a aceptar y enorgullirse por aquellas culturas que integran su país, pues todo hombre tiene el derecho a la libertad y a decidir lo que más le favorezca, buscando el bien tanto para él como para los demás. Todos nacemos con los mismos derechos inalienables, por lo

que sería ilícito e inmoral que los estadounidenses impongan una cultura que amenazara la integridad de los latinos, obligándonos a rechazar la esencia de su identidad e historia.

Por ende, la mejor decisión que podrían tomar es la que se ha permitido hasta el momento: otorgarnos las mismas oportunidades y derechos que merecemos, abrazar a la cultura hispana y las demás que enriquecen su nación mediante las artes, la historia y el folclor de la humanidad. Pues al final, ¿no somos también americanos?

Conclusiones

Para Huntington el mayor temor sobre el aumento de la población y la presencia de latinos en su país, se debe principalmente a que pueda ocurrirle a ellos exactamente lo mismo que hicieron en el pasado: verse despojados de las tierras que una vez fueron mexicanas; así como también la preocupación de que los latinos obtengan más y mejores oportunidades que los blancos dentro de Estados Unidos.

Aunque se observa que gran parte de sus estudios e investigaciones carecen de fundamento al no revelar el verdadero conflicto que sufre su país, podría decirse que en cierto punto sí implica un riesgo para los blancos norteamericanos el hecho de que la población hispana vaya en aumento. Si lo analizamos, en EU existen los programas de Acción Afirmativa que favorecen a las minorías (especialmente raciales) para brindarles mayores facilidades y ventajas en cuanto a cuestiones de educación y empleo, entre otras. Con dichos programas, y otras razones de respaldo, como la ciudadanía, cultura, idioma, historia, igualdad y justicia, nos favorecerían a los hispanos. Entonces, podrán ocupar mejores puestos de trabajo, acceder a salarios más altos, y cualquier trato preferencial que pudiera provocar una discriminación inversa hacia los blancos, pues éstos quizá dejarían de obtener empleos bien remunerados debido al incremento

acelerado de la población latina. Otro problema que también pudiera considerarse es el posible aumento de crímenes y violencia en la nación, debido a las dificultades para detectar a los ilegales que aumentan con la inmigración y la natalidad.

Sin embargo, gracias a los latinos Estados Unidos ha logrado mantener su desarrollo económico, pues la realidad es que la mayoría de esta población (sobre todo los mexicanos) ocupa los puestos de trabajo poco demandados en el país, y por lo tanto, recibe el salario mínimo según sus leyes y políticas. Gracias a los mexicanos, EU ha sostenido la mejora continua en su calidad de vida mediante el aumento del PIB, permitiéndole brindar los productos, servicios y demás facilidades básicas a su población.

Es un descaro de los estadounidenses llamarse “americanos”, refiriéndose exclusivamente a ellos mismos, pues los latinos también formamos parte del continente Americano. Tal parece que nos olvidamos de las regiones geográficas de nuestro continente, donde México y Canadá también son norteamericanos y no sólo Estados Unidos.

En lugar de esforzarse por mantener una cultura cerrada e intolerante frente a los extranjeros y/o razas, deberán evolucionar ante la realidad que, como seres humanos, les señala la obligación de ser fraternales y respetar los derechos de los demás. Después de todo, Estados Unidos presume de ser un país donde predomina la justicia y la libertad. Será necesario que recurran a la reflexión ética para considerar si realmente los valores y principios anglo-protestantes de su pasado continúan representándolos actualmente, o si se han vuelto obsoletos al dar una preferencia exclusiva e injusta a los blancos. De continuar siendo una sociedad marginal y discriminatoria, su futuro será incierto. (A)

El silencio estridente

se arrastra por mi pierna

ILEANA GARMA

Mérida, Yucatán, 1985. Capacitadora de instructores comunitarios del Consejo Nacional de Fomento Educativo e integrante del taller literario Grietas. Becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, en creación literaria. Participó en el VI Encuentro Internacional de Escritores del Caribe (octubre de 2004) y cursó el diplomado de Cultura, Protocolo y Periodismo. Ha colaborado en revistas, diarios y radio en su ciudad natal.

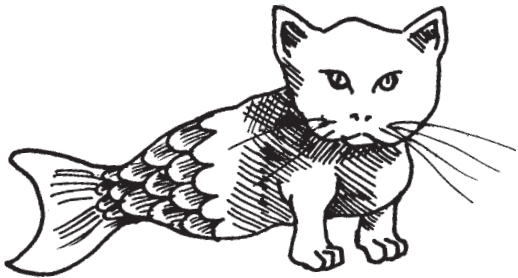
con su lengua de marasmo

Estamos rotos en la celeridad del laberinto
cuarteados en el miedo

Somos una tumba con su reloj
y llueve
no ha dejado de llover
¿hace cuánto que no para de llover?

estoy en una jaula inundada de gatos
hasta el final de estar adentro

estamos destilando carne
sangre
¿quién puede tapiar las venas?
todos sabemos
que habitamos la eternidad la tristeza.



Es mi voz

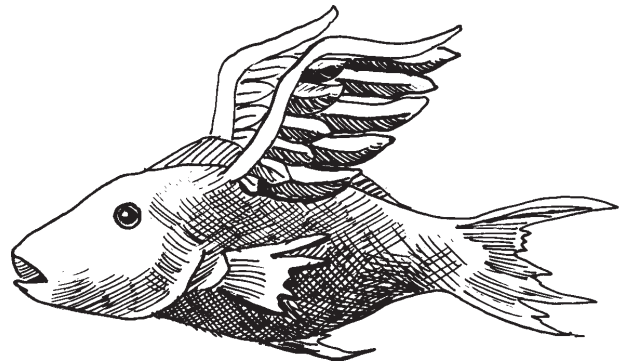
la que se ha caído al suelo

a un enjambre de ecos y niebla
a un cielo como la vastedad
en un ojo
de donde cuelga el cable rojo de la ensoñación

Hay astillas en el fondo del aire

Para no comerme las cenizas juego a que hay ventanas
juego a que no estoy en el fondo
Para no jugar me como las cenizas
y me digo:
debo estar soñando

Mi ausencia es una flama que gotea hojas secas
un árbol de palomas que se disuelve
bocanada de silencio
agudísima luz de la mandíbula
párpado atravesado por la podredumbre
herida



Poesía y profecía

Acercamiento a la estética de José Revueltas

Rafael Mondragón

RAFAEL MONDRAGÓN
Villahermosa, Tabasco, 1983. Ex
alumno de la Escuela Preparato-
ria Carlos Pereyra. Actualmente
estudia la licenciatura en Lenguas
y Letras Hispánicas en la UNAM.
Su "Pequeño poema Raquel" será
incluido en un volumen dedicado
a los mejores poemas de 2004,
cuya selección estuvo a cargo de
Francisco Hernández y aparecerá
con el sello de la Editorial Planeta.
mondragon.rafael@gmail.com

*¡Se bebe el desayuno... Húmeda tierra
de cementerio huele a carne amada.
Ciudad de invierno... La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!*

*¡Se quisiera tocar todas las puertas,
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!*

*¡Pestaña matinal, no os levantéis!
¡El pan nuestro de cada día, dánoslo,
Señor...!*

*¡Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!
¡Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
¡Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!*

*¡Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,*

*y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!
"El pan nuestro", CÉSAR VALLEJO¹*

Me he permitido comenzar con un epígrafe muy largo, porque los textos de Revueltas que aquí analizo refieren continuamente a este poema. José Revueltas responde en sus trabajos a un problema que es fundamental para la estética moderna, y que no es otro que el de la relación entre arte y vida. En este texto quiero delinear brevemente cuál es la respuesta que da el autor mexicano, y por qué tal respuesta es importante en el marco general de la historia de las ideas estéticas de nuestro tiempo.

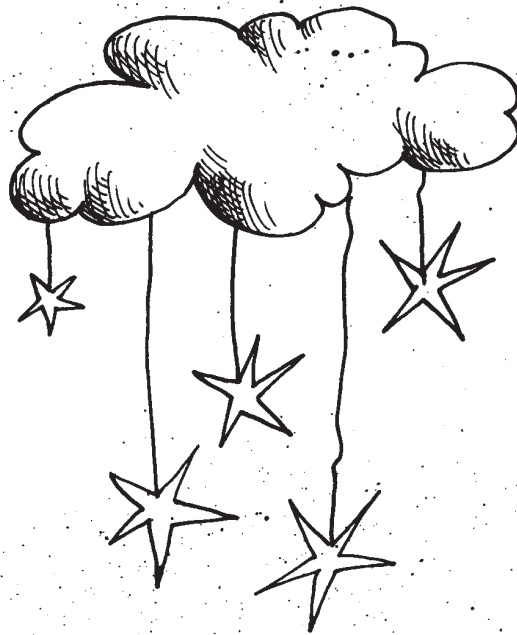
Este esfuerzo se divide en tres partes: en la primera dibujaré un asedio inicial a las ideas estéticas de José Revueltas a partir de un ensayo que le dedica a César Vallejo. Trabajo sobre la producción ensayística del escritor duranguense porque es en ella donde se exponen más claramente sus ideas estéticas, y porque esas mismas ideas están presentes de manera implícita a lo largo de toda su obra. En la segunda sección profundizo acerca de lo que propone el

punto anterior e intento mostrar la importancia de estos principios al ubicarlos en el contexto del problema de la relación arte-vida en la producción artística moderna. En el último apartado muestro los reparos que el mismo Revueltas manifiesta frente a su propia teoría, y expongo mis conclusiones.

1. Poesía y profecía

Dice José Revueltas, en el ensayo que dedica a César Vallejo, que “estamos en la época de las anunciaciones y de los profetas”.² Y esto se dice porque, según el autor, el arte de Vallejo es al tiempo anunciación y profecía; cumple el papel de los profetas del Antiguo Testamento, que eran la voz que desenmascaraba el abuso de los poderosos y que prometía su castigo: “He aquí a los príncipes de Israel que, cada uno a la medida de su poder, se ocupan en derramar sangre. En ti desprecian al padre y oprimen al huérfano y a la viuda (...) despojas con violencia al prójimo y a mí me olvidas, dice el Señor, Yavé” (Ez 22, 6-7. 12).³ Así criticaba duramente el profeta Ezequiel a los príncipes de Israel, que abusaron de su poder para despojar al prójimo, al huérfano y la viuda, el “otro” desprotegido en el que se revela el rostro de Dios, según la tradición judía y cristiana.⁴ Por eso, el profeta habla siempre con indignación, y por eso, también, la profecía es un grito de protesta; es la razón por la cual los profetas del Antiguo Testamento siempre vagan fuera de la ciudad, exiliados del Estado (a riesgo de perder su condición crítica), y la mayoría de las veces son poco escuchados.⁵

La profecía, de este modo, tiene que ver con la religión al tiempo que con la política. “Estamos en la época de las anunciaciones y de los profetas”. Revueltas llama *profética* a la poesía de Vallejo, y ubica el trabajo de éste en el marco de algo importante que está su-



cediendo en el tiempo de ambos, que todavía es el tiempo de los que los leemos: "...hoy más que nunca el arte de los artistas tiene un carácter humano, general, identificado plenamente —cuando es arte verdadero—con lo social".⁶

En la cita podemos advertir varias cosas. En primer lugar, que el autor de *El luto humano* está describiendo cómo es el "arte verdadero" de nuestro tiempo (o más bien, está postulando cómo debe ser): el arte de hoy se ha convertido a lo humano, se ha compadecido del hombre y sus sufrimientos. Después nos dice que, gracias a su preocupación por el hombre, el arte de hoy se ha identificado con lo social; gracias a su preocupación por el hombre, el arte se ha vuelto responsable. Y, entonces, gracias a esto, como veremos, el arte se hace profecía. Revueltas recalca: "de aquí que todas las manifestaciones de los artistas, sea cual fuere su profesión de fe, son una condenación, son un grito, son un clamor de protesta contra la vida en la forma en que está organizada".⁷ Esta es la gran característica que Revueltas subraya en la poesía de Vallejo (rasgo distintivo que quizá está en su proyecto poético personal), proponiéndola además como definitoria del arte de nuestro tiempo. En su carácter de grito contra la forma en que organizamos la vida, el arte ha descubierto su vocación de profecía que anuncia la iniquidad del mundo.

2. La respuesta de Revueltas en el contexto de las ideas estéticas de nuestro tiempo ("¿Para qué poetas?")

Mi objetivo en esta sección es mostrar la importancia de la propuesta de José Revueltas en el contexto de las ideas estéticas contemporáneas.

Hemos dicho que en "Arte y cristianismo" el autor habla de la poesía de Vallejo, y que a partir de ella elabora una reflexión sobre lo que debe ser el arte actual, y probablemente de lo que

él mismo quiere lograr con su obra. La figura fundamental de esta reflexión es la del arte como profecía, como voz crítica que desenmascara la manera terrible en que la vida está organizada. Si en el Antiguo Testamento la voz crítica del profeta está fundamentada en un Dios que se revela en el "otro", pequeño e indefenso, en la visión del arte que propone Revueltas la profecía se apoya en una conversión del arte a lo humano, al sufrimiento del hombre, y por eso para él toda manifestación de un gran artista hoy es política, "se cual fuere su profesión de fe", es decir, sin importar que el creador en cuestión sea marxista o católico, conservador o liberal,⁸ pues lo que interesa no es la fe que profesa, sino su amor a los hombres. El arte de nuestro tiempo es profecía sólo en la medida en que se ha convertido a lo humano.

De esta forma, José Revueltas está dando, a su modo, una respuesta al gran problema del arte moderno, que radica en la relación entre el arte y la vida. Hölderlin enunció este dilema en esa hermosa elegía titulada *Pan y vino*, al preguntar: "¿Para qué poetas en tiempos de miseria?".⁹ Esa misma interrogante recorre la reflexión estética de todo el romanticismo alemán y de buena parte del siglo XIX. En el romanticismo alemán se convierte en la indagación por el sentido del arte en el marco general de la búsqueda de la libertad humana después de la revolución francesa, y así se llega a plantear (con Schiller, por ejemplo) que el arte es importante porque ayuda a educar espiritualmente al hombre en el ejercicio de su libertad, como preparación para ejercerla en el plano político.¹⁰ La pregunta de Hölderlin será retomada por la reflexión estética posterior a la II Guerra Mundial, cuando los "tiempos de miseria" quedaron identificados con la masacre de los campos de concentración.

En un poema dedicado a Hölderlin, Paul Celan dirá que en esta época ya no es posible la profecía, que ante el horror inenarrable el poeta de hoy sólo puede tartamudear, y que la única actitud responsable que queda es el desgarramiento del lenguaje.¹¹ A esa misma pregunta responden a su modo las vanguardias europeas de principios del siglo XX (por ejemplo, la dadaísta), que se asumían justamente como la “vanguardia” que efectuó en el plano de la cultura la revolución que después concretaría en el plano social: romper los valores de la pintura y la poesía es el primer paso si queremos romper con la sociedad burguesa que engendró estos valores.¹²

Y finalmente, una tercera respuesta procederá de las vanguardias norteamericanas posteriores a los años cuarenta, cuando el centro del arte moderno pasa de París a Nueva York y la “crítica política del signo” de la vanguardia histórica se degrada en una búsqueda de experimentación técnica permanente que ha perdido todo contacto con la realidad política:¹³ es la época del expresionismo abstracto en la pintura y del “universalismo cosmopolita” en la literatura. La vanguardia norteamericana retomará aquella idea kantiana de que el arte se justifica por sí mismo sin necesidad de subordinarse a la política o la religión, es decir, la llamada “autonomía del arte” que fue planteada a inicios del siglo XIX para demostrar que *ser artista* constituía una profesión tan válida como ser sacerdote, político o médico; que el artista tenía derecho a vivir de su arte sin necesidad de dedicarse a otras cosas (algo impensable hasta entonces) y también, sin verse forzado a de supeditar su arte a las exigencias del noble mecenas en turno o de la política local.¹⁴

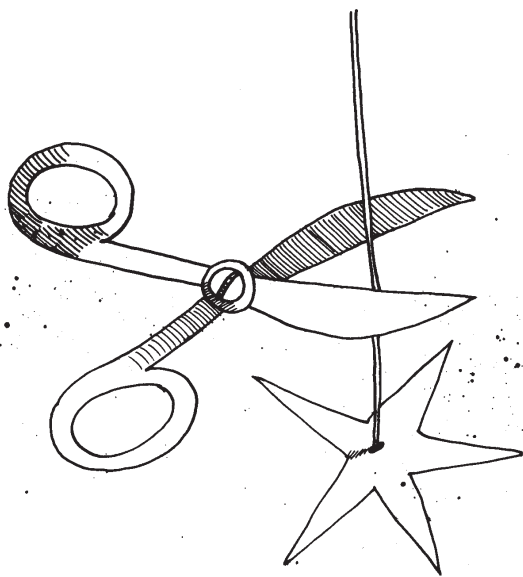
La vanguardia norteamericana retoma del siglo XIX el tema de la “autonomía del arte”, pero el objetivo de ésta ya no será justificar el nacimiento de



un nuevo grupo social (los *artistas*), sino proponer una visión del arte capaz de competir con la estética nacionalista y populista del realismo socialista impulsado por la Unión Soviética.¹⁵ La vanguardia neoyorquina, apoyada en esta nueva visión, contando con la difusión en *Cuadernos para el Congreso por la libertad de la cultura* y fundaciones como la Guggenheim y la Rockefeller, proyectará una idea del arte que tiene que ver con valores como la *universalidad* y la *libertad*: es irrelevante preguntarnos si un cuento fue escrito en Cuba o Suecia, o si su autor es hombre o mujer, católico o ateo, o pertenece a alguna clase social; lo que importa es “el valor estético en sí”.

Éste es el contexto que da sentido a los debates de mediados del xx entre pintura abstracta y figurativa, y también sobre el tema de la responsabilidad del artista (¿para con su obra o para con el mundo?). Al describir esta situación, Jean Franco cita fragmentos de un artículo del influyente crítico John Alloway, quien en 1965 comentaba con aprobación la negativa del pintor neoyorquino Enrique Castro Cid a participar en una exposición llamada *Magnet: New York*, que tenía como tema la obra de pintores neoyorquinos inmigrantes o hijos de inmigrantes: la razón era que él deseaba exponer en Nueva York “como artista y no como ciudadano” (palabras de Castro Cid).¹⁶ El mismo Alloway predice con alivio que “es de suponer que esa actitud se extienda con el aumento de la conciencia crítica de la propia identidad en Latinoamérica, y es un recordatorio de que las exposiciones nacionales y continentales, patrióticas o paternas, son etapas provisionales en el desarrollo del arte de cualquiera”.¹⁷

Ésta es la tercera contestación al problema enunciado por Hölderlin: “¿Para qué poetas en tiempos de miseria?” La respuesta de Celan afirma que el poeta



responsable debe guardar silencio, destruir el lenguaje. Las vanguardias históricas de inicios del siglo xx plantearon que el arte está justificado porque adelanta la revolución cultural que luego se realizará en lo político. Y finalmente, la vanguardia neoyorquina establece que el arte no tiene por qué ocuparse de la realidad, y que incluso será mejor arte sólo en la medida en que no se preocupe por ésta.

Y éste es el gran debate frente al cual Revueltas está escribiendo “Arte y cristianismo”. Con este panorama podemos apreciar en su justa medida la importancia de las palabras de nuestro escritor, pues está respondiendo desde su propio lugar a un problema que es fundamental en la historia del arte moderno.

En México, la polémica entre realismo socialista y universalismo cosmopolita tiene por contexto de recepción el debate, más viejo, entre los escritores realistas y costumbristas de finales del xix y los más jóvenes “modernistas”, que abogan por una literatura universal, cosmopolita y despolitizada. Parece el mismo debate de arriba, pero en realidad no lo es. Como señala Pedro Henríquez Ureña,¹⁸ el universalismo modernista nace como respuesta a una situación política concreta: los autores de la generación anterior no eran *intelectuales profesionales*; no podían serlo puesto que vivían en países en guerra, y así la mayoría de ellos se involucra activamente en el proceso de constitución política de sus Estados nacionales, y por eso tienen una visión del arte que va de la mano con la política; la narrativa de estos autores busca construir el imaginario de las naciones latinoamericanas, inventa la historia de sus héroes y retrata (o crea) los tipos populares que nos permiten saber qué es lo *propíamente mexicano* del mexicano (y así en cada nación).¹⁹

En contraste, nos dice Henríquez Ureña, la generación modernista escribe cuando los Estados nacionales ya están en proceso de solidificación; lentamente se apagan las guerras civiles, en el caso de México, gracias a la fuerza del general Porfirio Díaz. Los modernistas mexicanos son gente de ciudad que viven al amparo del régimen, tienen una formación exquisita y una gran admiración por la cultura francesa; ya no tienen qué preocuparse por pelear y escribir al mismo tiempo, son escritores de profesión, y por eso abogarán por una visión del arte universalista y despolitizada, y exigirán poner la literatura nacional “al día” respecto de los avances de las literaturas europeas.²⁰ La posición realista y costumbrista muestra su vigencia con la llegada de la novela de la Revolución, que tiene un éxito impresionante. De esta manera, el gran debate entre realismo socialista y universalismo cosmopolita llega a México a la mitad de un siglo xx en donde los herederos del modernismo siguen discutiendo con los herederos de la novela revolucionaria.

Frente a esta situación, el José Revueltas de “Arte y cristianismo” responde a la pregunta de Hölderlin (“¿Para qué poetas en tiempos de miseria?”) al decir que el arte moderno debe asumir su vocación de profecía que denuncia la forma injusta en que la vida está organizada. Revueltas podría contestarle a Celan diciendo que, “si hoy viniera un hombre con la barba de luz de los patriarcas”, él no podría mantener la boca cerrada ante la masacre silenciosa que no comenzó en la II Guerra ni terminó en los campos de concentración. Esto quiere decir que para Revueltas no hay arte por el arte: el *arte verdadero* no puede eludir su responsabilidad. Sin embargo, la responsabilidad del arte no está pensada en los términos simplistas del realismo socialista. Como dice Re-

vueltas arriba, el arte de hoy sólo es político en la medida en que se ha identificado plenamente con lo humano, es decir, se ha convertido al hombre y se ha compadecido de sus sufrimientos; sólo por eso el arte de hoy es político, y en esto importa menos la alineación ideológica de cada escritor que su compromiso con lo humano, compromiso asumido como momento crítico que puede llevar al arte verdadero a mostrar lo doloroso de la experiencia humana de nuestro tiempo, y así a denunciar críticamente la forma en que está organizada la vida. En este sentido, podemos decir que para José Revueltas toda auténtica poesía es profecía.

3. Límites y mediaciones

Lo anterior no quiere decir que el poeta tenga la respuesta a los problemas que critica. Por suerte, el propio autor pone límites a su concepción estética. Para Revueltas, el arte sólo denuncia y problematiza. Es incapaz de cambiar al mundo por sí mismo o de ofrecer soluciones sencillas. En las propias palabras del autor mexicano:

El poeta es un anunciador, es un heraldo, es un predicador que aúlla, solloza y calla, pero nada más. No va a decir cómo encontrar al mal ladrón, de eso se encargarán otras gentes y otras entidades. Él debe estar solo, de pie, mirando sus entrañas.²¹

Es por esta actitud, justamente (“mirar las entrañas”) por lo que Revueltas fue tan mal visto por la mayoría de sus compañeros de partido. El narrador mexicano se esfuerza siempre por tematizar lo insoportable de la realidad que todos los días nos empeñamos en no ver. La crítica marxista de corte ortodoxo le reclamaba a Revueltas la sordidez de sus ambientes y personajes, lo tachaban de pesimista. En uno de los

muchos textos que escribió a propósito de la mala recepción dada por la gente de izquierda a su novela *Los días terrenales*, Revueltas dice:

No sé por qué me exigen una solución a los problemas que planteo. No es ésa la finalidad del escritor. Pienso, en principio, que un artista contemporáneo que no quiera hacerse cómplice de las mentiras y las convenciones debe gritar a los demás su propia rebeldía, inculcarles la idea de que vivimos en un mundo ya insoportable, insufrible, desesperante, y que si las cosas no cambian, ni surge entre los hombres una nueva conciencia, acabarán muy pronto por dinamitarse. Hoy estamos unidos por el miedo y el odio, no por el amor como quería la doctrina cristiana.²²

José Revueltas no cree que los artistas tengan la respuesta a los problemas en el mundo, y eso es bueno, porque exige la colaboración de los artistas con gente de otros oficios en la construcción de una sociedad más buena. De este modo, el mexicano resuelve la contradicción entre arte y vida: el arte debe responder a su mundo, pero su respuesta no basta para construir un mundo más habitable, pues el arte es incapaz de proponer respuestas por sí mismo (de eso se encargan otros ámbitos, otras disciplinas) y además, como todos sabemos, tras la reciente experiencia de Irak, los poemas son incapaces de detener las bombas. Con este planteamiento, José Revueltas está ofreciendo una respuesta original a un problema fundamental en la historia del arte moderno, ése que pregunta por la relación del arte con la vida, por su justificación y la responsabilidad que el artista tiene de “mirar sus entrañas” para pronunciar eso que todos sienten pero que no se atreven a decir. El desgarramiento de las obras de Revueltas no es sólo un desgarramiento que compete

a cada personaje, sino que es una desgarradura que intenta reflejar su luz sobre el conjunto de la sociedad. Al mostrar el dolor de sus personajes en situaciones límite, Revueltas está ejerciendo una labor crítica sobre la forma en que los hombres de su época (que sigue siendo la nuestra) han organizado la vida sobre la base de la explotación y el sufrimiento, pues —como hemos dicho arriba— para José Revueltas todo arte auténtico en este tiempo debe saber asumir su vocación de profecía. ▲

¹ Cito la siguiente versión: Vallejo C., “El pan nuestro”, en *Obra poética completa*, La Habana: Casa de las Américas, 1975, pp. 42-43.

² “Arte y cristianismo: César Vallejo”, en *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, Andrea Revueltas y Philippe Cherón (recopilación y notas), México: Era, 1983, p. 195.

³ Al citar la Biblia seguiré la traducción al cuidado de Eloino Nácar y Alberto Colunga: *Sagrada Biblia*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1960.

⁴ Recordemos la descripción que hace Mateo del Juicio Final: “y dirá [el Padre] a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me distéis de comer; tuve sed, y no me distéis de beber; fui peregrino, y no me alojasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; estuve preso, y no me visitasteis. Entonces ellos responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión, y no te socorrimos? Él les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeños, conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25, 41-45).

⁵ Justamente en la época de la destrucción del templo de Jerusalén, lo que Yavé le reprocha a los profetas es que se hayan olvidado de su misión crítica y se hayan dedicado mejor a adular a los poderosos, a “tranquilizarlos” de sus abusos y a prometerles un futuro de riquezas (Ez 13, 10-23). No está de más recordar aquí que, según testimonio de Andrea Revueltas, su padre gustaba de burlarse del Partido Comunista al referirse a él como “el Templo” (A. Revueltas y Ph. Cherón, “José Revueltas: conciencia y crítica”, en *Metapolítica*, vol. 9, n. 41, mayo-junio 2005, p. 86).

⁶ Revueltas J., “Arte y cristianismo”, p. 193.

⁷ *Ibid.*, p. 195. Las cursivas son de Revueltas.

⁸ En el párrafo aludido, el autor se lanza a considerar esto a partir del ejemplo de Dostoievsky, quien ideológicamente se mostraba cercano al paneslavismo y a ciertas posiciones conservadoras, pero cuyas obras muestran descarnadamente la experiencia dolorosa de nuestro tiempo; lo importante, nos dice Revueltas, no está en la adherencia de Dostoievsky a tal o cual ideología, sino en la manera en que

su literatura ayuda a iluminar lo humano, y a partir de esto, a pensar la realidad de manera crítica.

⁹ “Pan y vino”, en *Las grandes elegías*, Jenaro Talens (trad.), n. 7, v. 14, Madrid: Editorial Hiperión, 1994, p. 115.

¹⁰ Véase Arnaldo J., “El movimiento romántico”, en Bozal V. (ed.), *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, vol. I, 2ª. ed., Madrid: Visor, 2000, pp. 201-211. Sobre Schiller, J. M. Valverde, *Breve historia y antología de la estética*, Barcelona: Ariel, 1987, pp. 153-155; V. Jarque, “Schiller”, en V. Bozal (ed.), *op. cit.*, pp. 239-244.

¹¹ El poema de Celan se titula “Tubinga, Enero” y alude a la muerte de Hölderlin en la Torre de Tubinga, después de varios años de locura al final sólo repetía la palabra *Pallaksch*, que traducida al español significa “sí y no”. Vale la pena recordar los últimos versos: “Si viniera,/ si viniera un hombre,/ si viniera un hombre hoy al mundo/ con la barba de luz/ de los patriarcas:/ él podría,/ si hablase de este tiempo,/ él podría sólo/ balbucir, balbucir,/ una y otra, una y otra,/ vez, vez./ (‘Pallaksch. Pallaksch.’)”, en Paul Celan. *Una cicatriz que no se cierra*, José María Pérez Gay (presentación y traducción), *Nexos virtual*, <http://www.nexos.com.mx/internos/saladelectura/visionalemana>, junio de 2000.

¹² La historia de las primeras vanguardias ha sido reconstruida por M. Calinescu, *Cinco caras de la modernidad*, M. T. Beguiristain (trad.), Madrid: Tecnos, 1991.

¹³ En la pintura este proceso ha sido descrito con claridad por S. Guilbaut, *How New York stole the idea of the Avant-Garde*, Chicago: Chicago University Press, 1993.

¹⁴ Por esa razón se dice que el siglo XIX es el origen de nuestra idea moderna de arte (V. Bozal, “Orígenes de la estética moderna”, en V. Bozal (ed.), *op. cit.*, vol. I, pp. 19-31).

¹⁵ La formación de tal estética en los Estados Unidos y su proyección en América Latina como parte de las guerras culturales del siglo XX han sido descritas en un libro fundamental: J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, H. Silva (trad.), Madrid: Debate, 2003, pp. 45-77.

¹⁶ Castro Cid E., *apud* J. Franco, *op. cit.*, p. 65.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 60-61.

¹⁸ Henríquez Ureña P., *Las corrientes literarias en la América hispánica*, J. Díez-Canedo (trad.), México, FCE, 1949, pp. 165-166.

¹⁹ Martínez J. L., *La expresión nacional*, nueva versión, México: CNCA, 1993.

²⁰ En un artículo de 1876, Manuel Gutiérrez Nájera codificaba este debate bajo la lucha entre “espiritualismo” y “materialismo”; la primera es la postura de su generación, que busca un arte puro, sin condicionamientos políticos o referencias a la realidad social, mientras que la segunda es la postura de los críticos de esta generación, que piden que el arte tenga una función en la sociedad y por tanto, a decir de Gutiérrez Nájera, están degradando el arte. M. Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en *Obras I, Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*, México: UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana 4, 1995 pp. 49-64.

²¹ Revueltas J., “Arte y cristianismo”, p. 195.

²² —, *Cuestionamientos e intenciones*, A. Revueltas y Ph. Cherón (ed.), México: Era, 1978, p. 24.

Juan Bañuelos:

poeta del mundo

Julio César Félix

JULIO CÉSAR FÉLIX

Navolato, Sinaloa, 1975. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM, en cuyo Centro Universitario de Teatro impartió las materias de Lengua Española e Historia de las Ideas. Ha colaborado en diversos medios de circulación local y nacional. Es autor de los libros de poesía *De noche los amores son pardos* (FETA, México, 1999), *Al sur de tu silencio* (Colección Centenario, DMC, Torreón, 2005) e incluido en la antología *Tentación de decir* (UNAM-FFYL, México, 2004). Ganador del concurso de poesía de los Juegos Florales de la ciudad de La Paz (2004). Es profesor de asignatura en el área de Humanidades de la Universidad Iberoamericana Laguna e imparte clases en la Escuela de Escritores de La Laguna.

Escribiré sobre un poeta universal. Intento hacer una especie de presentación y homenaje a Juan Bañuelos (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1932), quien realizó sus estudios en las facultades de Derecho, Ciencias Políticas y Filosofía y Letras de la UNAM.

Hay una anécdota muy conocida en el ámbito nacional cultural mexicano —que me parece muy pertinente mencionar—, se trata de cuando le concedieron el premio Chiapas, otorgado a los creadores eméritos de dicho Estado, la cual dice que el poeta estaba dudoso en si debía o no recibir el galardón, pues diez días antes de la ceremonia de entrega, un operativo policiaco en contra de la comunidad irónicamente llamada El Paraíso, en el municipio de Venustiano Carranza, Chiapas, dejó un saldo de 30 indígenas asesinados. Los hijos de Bañuelos lo convencieron del merecimiento del premio y aceptó asistir. En la ceremonia terminó leyendo un discurso demandando la matanza, el obispo de Chiapas Samuel Ruiz estaba presente; el gobernador de entonces era el general Absalón Castellanos Domínguez, quien le comentó a su secretario lo

malagradecido que le parecía el poeta, pues aunque se le estaba dando un premio importante su reacción era negativa, a lo que el funcionario contestó que el proceder de Juan Bañuelos respondía a una cuestión de tipo cultural, ya que estaba cediendo el premio a los huérfanos y a las viudas de la matanza.

Diez años después el tatic Samuel Ruiz, líder de la CONAI (Comisión Nacional de Intermediación) invitó al escritor a formar parte de dicho organismo. Hay que recordar que uno de los logros más importantes de la CONAI fue la firma de los acuerdos de San Andrés en 1996, que establecían las bases para un entendimiento entre ambas partes (gobierno-indígenas) en materia de culturas y derechos. Aunque después de rubricados tales documentos fueron traicionados por el gobierno al frente de Ernesto Zedillo.

En el transcurrir de la vida de este poeta chiapaneco, poeta mexicano, poeta de la tierra, poeta del mundo, conoció a Luis Cernuda en México; a Huidobro y a Neruda los encontró después. Cuando descubrió a César Vallejo se dijo, “éste habla igual que los indios de Chiapas”.

Para abundar acerca de algunas ideas presentes en la poesía de Juan Bañuelos, podemos mencionar a la ira convertida en verso, pasando por el soneto como manera de expresar la vida que transcurre, el cultivo del verso libre y hasta la prosa poética o el poema en prosa.

Este autor iracundo ha participado en importantes movimientos en pro de los derechos de los indígenas, sin embargo, además de encontrarnos ante el tono de la ira también asistimos a una invitación a la vida, a través del manejo de tópicos universales como la muerte, el amor y la soledad, los hombres y las mujeres de todos los días juegan un papel protagónico en su obra. Cree en la resistencia del hombre, construida con oficio, sensibilidad y sabiduría, para que desde la poesía lo profundamente humano prevalezca:

Hoy
el hombre puede sepultar
la ausencia y el olvido

Sólo
el sueño
no existe
por decreto


Este conciso poema “Turno de noche” pertenece a su libro *El traje que vestí mañana*; nos demuestra que, a partir de la presencia humana, crea una atmósfera poética.


Juan Bañuelos extrae la belleza desde la explotación indígena y humana en general, el hambre y la pobreza, visto desde la humildad y a partir de su pueblo, por eso es un poeta de la tierra: “PUNTUAL, / asistente de líquen y de ortigas/ Llegas, oh soledad, puntual como la noche...”

Bañuelos enuncia elementos de la naturaleza selvática de ciertos sectores del estado de Chiapas y los metaforiza, mezcla de flora y fauna, logrando una expre-



sión poética muy singular: “Tiene el silencio ramas./ Se parte el agua entre las piedras: se enturbia el día/ se duermen las hormigas en la luna...” o en otro poema: “Te ofrezco un fusil por el Hombre y por los hombres./ Yo estoy también crucificado.” Del poema “Parque zoológico”: “LA SOMBRA de un pájaro/ me advierte el tiempo fugitivo./ La lluvia moja el silencio de las piedras/ y cada choza de la colina bala/ entre los álamos...”

Para finalizar, es preciso mencionar que Juan Bañuelos es un poeta que pare su obra dolorosamente; quizá en otro momento, en este mismo espacio, nos detengamos en cada una de las etapas por las que ha transitado, pero por ahora podemos terminar diciendo que el poeta chiapaneco, estudioso de la métrica, sigue escuelas diversas, afirmando que él no busca los temas, sino que ellos lo encuentran. 



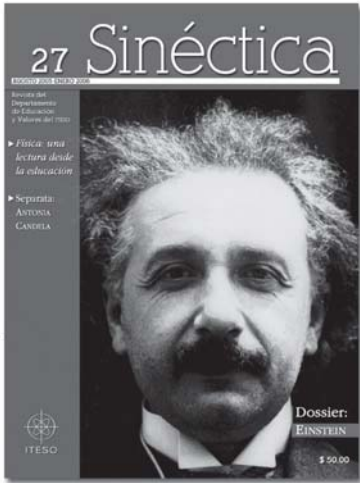
dejamos huella en la educación...

Revista del Departamento de Educación y Valores


► **Física: una lectura desde la educación**

► Separata:
ANTONIA CANDELA

**Dossier:
EINSTEIN**



Suscripciones y ventas:
ITESO Periférico Sur
Manuel Gómez Morín 8585
Tlaquepaque, Jalisco, México
Tel: 36693450
E-mail: sinectica@iteso.mx



Seducción subliminal, demasiado mito

José Rojas Bez

Para muchos individuos, la creencia en la percepción subliminal llena una necesidad. [...] Pero la creencia en la percepción subliminal tiene también su precio. Quizás el aspecto más deplorable de ese tema del influjo subliminal es que aparta nuestra atención de cosas de mayor enjundia. Mientras nos concentramos en el influjo subliminal se nos pasan por alto estrategias más poderosas y flagrantes empleadas por los publicitarios y vendedores.

La era de la propaganda,
A. PRATKANIS Y E. ARONSON

Creo que en la teoría de la comunicación, de la imagen y, en general, de los medios, no existen dos errores más persistentes (e inconsistentes) que los del *valor proporcional* entre imagen y palabra y los referidos a la *seducción subliminal*.

No sé que psicólogo (o gran embustero) dijo una vez que la mejor forma de mentir (o engañar) es utilizando “verdades a medias”: dosis de verdades en función de una mentira convencen (engañan) más que una mentira tajante. Ello ha venido sucediendo siempre en los temas mencionados, cuyas muchas verdades relativas han servido a menudo para crear (voluntaria o involuntariamente) la ilusión de una validez mayor y más generalizada que la realmente tenida. Siendo totalmente cierto que en muchas ocasio-

nes *una imagen vale por mil palabras*, no deja de ser falso o engañoso en otras tantas. E igual empecinamiento observamos en el intento de hacernos creer en los supuestos grandes poderes de la imagen y la seducción subliminal.

En algunas circunstancias los simplemente ingenuos, en otras los diletantes y aficionados a temas “deslumbrantes”, en algunas los confundidos, y en otras más —¡lo peor!— los francamente embaucadores o los amantes de bromas y burlas pesadas —como James Vicary, propulsor de la teoría, quien no tardó mucho en reconocer la plena insuficiencia científica de la misma— han dado pábulo creciente a las ideas sobre los poderes casi mágicos de la imagen subliminal, entendiendo como tal a aquella tan sutil o fugaz que no es percibida consciente sino inconscientemente en el estado de vigilia, permaneciendo por debajo del umbral de la conciencia (no durante una hipnosis, con lo que hablaríamos sobre *sugestiones posthipnóticas*, otro fenómeno; ni *ilusiones ópticas*, también algo distinto aunque muy confundidas o utilizadas en función subliminal).

En mi quehacer de comunicólogo, ensayista y profesor (no pasan los años de experiencia en vano) he tenido la suerte de relacionarme con muchos verdaderos

JOSÉ ROJAS BEZ

Cuba, 1948. Doctor en Ciencias Pedagógicas. Profesor titular de la Facultad de Comunicación Audiovisual del Instituto Superior de Arte de Cuba y miembro de UNEAC y SIGNIS, entre otras instituciones culturales. Ha publicado diez libros sobre literatura, cine, artes y teoría de la cultura en Cuba y México, y ha colaborado en importantes revistas de esos dos países, así como de Brasil, Costa Rica, Estados Unidos y España. Considerado en Iberoamérica un importante crítico y ensayista sobre la audiovisualidad, ha impartido cursos, conferencias y talleres en universidades, fundaciones e instituciones culturales de España, Colombia, México y Ecuador, así como en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños.

especialistas (y también el desagrado de conocer a algunos farsantes y falsarios) de la mente y del ser humano —incluyendo a la hipnosis— tanto a psicólogos, psiquiatras y sociólogos, como a cirujanos y estomatólogos capaces incluso de valerse de la hipnosis para complejas intervenciones médicas, y una y otra vez me han confirmado lo que ya se sabe desde antaño: ni la más profunda hipnosis —ni la capaz de intervenir en operaciones internas graves sin anestésicos— puede obligarlo a usted a hacer lo que real y profundamente no quiere.

¿Qué decir, entonces, de las sugerencias (subliminales o no) que resultan siempre menos poderosas que la profunda hipnosis? Pero, mejor que dar sólo opiniones personales y exponer la propia experiencia, preferimos remitir de inmediato a buena bibliografía especializada que, en nuestro mundo y las bibliotecas más cercanas pudiera ser, por ejemplo, los textos *Enseñanza de la hipnosis. Curso teórico-práctico*, del doctor Diego García Benítez (Ediciones Holguín, Holguín, 1995) e *Hipnosis. Teoría, métodos y técnicas*, de los doctores B. Martínez Perigod y Moisés Asís (Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1989).

Y, como queremos llamar la atención acerca de este tema, precisamente desde el ángulo de la comunicología y la teoría de la imagen, nunca dejaríamos de recomendar un texto sumamente valioso como el de A. Pratkanis y E. Aronson, *La era de la propaganda. Uso y abuso de la persuasión*, en cuyo capítulo dedicado al tema se exponen datos tan valiosos como el del propio Vicary (pionero de la teoría desde su experimento en los años cincuenta con la película *Picnic* y la venta de palomitas de maíz y coca cola), desmintiéndose a sí mismo, y casi burlándose como exagerado bromista, de los crédulos en la teoría.

Ni que hablar, por supuesto de W. B. Key, tan popular incluso en nuestros medios, sobre todo a partir de su trabajo *Seducción sublimizar*, pero tan evidentemente subjetivo y poco científico (admirable como imaginador).

Pregúntele (lea) a los que han dedicado mucho de sus buenas vidas a estudiar el tema. Por ejemplo, a Timothy E. Moore y casi siempre le dirán que:

1. Existe el subconsciente, existe lo subliminal, existen las sugerencias que influyen sobre la psiquis e incluso el organismo.

2. Pero nadie conoce con toda exactitud su función y el justo peso de cada una en cada caso dentro del vasto universo de las motivaciones y conductas.

3. Además de que los experimentos tienden a demostrar la falsedad de lo habitualmente creído o aducido respecto del sensacionalismo de lo subliminal.

O, como afirma otra fuente muy distinta, Ana Muñoz, directora del Centro de Psicología y Terapia Virtual, en “Influencia social y persuasión” (www.cepsi.com/articulos/persuasion.htm):

Lo más que la persuasión subliminal puede hacer es conseguir que una cosa nos guste más debido a que nos han presentado su imagen repetidas veces y al hecho de que lo familiar suele gustarnos más que lo desconocido. [...] Además, se ha visto que aunque la imagen subliminal de un paquete de palomitas en la pantalla de un cine puede aumentar las ventas, un anuncio normal las aumenta mucho más.

De modo que, es bueno ya precizarlo, si usted “bombardea” con imágenes subliminales invitando a beber una marca de refresco frío en un día caluroso, en un lugar apto para beber, no debe extrañarse de que la gente ingiera esa bebida refrescante. O que si usted “bombardea” a cualquiera con imágenes subliminales sobre

lo bueno que es estar reunidos con amigos, festejando en la playa o en un picnic con transporte, comida y todo gratuito; y luego invita a ese amigo a ir en su día de descanso a ese lugar de esparcimiento con todo pagado, lo más probable es que vaya, sobre todo si no tiene otros planes.

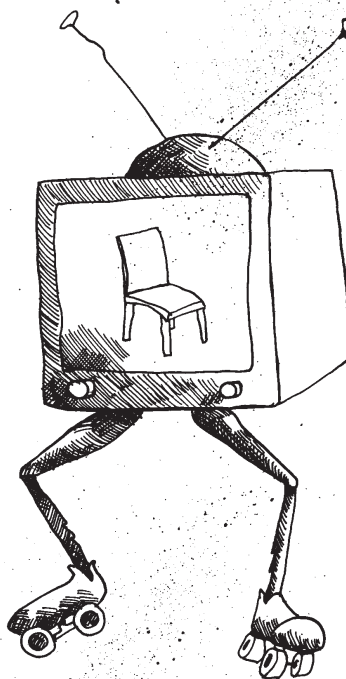
Pero, asegurar que tal conducta tiene como causa a las *imágenes subliminales*, no crea que deviene muy científico: sobre todo si usted no ha convidado a otros amigos con *idénticas* condiciones (de personalidad, sociales, etc.), que *no* hayan sido bombardeados con las mismas imágenes subliminales en las mismas *circunstancias*, y éstos se hayan negado a ir, en un *número muy considerable* de casos.

Claro, estoy exagerando un poco con los ejemplos aducidos. Pero no mucho más que los propulsores de la teoría (de buena fe) y quizás hasta menos que los embaucadores y sensacionalistas (de mala fe). Por lo demás, los mitos en torno a la seducción subliminal no invalidan las acciones propiamente éticas. El intento fallido de asesinar o de robar no dejan de ser punibles ni rechazables porque no logren su cometido. Los mismos principios valen para los intentos de motivar y seducir aviesamente, de modo oscuro, como ocurre con tanta propaganda y comunicación subliminal, atentando contra la conciencia y la clara conducta de los seres humanos.

Dijimos “tanta”, porque hay zonas válidas lo mismo en el arte que en todos los ámbitos de la vida. No cabe duda, y valga como ejemplo, que hemos heredado incluso desde los planos más primitivos de la especie ciertos modos de comunicarnos y de asumir el mundo, que permanecen por debajo del umbral de la conciencia y establecen lazos, vínculos profundos hasta en el amor. Con esto tiene algo que ver el “no sé qué”.

Asimismo, el arte se ha valido y podrá valerse siempre de ciertos niveles y modos de “sugerencias”, “sugestiones”, “ambivalencias” o “insinuaciones”, según se prefiera decir en cada caso. Mas, de ahí a difundir como buen esnob y diletante tanta cáscara científicamente infundada, va un larguísimo trecho.

Al menos hasta ahora, la cuestión de la seducción subliminal permanece básicamente en el ámbito de la creencia y no en el de las certezas y verdades probadas. Usted, como yo, podemos creer o no, poco o mucho, en el poderío de la seducción subliminal; pero nos mantenemos en el mundo de la convicción que, como toda convicción, puede ser un poquito, mediana o tajantemente verdadera... o falsa. ▲



Diez años

de ingenuidad

Jaime Muñoz Vargas

a la fraterna memoria
de Carlos Martín Valencia García

“y alegre, el jibarito va cantando así,
diciendo así, bailando así por el camino...”

RAFAEL HERNÁNDEZ

(1989)

“
” (2001).

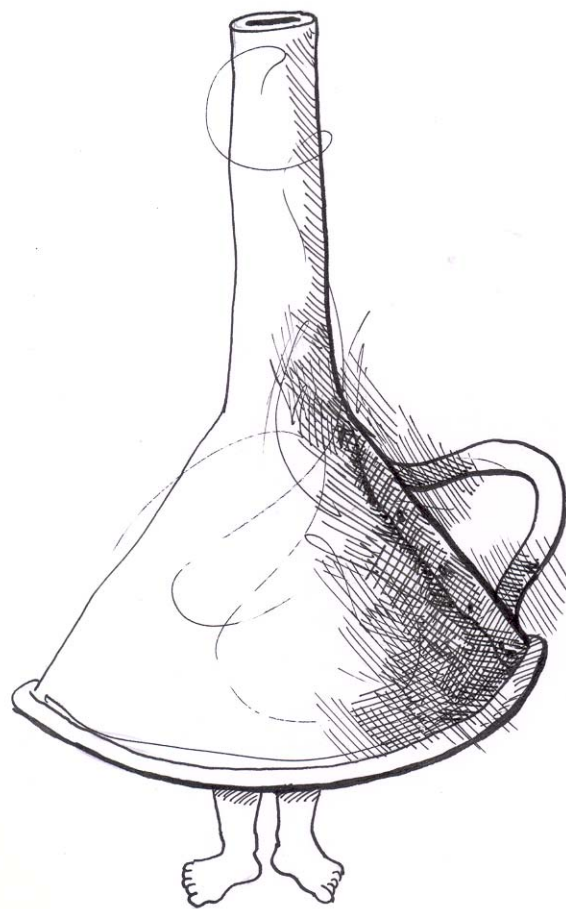
MUCHOS AÑOS DESPUÉS, frente al semáforo de la calzada Colón, mi vago pensamiento ingenuo habría de recordar aquella mañana remota en la que nació Irina y en la que también, gracias a la casualidad, caminé sobre el delgado filo del altruismo. Aquel viejo día iba yo con la noticia fresquecita en el corazón, iba loco de contento y hasta silbando el “Lamento borincano” de Rafael Hernández, cuando en la puerta automática me atropelló de frente la figura de ese esperpento con un bulto en los brazos. Era un indígena. Le dije disculpe y noté en sus ojillos de chagnate la tristeza más grande que he visto en mi vida. Algo me respondió, no sé qué. Fue una frase corta, ininteligible. El gesto era de súplica. No entendí. Yo estaba recién iluminado por el nacimiento de mi hija y traía la noticia fresquecita palpitando en el corazón, pero en la puerta del hospital aquel indígena me distrajo de la alegría apenas estrenada. Repitió la frase corta y yo le reiteré mi cara de incertidumbre. Estábamos en la puerta au-

tomática del sanatorio y un policía vino hacia el indio. Ya, fuera, por favor, le dijo sin aspavientos, sin gritos, pero decidido a echarlo, casi educadamente. Luego el guardia me miró tal vez para que yo comprendiera, si se quedan aquí la puerta no cierra y se sale todo el aire acondicionado, bramó. De golpe me vi en una situación cuentística. Érase una vez un hombre saliendo del hospital; acaba de nacer su hija, va feliz a comunicar *urbi et orbi* la noticia y en la puerta automática del sanatorio choca contra un indígena que carga un bultito en los brazos. Luego aparece un policía que sin alharaca, pero resuelto, quiere retirar al indio para que por la puerta automática no se fugue el aire acondicionado.

En ese momento lo decido: tomo al indio del codo y lo paso al recibidor del hospital. El policía se desconcierta, pero no me reclama, pues me vio entrar con Matilde embarazada y sabe que soy cliente del sanatorio; eso no evita que nos siga y nos escuche. El indio me repite su frase inentendible y mientras la enuncia descobija un poco el bulto: veo el rostro de un bebé que ya parece muerto. Con el sudor, los pelos se le adhieren a la frente, y en las comisuras de sus minúsculos labios noto residuos secos tal vez de leche. En el umbral de su chata naricilla des-

cansan mocos petrificados, grageas verdes sobre el plano café oscuro de su piel. El indio me repite su frase. No entiendo nada, no entiendo ni siquiera por qué estoy allí, con mi hermosa noticia nueva en el corazón pero frente a un indio casi mudo y junto a un vigilante que nos mira cada vez con mayor desasosiego. Le pregunto al indio en español qué pasa, qué le pasa a tu bebé. El indio sigue atorado en la misma frase. Conjeturo a las prisas que su bebé está enfermo y que su extraviado padre quiere atención médica en el sanatorio. Anda perdido el pobrecito. El indio me repite la frase y estoy a punto de darle la espalda, como tantas veces a la miseria se la doy en todos lados, pero en eso cometo el disparate de voltear hacia el pasillo y veo la bata de un médico a punto de tomar el elevador. Le grito y me mira, se apunta con el dedo a sí mismo para comprobar que es a él a quien le hablo, y acepta mi señal de llamado. Lo saludo de mano y le digo mire, doctor, este cuate parece que trae muy enfermo a su bebé, ¿no le podría echar un ojo?

El policía sigue allí, como inquieto testigo de la escena. Luego se acerca la recepcionista. No puedo, señor, es política del sanatorio rechazar estos casos, dice el doctor, ¿se imagina lo que pasaría si recibimos así a toda esta gente? Sí, me imagino, doctor, pero al menos véalo por encimita. Le quité entonces la frazada al bebé y el doctor le regaló un vistazo. Ah caray, se ve mal. ¿Cuánto tiene?, le preguntó el médico al padre del bebé. El indígena ha perdido el contacto visual y ya no responde nada, ni siquiera su frase inentendible. ¿Lo conoce?, me dice el necio médico. No, claro que no, me lo topé aquí en la puerta. El bebé se ve mal, pero no puedo hacer nada. Además, tengo prisa, debo ver a una paciente en el segundo piso. En ese momento se enfurruña la recepcionista del sanatorio. Le dice al policía



que termine con la obra y saque pronto al cochambroso impertinente. La interrumpo y le suplico que deje entrar al indio para que de perdida revisen al bebé. El doctor encoge los hombros, da la espalda, no se despide y va de nuevo al elevador. Le insisto a la recepcionista que permita un breve ingreso del indígena. Tal vez sea sólo una fiebre, ándele. Lo que sea, él no puede pagar. Y entonces cometo mi segundo error de la mañana: yo pago esa revisión, le digo a la recepcionista; ella accede, va a su teléfono, llama a una enfermera; la mujer llega, recibe indicaciones, arranca al bebé de los brazos que lo sostenían y se pierde en un pasillo.

Estoy feliz, ultrasensible porque acabo de tener a mi primera hija y de paso tengo la oportunidad de ayudar a un pobre diablo. Le recordé a la recepcionista cuál era el número de mi habitación para que allá hincaran todos los gastos; luego tomé del codo al indio para llevarlo a una banca de las jardineras exteriores. Tontamente le digo espérate aquí, no te vayas a ir. Ya ni siquiera me mira a los ojos. Luego salgo del sanatorio, voy a buscar amigos para darles mi noticia y de paso conseguiré los pañales que me pidieron en la sala de cuneros.

Me encantan las palabras, vivo de ellas porque escribo y porque edito, y sin embargo, ciertas jergas me parecen casi inexpugnables. Una de esas jerigonzas, la que más abomino, es la administrativa; otra igualmente malquerida es la médica con la que conviví durante el parto de Matilde. Pero la que más detesto es la que puedo denominar *jerga de la hipocresía*, la jerga del poder, el lenguaje donde las palabras dejan de significar lo que significan. Y es que, creo, se me dio más o menos bien el gusto por las palabras, sobre todo

el hábito de las frases encuadradas en el territorio de lo poético, eso sin desterrar otras formas de expresión tal vez más frívolas, aunque también gratas. En la escuela donde doy clases saben, por ejemplo, que odio la tauromaquia, que la carnicería contra los toros me parece una matanza sólo justificable con argumentos bárbaros, pero pese a eso no deja de ser bello el lenguaje de las corridas. De igual modo pasa con el beisbol, con la cocina, con la albañilería. Cada jerga tiene su encanto, pero la médica es un galimatías para mí. Esas combinaciones eternas de neologismos para dar con el nombre genérico de una cápsula; esos vericuetos terminológicos para catalogar cada rincón del organismo humano; esa infinita verba para describir algún procedimiento quirúrgico. Todo esto resultaba intransitable y mi memoria se había negado siempre a guardarlo tal vez por temor a contaminar la poca información valiosa de mi disco duro.

Por eso cuando tuve la obligación de involucrarme con el mundillo médico me vi atrapado en una red casi visible de palabras. El parto de Matilde había sido pronosticado como *normal* pese al enorme tamaño “del producto”, un producto que en este caso no era un producto, sino mi hija. Durante más de un año trabajé como verdadero pendejo para que no me fuera a sorprender la zancadilla de los imprevistos. Edité, corregí mucho, colaboré hasta en un pasquín de Tumbuctú y di clases como galeote de las aulas con tal de entrar al hospital con una fortuna. Y me pasé de la raya. Era tan alta mi suma que con la cesárea, más el seguro de gastos médicos mayores, apenas iba a perder la cuarta parte de lo ahorrado. Me sentía un magnate, un chingonazo de veras. Atrás había quedado la adolescencia, la pérdida de tiempo en los sueños guajiros de redención social, el involucramiento en cau-

sas pérdidas, en utopías políticas y en zandajas similares. Me ceñí al sálvese quien pueda y luego del matrimonio le arrecié al trabajo con fervor. Nunca pude ganar al mes ni lo que gana en un mísero medio día de chamba cualquier empresario de novena estofa, pero la mentalidad estaba allí, arrastrándose en mi alma: debía ganar dinero, esa era la única ley en esta selva. Y lo hice. El costo del hospital fue el aro de lumbre que debí cruzar como demostración de mi solvencia. Con las palabras había logrado abrirme paso entre la jungla y al menos eso constataba que tras el matrimonio no había renunciado del todo a mi *modus sobrevivendi*.

El día de la cesárea llegué como buen *yuppie* al sanatorio. Era grato comprobar que con los ahorros de un año se podía evitar cualquier contacto con el seguro social. Ése había sido mi reto: juntar plata para que el fantasma del servicio médico oficial no apareciera al fin del embarazo. Y lo logré. Allí estaba el sanatorio particular, un palacio de la salud. Las amplias jardinerías de la entrada me comprobaban una vez más que aquí sí había seguridad. Y esa gran fuente. Y ese respetable busto de don Santiago Ramón y Cajal. Y esos ventanales color espejo. Todos los signos me hacían ver que con la literatura logré conseguir el acceso —por lo menos por un par de días— al sanatorio más *cariñoso* de la ciudad. Matilde lo merecía, y mi hija más. Durante nueve meses se habían portado como heroínas. Ambas resistieron sin reclamar mis aislamientos, mi sobrecarga de trabajo, mi necesidad de verlas y de palparlas poco a cambio de ganar y ganar dinero para lo que al final iba a ser una cesárea y dos o tres días de hospitalización. Los ultrasonidos anunciaron una niña y no debíamos temer, así que con tenaz empuje le di duro a la búsqueda enfermiza de recursos. Matilde lo merecía, y mi hija más.

No quisimos pagar la *suite* —me daba bastante pena llegar a esos excesos de suntuosidad—, pero la habitación que nos asignaron parecía la alcoba de una anciana rica. Era una especie de cuartito extirpado de un hotel lujoso, incluida la pretensiosa decoración, incluido el cromó de Monet que simulaba darle calidez y arte a la pared principal. La tele, el baño, la cama, todo estaba ubicado en la franja del buen gusto estándar que se gastan en los hoteles de cuatro estrellas para arriba. Matilde lo merecía. Durante nueve meses rumió a solas, casi a solas, el crecimiento de la grandiosa Irina. Mientras, yo no paraba de conseguir, minuto tras minuto, encadenado al grillo de la disciplina laboral, el dinero que nos deparara un porvenir macizo al menos durante la hora crítica del parto. Y allí estábamos ya, en el sanatorio más caro de nuestro rancho. Torreón había crecido, había dos opulentos hospitales más, nadie lo duda, pero el de tradición, el que usaba la gente con recursos, el verdaderamente confiable, era el sanatorio que pude pagarle a mi Matildita chula.

Llegamos y muy pronto la pasaron a la sala de preparación. Me permitieron acompañarla hasta el biombo donde se tuvo que embutir en una bata verde acua deslavada, donde se quitó los anillos y los aretes por prescripción de la enfermera, donde la treparon a una camilla y donde por un momento le dije adiós, pues ya se la llevaban al quirófano. Nuestro ginecólogo, un amable caballero con voz de tenor, cumplió su palabra de permitir mi ingreso para grabar en video la operación. Lo acompañé a la sala donde los médicos y el anestesista se desvisten y se enfundan las ropas esterilizadas. Mientras despachaba una coca cola y un burrito de picadillo, el pediatra me dio masticadas instrucciones para usar el tapabocas. Seguí la indicación. Los nervios se amotinaban en mi estómago. Esperé diez minutos y listo, era

el momento de ingresar al quirófano. No toque nada, lo voy a colocar en una silla al lado de su esposa y sólo podrá moverse de allí cuando yo lo indique, me dijo el pediatra mientras se lavaba las manos con una sustancia muy semejante al *root beer*.

Entramos al quirófano. Era diferente en la realidad y poco se parecía a los que había visto en tantas películas. Los médicos ya conversaban campechanamente mientras en el vientre bajo de Matilde vi la horrible y sangrante grieta de la incisión. Del otro lado, separada por una sábana levantada como carpa, Matilde tenía dominio de su cuerpo sólo del cuello a la coronilla. Yo, a su lado y con la cámara de video apagada hasta que el pediatra me lo contraindicara, trataba de darle tranquilidad con leves caricias en la frente. Ella me miraba como con ojos de ciervo adormilado. Los doctores y las enfermeras continuaban la faena y yo permanecía expectante, con la súplica a flor de alma para que todo saliera bien. Luego de quince o veinte minutos el pediatra dijo ya, grabe, y entonces me paré, encendí la cámara sin poder controlar la temblorina de mis manos y fui al ángulo preciso. Vi el boquete de piel, las toallas violentamente manchadas alrededor de la herida, y en el fondo de ese caos un bulto de carne amoratada. Grabé casi sin ver. Con fuerza, el ginecólogo tomó la cabecita de mi ángel y la jaló hacia afuera, luego volvió a jalar y al fin una mitad del cuerpecito rosapúrpura entró a la vida real. Un último jalón e Irina estaba entera en el camino de la vida. El pediatra la capturó en una toalla y procedió luego a limpiarla sobre una mesa arrinconada del quirófano. Allá fui con mi cámara; me asustó ver esa masa de carne violácea, la cara arrugada y llena de gritos, las manos y los pies diminutos y con los veinte dedos tiesos por el coraje de haber sido arrancados de la edénica barriga materna. Era mi hija. ¿Está bien, doc-



Universidad Iberoamericana, A.C.
Ciudad de México

Dirección de Servicios para la Formación Integral

Prolongación Paseo de la Reforma 880
Lomas de Santa Fe, Deleg. Álvaro Obregón
México, D.F., C.P. 01210
Tel: 5950-4000 exts. 4919 o 7600. FAX: 5950-4331
didac@uia.mx

tor? No se preocupe, es una hermosura que se ve perfectamente sana; oiga nomás qué pulmones. Terminaron de limpiarla, de medirla y de pesarla y luego el mismo pediatra la llevó hecha taco al lado de Matilde; ella vio a su pequeña por primera vez. No sé si comprendió que era su hija, pues supongo que los humores de la anestesia y del pavor la tenían ubicada en cualquier otro planeta. Apagué la cámara cuando el pediatra me dijo que era todo, que Irina sería conducida al área de cuneros. Hice una última toma del vientre desgarrado mientras el ginecólogo ya trabajaba con la sutura. Todo estaba saliendo bien, más que bien.

Llegué al vestidor, me tumbé el traje de cirujano y lo único que quería hacer era gritar, saludar de mano hasta a las piedras del cerro y abrazar hasta a los postes de la luz. Me asomé a cuneros y allí me dijo una enfermera que los pañales *primera etapa* no le servían a mi gorda de cuatro kilos y medio, así que debía comprar otros. Eso me dio pie para salir a la calle, eso me impulsó a correr para agradecerle al sol que me hubiera permitido vivir esto. Salí silbando muy bajito el “Lamento borincano”, no sé por qué, y en la puerta automática del sanatorio, mientras yo iba loco de contento con un cargamento de felicidad, el indio se atravesó quizá para siempre en mi existencia.

Volví una hora después. Media ciudad fue notificada con la buena nueva y hubo tiempo de correr a la farmacia por unos pañales de mayor elástico. En la banca, con la mirada fija y dirigida hacia el busto de don Santiago Ramón y Cajal, el indio esperaba como si él también fuera de bronce. Al lado, la graciosa fuente de cantera mantenía el chorrito que se hacía grandote y se hacía chiquito mien-

tras el indio resentía el efecto hipnótico del médico español apoyado en su pedestal de mármol. Le pregunté si sabía algo. Me miró y dijo otra frase inentendible, sin verme a los ojos. Era una tontería preguntarle lo que fuera. Jamás iba a poder comunicarse con nadie en el sanatorio. Lo dejé otra vez allí y de tres zancadas llegué a la habitación de Matilde. Estaba todavía alelada por el ajetreo y las anestias. Le di un beso en la frente y la felicité, le dije fuiste muy valiente, hermosa, lo lograste. Nos habían dicho que luego de tener a sus hijos, las mamás sufren una caída del ánimo que los especialistas llaman *depresión postparto*. La temí. Matilde me habló bajito, ¿dónde andabas, por qué me dejaste sola? Fui por pañales para la pequeña, nació muy grande y no le quedaron los que trajimos. Además, el pediatra me dijo que debía salir del quirófano y que se iban a tardar un poco para cerrarte la herida, eso es todo. Vi que la depresión de Matilde ya venía en camino, pues le lloraban los ojos y repetió por qué me dejaste sola. Aquí estoy, le insistí tomándola de la mano, todo salió bien, ¿ya viste el ramo que te traje? Miramos hacia la mesita que soportaba el peso de veinte rosas cuya esplendidez lucía para portada de revista. Ni siquiera me dijo gracias, pero comprendí que a esa hora era mucho pedirle. La consolé apretándole la mano y allí me quedé un rato más, hasta que recibí una llamada telefónica. Me hablan en central de enfermeras, vengo prontísimo. Matilde afirmó levemente con la cabeza, cerró los ojos y salió.

Una enfermera enjuta pero con voz de madre superiora me explicó que la criatura tenía no sé qué diantres complicado con no sé qué más demonios. Me dijo que esperara al doctor Leyva, quien llegó en cinco minutos. El doctor Benjamín Leyva ya tenía más pelo en los brazos que

en la cabeza, era un hombre rasurado a la perfección y con aliento de pastilla mentolada. El niño está muy grave; lo examinamos y si no recibe atención médica completa va a morir en menos de dos días. ¿Qué se necesita, doctor? Operar, sin duda. Luego vino una explicación más complicada que el *Polifemo* de Góngora. No entendí nada y lo único que se me ocurrió fue preguntar si con la operación podía salvarse. Sin duda, respondió. Hay complicaciones, el pequeño está totalmente desnutrido, llegó casi muerto al sanatorio, pero lo podemos salvar. Lo único malo es el costo. ¿Cuánto, doctor? No sé, alrededor de veinte mil, tal vez un poco más. Sólo se me ocurrió decir ufffff, y cerrar los ojos. Con su aliento de pastilla mentolada el doctor me aligeró la pesadumbre. Puedo hacer algo, es poco, pero algo es algo. Dada la condición del pequeño puedo plantear en el consejo que sea pagada sólo la mitad. Eso me ayudó muchísimo a cometer el error número tres del día. Vamos, pues, doctor, opere; sólo le suplico que me informe todo. No tengo mucho dinero, mi esposa se acaba de aliviar y usted sabe. Estoy informado de su caso, no se preocupe; esperemos que este asunto salga bien. Pero primero hay que hablar con la trabajadora social, es un simple trámite. Me estrechó la mano, dio órdenes a la central de enfermeras y se retiró hacia el área exclusiva del PERSONAL AUTORIZADO.

Regresé a la habitación y Matilde dormía como una niña. No habían llegado los globos ni los arreglos florales de los amigos, pero no pasó más de una hora para que se apersonaran los primos, las mamás, las tías, los cuates del trabajo con sus esposas. Allí empezó el desfile, la verbena de felicitaciones y el obsequio de los chocolates. Era lindo ser papá. Canalla, me dijeron los muy cabrones, por fin demostraste que eres hombre, ya estába-

mos dudando de ti. Yo me sentí francamente campeón. Irina era la beba más hermosa que había nacido hasta la fecha en toda la historia de todo el universo. Le dije a la bola de culeros que Irina se parecía a su padre, que sin temor a equivocarme era una niña muy bonita. La carcajada de los amigos no demoró en llegar, y el ambiente siguió nutrido de abrazos y sonrisas.

Mientras la tía Chole se comía su chocolate con rompopé recibí otra llamada telefónica. Pase al cuarto de cuneros. Fui otra vez. La operación salió bien, pero hubo un problemilla y necesitamos ver cómo evoluciona el niño, tal vez en un par de días podremos estar en posibilidad de conocer su condición final. Luego otra salva de tecnicismos que en mi caso no venían al caso. Le pregunté al doctor Leyva que si con todo y eso estábamos todavía en el rango de los diez mil pesos. Ya nos pasamos un poco, pero no hay de otra, el niño debe quedar hospitalizado, si no de nada habrá servido la cirugía. Entendí. En ese momento recordé al indio. Matilde estaba acompañada y decidí aprovechar la coyuntura para darle una vuelta al pobre diablo hipnotizado por Ramón y Cajal. Allí estaba él, sentado en la banca, más estático que el médico español sobre su nicho. No le dije nada, sólo me acerqué, le di una palmada en el hombro y salí del sanatorio. En una miscelánea cercana compré dos Gansitos Marinela, unas papas fritas y un refresco de naranja. A mi regreso, el indio los aceptó con indiferencia pero comenzó a comerlos sin parar, sin verme, sin palabras. Allí lo dejé de nuevo. Poco a poco me estaba convirtiendo en andarín del sanatorio. Se me veía entrar y se me veía salir más que a los médicos. Pregunté si podía ver al pequeño; me lo prohibieron, está en terapia intensiva, señor. Bueno. Encogí los hombros y me sumé otra vez a la cali-

dez acumulada en la habitación de Matilde donde la tía Chole ya estaba despa-chando su octavo chocolate. Yo también me comí uno, pero antes me lavé bastante bien las manos.

Al segundo día Matilde mejoró un poco, pero no estaba o no parecía estar alegre. Yo trataba de animarla, pero en realidad la abrumaba demasiado el tremendo impacto de ser madre. Cuando le ayudé a bañarse vi su panza fofa de recién parida, vi la gasa sobre su línea de sutura y vi su depresión al verse en el espejo. Vamos, cariño, no llores, estoy aquí, te amo, todo va a salir bien, le dije innumerables veces. Yo no hablaba en broma, le decía no llores, estoy aquí, te amo, todo va a salir bien, con toda mi convicción. Irina brillaba en el área de cuneros como demostración de que ahora debíamos estar más unidos que nunca, como demostración de que ya formábamos una familia entera. Matilde se consolaba a medias. A veces me sonreía pero en su cara no quedaba anulado el rastro del agobio. Para entonces ya nos traían a Irina con el fin de que mamá se la pegara al pecho. La niña estaba convertida en un tomate de Culiacán. Su salud era firme y se le notaba en los lloridos, en su color de vida. Aquel segundo día pasó y fuimos bombardeados con más visitas. Nuevas bromas, nuevos abrazos se acumulaban en mi felicidad. Matilde trataba de que nadie notara su pesar y sólo yo sabía lo fuerte que ella estaba siendo. En un rato que nos quedamos solos le enfaticé mi amor. Yo estaba hecho un malvavisco.

El doctor Leyva volvió a llamarme. Matilde me oyó contestar el teléfono y por supuesto se inquietó. ¿Qué pasa?, ¿quién es ese doctor? La calmé, le dije que con ese médico estaba arreglando el trámite administrativo de la cesárea y la hospitali-

zación, nada de cuidado, Matildita. Salí a ver qué pasaba. Lo primero que le pedí fue que ya no me llamara a la habitación, que cualquier solicitud me la hiciera saber discretamente por medio de las enfermeras. Usted sabe, mi esposa está muy sensible y no le quiero añadir otra preocupación. Me dijo que el niño estaba evolucionando bien, pero la complicación equis, cruzada por el problema ye, daban como resultado la necesidad de aplicar zeta. ¿Cuándo y cuánto, doctor?, pregunté angustiada. Mañana en la mañana. Serán diez o quince mil pesos más, lo siento. Sólo usted puede decidir si lo hacemos o no. La vida del pequeño sólo depende ya de una operación. Estoy seguro de que con la cirugía quedará bien para siempre. Dudé. Le pedí un poco de tiempo para calcular mi disponible de dinero. Salí del sanatorio hacia las jardineras para agarrar un trago de aire y para ver al indio, quien por cierto no se movía de la banca y ya se había integrado al paisaje mucho más que don Santiago Ramón y Cajal. Esperaba allí con paciencia ancestral. Por siglos su gente había esperado no sé qué, así que él podía esperar lo que viniera —por dos o tres días— sin moverse de una banca. Podía incluso no comer, o comer cualquier porquería, yerbas del jardín si fuera necesario, pero de allí no se movía. Me senté a su lado, casi abatido. Ni una sola palabra salió de mi bocota. Lo miré mirando a Ramón y Cajal. No había remedio. Un leve meneo de mi cabeza y listo, di de nuevo con la decisión estúpida: que operen a su hijo.

Al tercer día Matilde fue dada de alta. Pagué su cuenta y poco a poco llevé al coche la maleta, las flores, los globos, las cajas de regalos. Cuando en la silla de ruedas guiada por un enfermero pasamos al lado del indígena, Matilde iba tan destan-

teada que ni siquiera lo vio. Subimos al coche y adiós primer alumbramiento. En casa todo fue complicado pero mi alegría era tanta que cualquier sacrificio me pareció pequeño. La primera noche supe lo que incontables veces me anunciaron los amigos: nunca dormirás igual desde el día en que seas padre. Una pesadilla me aturdió durante el pedazo de noche en el que pude unir los párpados. En ella, el indio arrancaba la imagen de Ramón y Cajal, la sacaba del sanatorio y al día siguiente yo llegaba sólo para que me detuviera la policía como cómplice del robo. Pero nada más fue una pesadilla, y eso lo confirmé cuando muy temprano volví al sanatorio para informarme sobre la condición del pequeño. Su padre dormía en la banca y sólo se tapaba medio cuerpo, de la cintura al cuello, con la puerca frazada que antes había cubierto a su bebé. Vi su cara y me pareció un guerrillero muerto.

El doctor Leyva me recibió con una sonrisa de empresario. Todo salió bien. El niño está del otro lado. Vivirá, sin duda. Usted le salvó la vida. Las enfermeras que estaban cerca oyeron esa declaratoria triunfal del doctor Leyva y sentí que quisieron aplaudirme. Me miraban con orgullo. Yo había pasado de ser el anónimo esposo de la parturienta Matilde a convertirme en el benefactor del pobre indio. Y el doctor Leyva concluyó: con las medicinas que le daremos estará bien en tres días. Su recuperación ha sido asombrosa luego de la segunda cirugía. Quién sabe de dónde sacan fuerza estas personas. Venía totalmente desnutrido y ya lo verá pronto, un tomatito el condenado. Nos despedimos con más sonrisas y yo con mi camisa de héroe delante de las enfermeras. Fui entonces a la administración para consultar el saldo ocasionado por el niño. Treinta y dos mil cerrados. La mitad eran dieciséis, eso si el doctor cumplía su palabra de conseguir el descuento prometido. Cal-

culé entonces mi erario. Yo tenía veintiún mil disponibles, y el indio ya me había tranquilado dieciséis, más lo que se acumulara en los tres días extras de la convalecencia. Y mientras hice malabares con la distribución de mi tiempo entre el trabajo, Matilde y el sanatorio, los tres días transcurrieron y tuve al fin que enfrentarme a la verdad: la cuenta alcanzó el Everest: cuarenta y tres mil pesos, es decir, con todo y el descuento apenas la libré y de paso tuve que pedir quinientos pesos prestados para que permitieran la salida del pequeño.

Qué horror, perdí mi guardadito de meses, Matilde me mataría con sus preguntas y yo debía empezar de cero a juntar dinero fresco. Qué horror. Al niño le compré un bambineto usado y con él salí del sanatorio. Cuando lo entregué, su padre ni siquiera me miró; al dejar atrás las jardineras no hubo tampoco un agradecimiento para don Santiago Ramón y Cajal por haberlo entretenido tanto. Tal vez para el indio sólo habían pasado cinco minutos, esa impresión me causó. Trepamos al coche y en silencio fuimos al albergue. La trabajadora social del sanatorio investigó dónde podía pasar el indio una semana sin problemas, y hacia allá fui. Entré con el indio tras de mí. Para comunicarme con él sólo le hacía señas y uno que otro ven, párate, sube, baja, camina, entra, puros verbos imperativos. Nos recibió una señora con aspecto de monja; me dijo que ya estaba enterada del caso y no titubeó al felicitarme. Usted le salvó la vida. Dios sabrá recompensarlo. Yo estaba harto, pero me alegró saber que eso se sabía más allá del sanatorio. Salvé una vida. Momentáneamente me sentí un chinguetas, un verdadero chinguetas.

Traté de evitar que Matilde se enterara. Perder así, de golpe, más de veinte mil in-

dispensables pesos parecía, o más bien era, una estupidez. Pedí un préstamo de cuatro mil pesos para que los pañales no escasearan y para dar la impresión de que teníamos plata disponible. En dos semanas Matilde ya soñaba con una cuna de tres mil pesos, y yo pujé para adentro. Los días transcurrieron y tuve que estirar el salario para que el espejismo del ahorro ya volatilizado no desapareciera.

Un mes o poco más había transcurrido desde que dejé al indio en el albergue. Recibí la llamada telefónica de un periodista, quien me dijo que por buenas fuentes supo de mi obra. Explicó que deseaba entrevistarme y que lamentablemente el indio emigró del albergue hace dos semanas, así que ni una foto podemos tener de él. No sé por qué acepté, el caso es que nos vimos en un café del centro. Allí le vacié toda la sopa, con lujo de fingida modestia. El periodista me comentó que aquella historia estaba de película, de cuento. Tienes razón, le contesté, hasta me dan ganas de escribirla. Me tomaron dos fotos y al día siguiente vi la nota. “Anónimo benefactor salva una vida”. Esa cabeza era una contradicción, dado que el “anónimo benefactor” ahora figuraba con su nombre completo y con su rostro en el periódico. Tras leer la nota recordé el *Manifiesto comunista* de los viejos tiempos revolucionarios. Vino a mi mente el pasaje sobre los benefactores: puro remordimiento, puro remedio superficial. De cualquier forma las felicitaciones en el trabajo y las llamadas a casa no pararon por dos o tres días. Yo era un héroe y poco faltó para que me sacaran en hombros de la oficina. Hasta Matilde tuvo que enterarse y contra mis pronósticos me regañó pero por no haberle compartido la proeza. Esa vez lloramos. Irina nos había regalado, aparte de muchas nuevas maravillas, otros ojos para ver la vida.

Los meses, los años se fueron como un polvo. Tuvimos otra hija, nos peleamos mucho como dos buenos esposos, batallamos a mares para sacar los gastos ordinarios de la casa, pero al final habían pasado diez años y seguíamos juntos y queriéndonos. De vez en cuando yo recordaba, sobre todo en los cruceros donde los indios acostumbran pedir limosna mientras el semáforo da tiempo para que los conductores procuremos apiadarnos, el caso de aquel padre extraviado en la heroicidad de mi pequeña biografía como benefactor. ¿Dónde estará? ¿Qué habrá sido de su hijo? Durante dos semanas Irina me había insistido que la llevara al nuevo McDonalds abierto en la calzada Colón. Por fin tuve tiempo de cumplirle ese deseo. En el semáforo aledaño al monumento del Quijote sobre Rocinante vi venir al niño. Ofrecía de coche en coche una cajita con chicles Adams de sabores. Era un niño cualquiera, un pequeño indio como los miles y miles salpicados en el mapa de la patria. Sólo vendió un par de paquetes en esa ronda, un par de paquetes en el lapso que da el rojo antes de pasar al disco verde. Lo seguí con la mirada. Con pericia esquivó, igual que sus homólogos floreros, lanzallamas, limpiabrisas, los coches que comenzaban el avance de la fila. El indio fue a protegerse sobre el camellón donde su padre lo esperaba, inexpresivo y sudoroso, con otra caja de chicles en la mano. Era él, eran ellos, aunque lo mismo daba que fueran quienes fueran. Yo le salvé la vida al más pequeño. Yo le salvé la vida. Se la salvé. Yo se la salvé.

En eso me quedé pensando hasta que un agresivo claxonazo me devolvió la realidad y terminó, a diez años del érase una vez, mi cuento de hadas. 🍄

Comarca Lagunera, 23, marzo y 2003

Las tesis del chacal

Pablo Arredondo

PABLO ARREDONDO

Escritor lagunero. Ha publicado varios libros de poesía, y entre ellos destacan *Caligrafía de sueños* y *El incendio de la niebla*. Obtuvo los premios nacionales de poesía de San Luis Potosí (1992), Sonora y Campeche (2002). Actualmente reside en España, donde es candidato a doctor en Filología Española por la Universidad Autónoma de Madrid, institución en la que obtuvo un *accesit* en el Premio Nacional de Cuento que convoca.

Ella había permanecido triste o enfadada conmigo desde tres o cuatro días antes. Sin dirigirme la palabra se paraba en el balcón y desde ahí miraba los edificios, los grandes letreros que abrían sus alas de mercurio al caer la noche, como buscando la otra parte de su ser, pero ya era tarde. Todo, según lo entendí desde hace ya tiempo, estaba perdido. Nadie podía hacer algo ni por ella ni por mí; por eso fue que decidí echarle una mano.

Abría el ventanal en el atardecer y desde ahí esperaba que viniera, como un anuncio, como una premonición: la noche. Entonces comenzaba a reír o a hablar con ella misma, con nadie más. Yo le buscaba el rostro, pero se escondía del mundo, de mí. Cuando al fin lograba verla me daba cuenta de que había llorado.

Venían esos arrebatos de odio contra todo; cogía un zapato, un vaso, una lámpara, lo que encontraba a su mano y lo arrojaba. Que nadie estuviera enfrente, porque le tocaba pagar las culpas de aquella vida torcida, llena de demonios o remordimientos.

Recuerdo cuando la conocí en el Terraza de Rivero. Yo iba casi todos los fines de semana, con *El Flaco Montes* y *El Loro García*, a bailar, y la veía o la buscaba desde siempre; y casi siempre la encontraba en la mesa, con la mirada un poco ajena a todo. Recuerdo cómo se recogía el cabe-

llo con la mano, cómo el cabello resbalaba nuevamente hasta cubrirle casi la mitad del rostro. Después de un tiempo ella se sacudía echando la cabeza hacia atrás, como si regresara de otra parte; volteaba hacia donde las parejas ya habían iniciado el suave ritual casi fantasmal de la danza. Veía cómo se desplazaban al compás de la música por toda la pista. Todo aquello la transportaba, la hacía viajar de un país a otro, lejano, que sólo ella conocía. Únicamente yo pude imaginar cómo dentro de aquel cuerpo latía un alma de loca o de profeta arrabalera, cómo había una mujer detrás de una cortina filmando su vida en una "cinta" hecha sólo para ella. Era como si de pronto Lucía descubriera que el mundo, ese mundo donde ella luchaba a diario, hecho de miserias, tenía un resquicio para su espíritu. Pero no era el mundo nuestro ni el de ellos ni el de nadie, donde nos movemos a diario y vivimos ese espacio de asfixia, ese resentimiento de ahogo, de prisa, de indefensión que tiene el tiempo en las ciudades. Sólo era un mundo de ella. Sin dejarnos entrar en él, ahí permanecía, ahí encontraba su refugio; aquel sitio era su salvación, o como después me di cuenta, su condena.

Yo la veía con la fuerza que he sentido siempre cuando deseo algo, cuando sé que ese algo va ser mío. Dejé que el tiempo corriera, que se hiciera tarde; yo no

tenía prisa. “La prisa es del mundo, no mía”, recuerdo que pensé. “Yo, igual que ella, estoy fuera del mundo, no tengo nada que ver con él”.

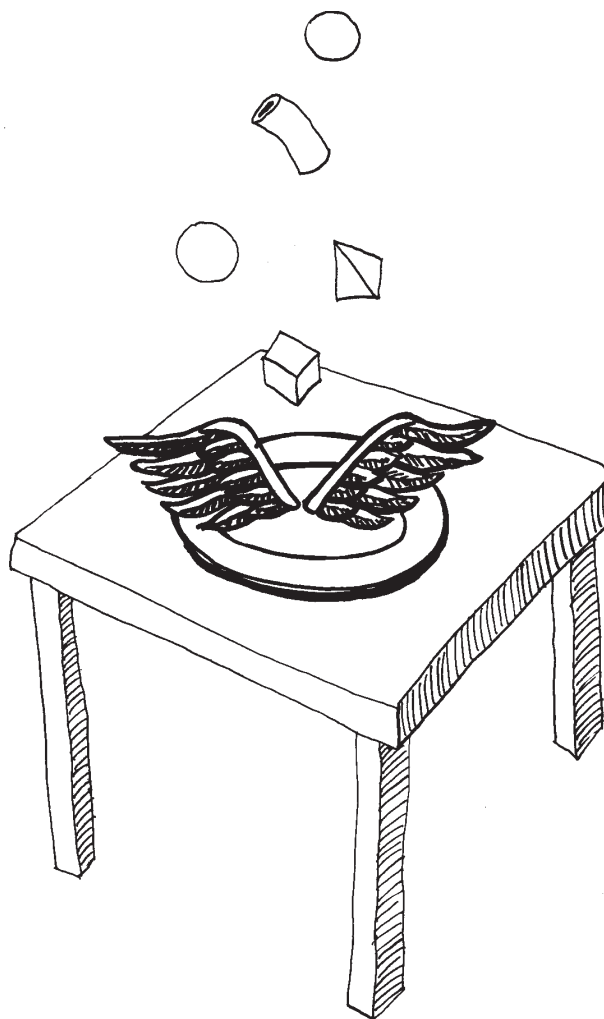
Levanté mi caña a la altura del pecho y esperé a que ella cambiara de posición, allá, del otro lado, más allá de donde las parejas se perdían en el abrazo, en los colores brillantes e infinitos que bajaban de las luces, más allá del humo de las mesas que de pronto la borraba de mi vista o la hacía palidecer. Al fin volteó. Extendí la mano y con la copa arriba brindé por ella y vi cómo su rostro, perdido en el suave instante de la música, se iluminaba. “Ya está”, me dije satisfecho de la faena, sin mover un solo músculo en la silla, sin parpadear.

Un gordo que la estaba cazando vino a su asiento y creí que lo iba a rechazar. Me equivoqué. Los vi cuando salían a la pista cogidos de la mano, cuando él pasaba su mano sebosa por la cintura de ella, cuando oprimía su cuerpo de cerdo contra el de ella. Aguanté. Vi también cuando, pasados los minutos, le cuchicheaba algo al oído. Lucía parecía perdida, extasiada; de cuando en cuando lanzaba la vista hacia donde yo la esperaba. No sé por qué, pero me sentí celoso.

Pero no fue aquella noche ni la siguiente, cuando al fin pude bailar con ella, sino hasta después de varios meses. (Sé lo que quiero: soy de esos perros pacientes.)

Yo acababa de salir de la cárcel. Me daba cuenta de que la verdadera prisión no está allá dentro, sino afuera, en las calles, en las miradas torpes, o en el cuartucho donde ahora vivía. Unos días antes de salir de “la sombra”, ya era de noche, llegó un rucu al que yo no conocía, o no me acordaba de quién era, y me dijo:

—No se le olvide, Jesucristo: la verdadera prisión está en nosotros. Por muy libre que sea, si usted no tiene calma adentro, está frito.



Yo me lo quedé viendo de arriba abajo. No dije palabra, sólo pensé: “¿de cuál fumaste, Montecinos?” Y me largué a dormir lejos, en un rincón donde no apestaran sus palabras de cura jodido.

—¿Te quieres ir a vivir conmigo?— me acuerdo que le dije a Lucía cuando llevábamos dos horas de abrazo, bailando. No sé porque dije eso; yo no tenía en qué caerme muerto. Pero ya lo había dicho y no me iba a echar para atrás. Era una fuerza ajena que me empujaba a seguir adelante, como aquella tarde en que se fue de a poco.

—¿No le parece que va muy de prisa, Bernabé?— me respondió. Todo su cuerpo estaba radiante. Era como si la carga de pena que había llevado durante su vida —lo supe después— hubiera resbalado, dejándola descansar al fin.

—Quiero ser tu macho— le dije, y oprimí su cuerpo fino, oloroso, contra el mío.

Al día siguiente ya era mi mujer.

Ahora estaba ahí, contra la ventana, metida en ese viaje en el que yo no podía ser nada suyo, ni un pariente cercano. Yo era sólo un espectador. No sé cómo me vino, cómo saltó la idea en mi cabeza, un día que ella no estaba. Y pensé que esa podía ser la solución.

“Esa es una de mis tesis”, recuerdo que me dije con desenfado, y empecé a fraguar la forma de ayudarla, pero sin sentir la tristeza bajándome como una sombra, como un viento golpeando los balcones en el comienzo de la oscuridad.

Es cierto, yo no tenía empleo y nos estábamos hundiendo con la miseria de salario que ella recibía en la fábrica; “eso sí, bien molida”, me dijo. Cuando venía, a la noche, yo intentaba meterme en sus piernas, pero ella me rechazaba.

—Espere, estoy muy cansada— decía.

Yo la obligaba; y después de hacer el amor, me hablaba un poco triste o deseperada.

—Debería buscar un trabajo, Bernabé —soltaba con la voz apagándose, como si estuviera lejos de mí—. Hacer la lucha de vender algo. No sé, cualquier cosa para ayudarnos.

Otras veces parecía no hablar conmigo, porque no volteaba hacia mí; sus ojos estaban fijos en el cielo del techo, un cielo lleno de ronchas por las goteras. Entonces entreví mi segunda tesis: “A las mujeres les gusta que uno las obligue a hacer cosas que no desean. Disfrutan más.”

—Debo golpearla —me dije, y el eco de mi voz saltaba en las paredes como un montón de sardinas en el agua buscando comida—.

Luego, cuando veía que ella estaba triste o venía fastidiada del trabajo, le pegaba, y después hacíamos el amor. No cabe duda: yo estaba contento, porque aunque no tenía trabajo, veía cómo la íbamos pasando bien. No, no quiero decir que estuviéramos en las nubes, pero yo sobre todo disfrutaba, lo pasaba de lo lindo.

Sin decir nada empezó a dejarse de todo: de mí, de las cosas, de la casa, y hasta de su pensamiento. Creo que ya lo dije en otro momento: de todo. Yo la veía, y por dentro pensaba: “A ésta lo único que le apetece es estar en la cama”, y me gustaba el cuento; la golpeaba y le hacía el amor de todas las formas posibles. “Disfruta —pensaba—, goza; piérdete en mi cuerpo”.

Ella se fue opacando poco a poco y yo sin saber de dónde iba a venir el riflazo. Porque una cosa es imaginar y otra muy distinta vislumbrar el día de mañana. Nunca me dijo otra cosa más que “consiga empleo, Bernabé; no ve cómo nos estamos hundiendo con las deudas”.

Yo no veía por ningún lado ese “hundimiento” del que ella hablaba. No me lo tomen a mal: soy un optimista empedernido. Yo veía el futuro, no como ella, sino lleno de tranquilidad, por lo menos

llo de nosotros: de ella y de mí. Y la esperaba gustoso para tenderme en la cama con ella, a la hora que venía de la empresa.

Un día ya no quiso estar conmigo. De nada valieron golpes, maldiciones, escupidas y bofetones en el rostro. No quiso, y todo acabó. (Me parece que fue porque) En esos días yo le había robado una cajita donde guardaba una cadena de oro y una medalla que su madre le había regalado antes de morir, y también unos pendientes que ella había comprado y que sólo usaba en algunos días de fiesta.

Poco a poco se fue perdiendo en ella misma. No sé lo que tenía, pero le llegaron unos ardores en todo el cuerpo; entonces lloraba dormida o despertaba y corría a la ventana y empezaba a contar las estrellas y a hablar de los astros, a inventarles nombre y a gritar a las constelaciones. Luego reía y cantaba, o las dos cosas a la vez. Vi cómo su cuerpo maduro y suave se convertía en esa mezcla de obscenidad, fracaso y dolor. Vi cómo estaba sufriendo y creí que era bueno ayudarla.

Compré el regalo un mediodía de junio; ella iba a cumplir treinta y dos en ese mes y yo creía que era bueno darle una oportunidad o una sorpresa. No fue ni lo uno ni lo otro.

Un día recibió un sobre de correos. No me lo enseñó ni me dijo nada. Ella había tenido un novio. Un chico de la misma ciudad, que ahora vivía lejos.

Pasaron los días y creo que ella, Lucía, empezó a recuperarse. Barría la casa, que antes tenía hecha un asco; fregaba los trastos, lustraba los muebles de la sala, encendía el radio. Yo, al revés, me sentía frustrado. Aquello, afortunadamente, duró poco. Entonces, como un rayo abierto en un espacio sin vida, en una cicatriz cerrada, pude entenderlo todo. Ahí se reafirmó, según creo, otra de mis tesis.

Una vez, días antes de su cumpleaños, me pidió que la llevara a bailar, me dijo

que tenía ganas de ser otra, de que fuéramos felices como cuando nos habíamos unido. Quería que fuéramos al mar, a otra ciudad, o por lo menos a visitar a mis padres (Lucía había perdido a los suyos cuando era niña). Yo me hacía el tonto y fingía no escucharla, pero ella seguía y seguía con esa fe despiertarrabias.

Está claro que Lucía se esforzaba por ser otra, pero yo no daba mi brazo a torcer. Seguía luchando por salir de sus miedos, de su frustración, de la vida pasada en soledad; un mundo lleno de hombres, lleno de lo que ella misma había decidido llamar “los fantasmas del miedo”. Ahora ya no hay remedio. No sé por qué cuento todo esto.

Dos días antes de su cumpleaños me pidió un favor:

—Lléveme a cenar, Yugoslavo (así me decía cuando estaba contenta).

Yo me reí y no le di un golpe en la cara porque no soy malo. Pero vi cómo cerraba sus ojos cuando levanté mi mano. Vi cómo se estremecía y el rostro se le llenaba de sombras. Entonces me arrepentí de aquello.

—Ya es hora —dije—. Las cosas tienen que cambiar. Y me fui por el regalo; lo había dejado en casa de un amigo. Mi tesis era: “si en tus manos está, hazlo; ayuda siempre al prójimo”. Y ella era mi prójimo, mi más cercano prójimo.

El día de su cumpleaños vino muy alegre. En su trabajo le habían obsequiado una tarta con todo y velitas. También le habían entregado unas cuantas cosas: un bolso de cuero, unas medias, un abrigo. Entre sus compañeras le habían comprado aquello. Llegó y se cambió; se puso una falda celeste, muy corta, que la hacía ver más bonita. Modeló el abrigo en el espejo. Me acordé del día en que nos conocimos. Yo intentaba estar con ella y conmigo todo ese tiempo.

Comimos un trozo de tarta, reímos, bailamos. Lucía me abrazaba feroz; con el

calor del brandy parecía otra; estaba más prendida. Me dijo que hiciéramos el amor, que teníamos que recuperar toda la alegría perdida, que iba a olvidarse de su infancia, de todos los golpes que le había dado su padrastro cuando ella no se dejaba manosear. Yo a todo decía que sí y guardaba silencio. Entonces, ya de noche, antes de irme a acostar con ella saqué el regalo y lo puse en la mesa. Recuerdo el color del celofán amarillo donde estaba envuelto. No era pequeña ni grande la caja. Le puse una venda en los ojos y le dije:

—Yo tengo un regalo para usted. Pero quiero que deje de sufrir, que nos reconciliemos de a de veras. Y la hice girar varias vueltas sobre sí misma, y jugamos un rato a la gallinita ciega. “Hágame el amor —me dijo—: así, con la venda”. Lo hicimos. Parecíamos fieras rabiosas. Después nos levantamos; estábamos un poco tomados. Caminamos de la habitación a la cocina, donde estaba el regalo. Aún tenía la venda. Le di la mano y ella dio unos pasos. Estaba radiante como una niña. Se dejó conducir. La llevé hasta la mesa donde había puesto el paquete. Llevé su mano a la caja. Ella dijo:

—Es un collar y una pulsera. No, no es eso— rectificó: —es algo más bonito. Es un estuche con perfumes y un juego de maquillaje o unos zapatos.

Le dije: —No, no es eso—. Ya sé —me dijo— es una caja con chocolates y un libro. La Biblia. Sí es la Santa Biblia.

—No —le dije— no son chocolates ni nada de eso.

Le pregunté si quería quitarse la venda. Recuerdo que estaba desorientada, pero contestó que prefería así.

—Ya sé —me dijo con renovado entusiasmo, rasgando el papel— son las cosas que usted se llevó un día: la cadena y la medalla de mi madre; mis pendientes.

Yo sonreí un poco. Ella abrió la caja, deslizó de prisa sus manos por el suave

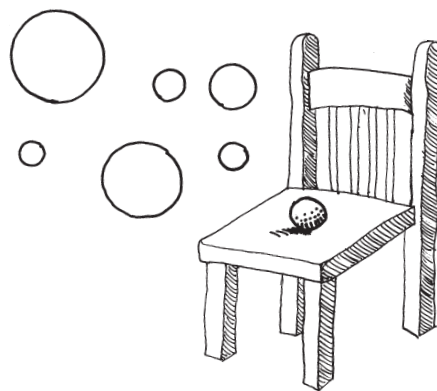
pañó del envoltorio, por la negrura brillante del metal. Estaba muy excitada, pero su mano avanzó firme —como cuando buscaba mi sexo— por el cañón, por la hendidura circular, por la culata rugosa. Al fin posó su dedo en el gatillo.

Todo estaba muy claro. Lucía se quedó pensativa, un rato.

—Es mejor así, Bernabé —soltó sin fuerza—. No me quite la venda; es mejor así.

Yo la imaginé con el abrigo puesto, vagando sin rumbo, por las calles de otra ciudad; muy lejos de ahí.

La última de mis tesis cobraba forma en el acto. ♣



Cinco equívocos

(minificciones)

David Lagmanovich

1. La locutora

Se había enamorado de aquella voz. Cada mañana encendía el radio para escuchar, desde su lecho de soltero, esas modulaciones melodiosas con que la locutora anunciaba el estado del tiempo, los números que habían resultado ganadores en los juegos de azar patrocinados por el gobierno, y los viajes del jefe de Estado. A las 9, escuchaba la despedida de la locutora, hasta el día siguiente a la misma hora. Sólo entonces salía a pasear por las calles de la ciudad, su no tener algo que hacer de jubilado.

Un día se le ocurrió la idea: ¿Por qué no apostarse frente a la radio y verla salir? Era importante ver la cara, el cuerpo, el aspecto de esa mujer que día a día le daba la única cuota de feminidad que existía en su vida.

A la mañana siguiente, frente a la radio, la vio salir charlando con un par de compañeros, subir a un coche que la esperaba, y alejarse rumbo a los suburbios residenciales. No era fea ni linda, aunque podía decirse que era agraciada. No era elegante ni zafia, pero vestía con corrección. No parecía ni educada ni ignorante: su conversación era trivial. Era sin

duda la mujer de la voz. Pero no era la voz de la mujer. No, porque sólo revelaba la desoladora igualdad con todas las demás mujeres, locutoras o no.

Volvió a su casa y se prometió no sintonizar la audición nunca más.

1.05.2005

2. La vocación

El niño estaba sentado al costado del camino. Su madre lo había abrigado cuanto pudo, pero el aire patagónico enrojecía sus mejillas y le hacía arder las orejas. Un poco de sol pálido traía la ilusión de que el invierno no era tan cruel. No se divisaba una nube en el cielo límpido, en las afueras de Chimpay, cerca de Choele Choel.

El camino de tierra, ancho apenas para que pasara una jardinera o un sulky, iba desde la estación de ferrocarril al cementerio. El niño no tenía nada que hacer allí. Había salido de su casa porque, en esa tarde de domingo, la inactividad era total.

Se aproximaba una figura; venía caminando desde el lado del cementerio. Era el maestro de los grados superiores —él estaba apenas en segundo grado— y le alegró que el hombre lo encontrara allí, sin

DAVID LAGMANOVICH

Córdoba, Argentina, 1927. Estudió literatura española en la Universidad Nacional de Tucumán, institución en donde también ha desempeñado una larga carrera docente. Obtuvo su doctorado en la Escuela de Lenguas y Lingüística, de Georgetown University, especializándose en lingüística teórica y aplicada, y lengua española. Ha impartido cursos y conferencias en varias universidades argentinas; trabajó como profesor en Chile, México y Venezuela, y en importantes universidades norteamericanas. Su trabajo en Europa se ha desarrollado sobre todo en las universidades alemanas de Colonia, Berlín y Ausburg. En su amplísima bibliografía destacan *Oficio crítico. Notas de introducción a la literatura hispanoamericana*, *Estructuras del cuento hispanoamericano* y *Estudiar literatura*. Es director de la colección Cuadernos de Norte Sur (Torreón-Tucumán) junto con Jaime Muñoz Vargas.

hacer volar barriletes ni jugar a las bolitas con otros niños. Cuando el profesor pasó a su lado y lo saludó, vio que traía un grueso cuaderno bajo el brazo.

Entonces, a los ocho años, supo que su destino era escribir libros, como el maestro que se había recluso en ese pueblo remoto, nadie sabía bien por qué.

2.05.2005

3. La soberbia de la especie

Había que quitarle la idea de que somos los únicos seres racionales de la Creación, quizá la culminación de la Creación misma. Se negaba a admitir que pudiera haber vida inteligente en otros planetas. Sus jefes lo consideraban un ejemplo de la soberbia de la especie. Por eso, cuando comenzaron los viajes interplanetarios de exploración, propusieron enviarlo en la mayor cantidad posible de misiones. Tal vez así advirtiera la inmensa vastedad y multiplicidad del universo.

Cuando descendió de su nave espacial y se detuvo en la escalerilla, no pudo creer lo que veían sus ojos. Estaba en medio de un espacio verde que parecía un parque. A su alrededor, una ciudad inmensa, de grandes edificios, rodeados de anchas vías de comunicación, con un cielo surcado por naves voladoras no muy distintas de las que ya conocía. Aterrado, volvió a entrar en la nave y tecleó su pregunta en la computadora de a bordo. Instantáneamente recibió la respuesta: “Nombre local: Tierra”, decía. “Sistema que sus habitantes llaman solar, tercer planeta, habitado. Seres inteligentes. Atmósfera parecida a la nuestra. Sugerimos proponer intercambio científico y regresar cuanto antes a la base.”

3.05.2005

4. El compañero de escuela

En una audición radial a la que los oyentes telefonan sus impresiones, se recibe

la llamada de un hombre que afirma conocerme. Poco antes el conductor me había mencionado en relación con una actividad cualquiera. El oyente dice que, al escuchar mi nombre, ha retrocedido muchos años en el tiempo, hasta llegar al momento en que ambos, de pantalón corto, comenzábamos nuestros estudios secundarios. Es decir, ha vuelto imaginativamente a los 12 años de nuestra edad. Yo también suelo sintonizar ese programa, y por casualidad escuché la conversación. Recuerdo perfectamente el nombre, los rasgos del remoto compañero de escuela, los trazos de su admirable caligrafía. ¿Qué debo hacer ahora? ¿Olvidar el episodio? ¿Propiciar el encuentro de dos ancianos, después de tantos años? Algo me dice que ese hombre, que en cierto sentido sigue siendo el que conocí en mi niñez, de alguna manera no es el mismo: tal vez ni siquiera existe. Me queda una sensación extraña, como si lo traicionara al ignorar su tácita invitación a encontrarnos. Es más: como si lo matara en mi recuerdo, resentido por su súbita reaparición.

4.05.2005

5. La ciudad

La adaptación a la ciudad no había sido fácil. Quedaron atrás los grandes espacios abiertos y su sensación de libertad. Abandonaron una vida que, aunque sufrida, tenía sentido para ambos. Ahora, a pesar de la aparente comodidad de la vivienda, lamentaban la estrechez del departamento y los ruidos que de todos lados los acosaban. Los había hecho venir un funcionario, ofreciéndoles una pensión y afirmando que su presencia en la capital contribuiría, según dijo, “al bienestar general.” Pero pasaban los días y la burocracia iba consumando su obra, es decir, incitándolos a la inacción.

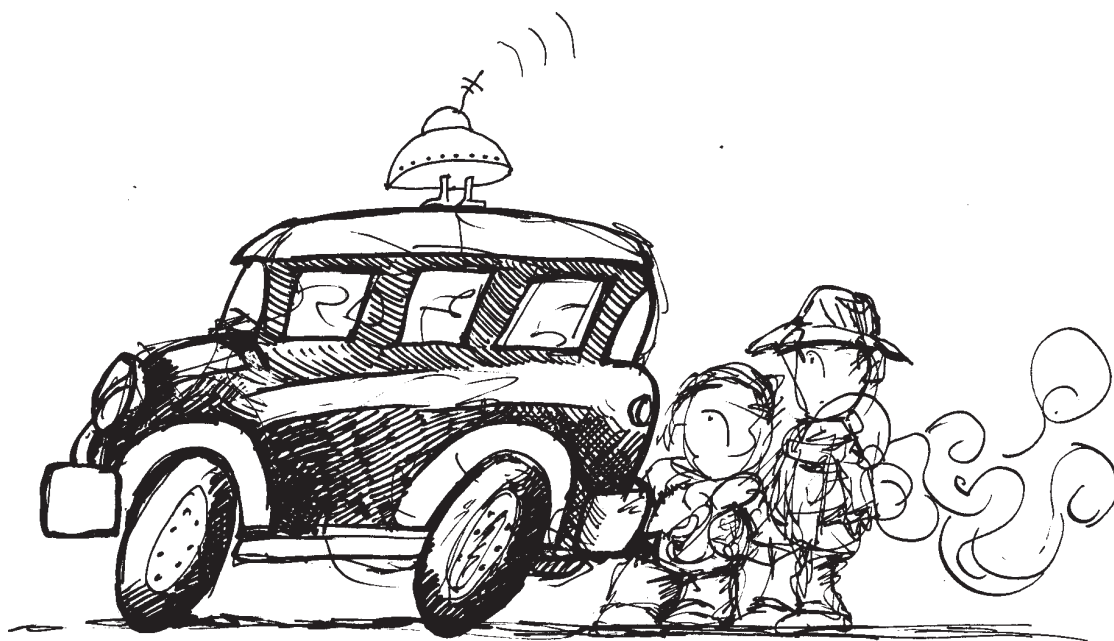
Lo peor era el transporte, en esa vasta colmena humana. Extrañaban sus cabal-

gaduras y tenían que resignarse al autobús o bien, a la caminata interminable. Habían oído hablar de tranvías, pero éstos ya no existían, y no se animaban a descender al subterráneo, que los de la ciudad llamaban “metro”. Se veían a sí mismos como presos, aunque nadie reparara en ellos.

Esa noche, terminada la cena frugal, dijo el más viejo:

—No soporto más. Esto no es para nosotros. Estoy dispuesto a regresar al campo, inclusive a la aldea si es preciso. Al amanecer nos pondremos en camino, mi buen Sancho. ♣

2.05.2005



Sin fecha de caducidad,

de Federico Corral Vallejo

Will Rodríguez

WILL RODRÍGUEZ

Mérida, Yucatán, 1970. Narrador. Colabora en revistas y suplementos culturales del país. Ha publicado *Catarsis de mar*, *Sueños de agua*, *Supervivencia del insecto* y *La línea perfecta del horizonte*; en coautoría, *Litoral del relámpago: imágenes y ficciones*, *Acequias de cuentos*, *Nuevas voces de la narrativa mexicana* y *Novísimos cuentos de la República mexicana*.

En algún momento de la vida nos encontramos con que la ausencia de las personas, los objetos y el ambiente que moldearon nuestra personalidad son un código de barras adherido para siempre en el cuerpo y el espíritu. Son, como la muerte, elementos irremediables que nos asaltan a través de la memoria y de los actos cotidianos. Entre todas las especies animales, es el artista quien más evidencia dichos rasgos del ayer, toda vez que con su arte se libera de otros monstruos o bien, recupera lo más hermoso del pasado para expresarse ante el mundo. Es así como personas, objetos y ambiente quedan marcados por el sello *Sin fecha de caducidad*.

En este nuevo poemario de Federico Corral Vallejo, editado en la colección Cinosargo de la Editorial Alforja (México, 2004), se describen de manera autobiográfica y con notable sencillez metafórica, los elementos que dejaron huella para siempre en la sensibilidad de este escritor chihuahuense: Parral de Hidalgo (pueblo natal), Pablo y Natalia (padre y madre), las influencias literarias, la casa familiar, los hermanos, la vida y la muerte que no caducan... El libro está dividido en seis capítulos precedidos por epígrafes que atinadamente resumen el contexto de lo que ya no digamos “quiso decir el autor”, sino de “lo que el autor dijo, y

punto”. De todos estos epígrafes, tal vez el de Octavio Paz sea el que describa con mayor virtud el baúl de recuerdos de Federico: *Todo libro de poemas es en el fondo un diario*.

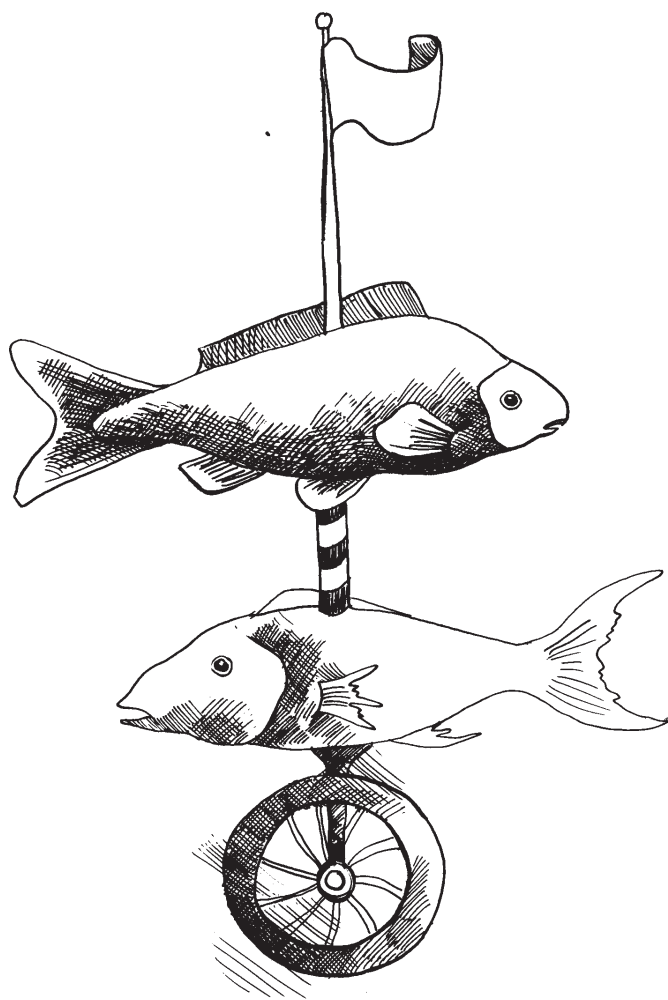
En “Hay pueblos que no se olvidan”, primer capítulo del poemario, el autor compara la aridez y las sombras de Parral con pueblos como Macondo, Comala, San Cristóbal de las Casas, Tijuana, Hiroshima, Kuwait, Irak y el Distrito Federal, todos ellos con una estirpe de sangre, balas, hambre y héroes-slogan; pueblos inolvidables a pesar de que en la mayoría de los casos no los conozcamos *in situ*. “Poemas y violines”, segundo capítulo, representa un amoroso reclamo a la lejanía del padre, esa distancia no geográfica que se construye con la falta de convivencia cotidiana, pero que los genes se encargan de resarcir, en este caso, mediante la vocación poética.

“Retrato escrito”, como el título señala, es el capítulo más biográfico. En alusión a su signo zodiacal, Federico comenta que nació con dos peces custodiándole la espalda y reconoce la influencia de poetas de nombres, apellidos o corazones similares al de él: Federico García Lorca, César y Fernando Vallejo, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Vicente Huidobro. En “Historia de una casa”, cuarto capítulo,

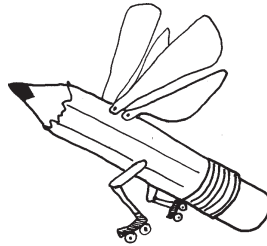
los olores del chile pasado, los frijoles con chorizo, las tortillas de harina, los asaderos y los cominos llegan a la nariz del lector ante la mirada eterna de esos abuelos en blanco y negro “disfrazados de novios”.

En “Arte poética”, Federico atribuye su vocación literaria a la sencillez del pensamiento, la capacidad de asombro ante la belleza y la lectura diaria *más allá incluso del mismo silencio*; se convierte, así, en “un navegante en este mar de letras donde la inspiración nunca duerme” (cabe mencionar que este último verso es la frase que identifica a Tintanueva Ediciones, proyecto editorial que el autor dirige y con el que ha promovido tanto a nuevos como a consagrados escritores mexicanos). “Retrato de familia” es el capítulo que cierra el poemario y Federico lo dedica a sus 14 hermanos, todos *hijos de su padre*; aquí la nostalgia duele, pero el sotol, tradicional bebida alcohólica de Chihuahua, disuelve los recuerdos y los transforma en esperanzas.

Tengo el honor de conocer a Federico desde hace varios años. He leído parte de su vasta obra y ello me permite decir que *Sin fecha de caducidad* es su mejor libro, porque en él se ha liberado de fórmulas, trucos y rebuscamientos literarios. Coincido con Evodio Escalante y Eduardo Langagne en que este poemario fue creado con una sabia sencillez que se aleja de las pretensiones de la literatura como pedañito hacia el reconocimiento de las altas élites literarias. Estamos ante un libro delicioso, disfrutable para cualquier tipo de lector, donde la poesía se confirma como un elemento de primera necesidad y por supuesto, sin fecha de caducidad. ♪



Invitación a colaborar



Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Vicerrectoría Educativa y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la UIA Laguna.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: *acequias*.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la UIA, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas. Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditas. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquet (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).

Los textos deberán ir acompañados, en hoja por separado, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección, teléfono y correo electrónico
- Área de trabajo, estudio o relación con la UIA
- Brevísimas referencias curriculares
- Autorización para agregar dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo. Debido a la gran cantidad de textos candidatos a publicarse el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Laguna. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica

acequias@lag.uia.mx

La fecha de cierre del número 34 de *Acequias* será el 3 de noviembre de 2005